F. GARCIA GODOY

Antología

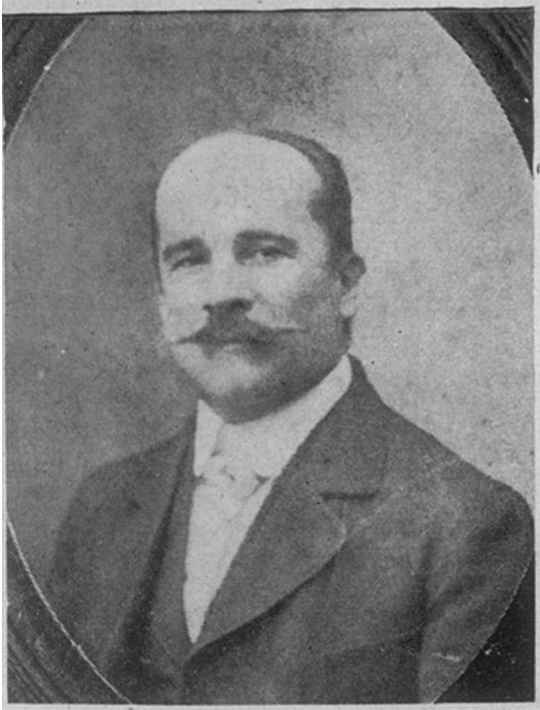
Antología

BIBLIOTECA NACIONAL

F. GARCIA GODOY

A Manuel Martínez
Borg, admirador de
Papá.
Con alta simpatía
Graciela J. Godoy de Ortiz
Octubre de 1957

BNPHU



F. GARCIA GODOY

F. GARCIA GODOY

ANTOLOGIA

SELECCION, PROLOGO Y NOTAS
DE
JOAQUIN BALAGUER

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO, - REP. DOMINICANA

LIBRERIA DOMINICANA
CIUDAD TRUJILLO - REPUBLICA DOMINICANA
1951

32973

BIBLIOTECA NACIONAL
SANTO DOMINGO, R. D.

ABR. 7 1972

Impreso en la República Dominicana
Printed in the Dominican Republic

BNPHU

BN
864.308
G216fe
e.1

FEDERICO GARCIA GODOY

Su personalidad literaria

La dedicación de Federico García Godoy a las letras, dedicación más grande aún que la de don Federico Henríquez y Carvajal que ha sido ante todo un guía generoso para la juventud y un propagador de civismo, es un caso insólito en un medio continuamente agitado por las discordias civiles, en donde no han existido ni podían en buena lógica existir culturas organizadas.

Toda la producción literaria de la República Dominicana se distingue, como la de otros países americanos donde el clima político se ha encontrado sujeto a condiciones similares, por su carácter ligero y fragmentario. Las dramáticas vicisitudes por las cuales ha pasado el país, unidas a su aislamiento y a su impresionante pobreza, no han favorecido las labores intelectuales que requieren meditación o estudio, sino solamente aquellas que, como la poesía o el cuento, son más bien creaciones imaginativas y espontáneas que crecen con vigor donde quiera que hay hombres de inteligencia fértil y de sensibilidad caudalosa: de aquí que la cultura nacional, obra casi en su totalidad de improvisadores y de repentistas sensitivos, haya sido siempre una planta de germinación esporádica y vida transitoria. Una de las pocas excepciones a esa regla fué García Godoy: el gran escritor trabaja abnegadamente en su gabinete, durante más de cuarenta años,

Compra Snelling Book 7-4-72
Reg. No. 000951

mientras el país se consume en el fuego de la discordia civil como una vela en su llama.

Sus rasgos distintivos

Lo más importante en la labor literaria de García Godoy, y lo más digno de vivir en la considerable masa de sus escritos, no son sus páginas críticas, entre las cuales hay algunas verdaderamente notables, sino sus novelas de carácter histórico, primeras obras de su género compuestas en el país y no superadas hasta hoy por escritores nacionales.

De todo cuanto escribió como crítico, en efecto, es muy poco lo que perdura, sea a causa de la excesiva tolerancia que le dictó siempre sus juicios, o sea porque en ninguna de sus exégesis procedió como un verdadero investigador literario. Es verdad que el infatigable escritor fué por espacio de más de medio siglo el hombre en quien la juventud dominicana halló aplauso y estímulo: su crítica paternal, nunca empañada por una sombra de recelo o por un sentimiento de envidia, alentó muchas esperanzas, y puso en el buen camino a numerosas vocaciones; pero le faltó, sin duda, haber sabido imitar a tiempo el ejemplo de Quintiliano que después de consagrarse, durante más de veinte años, a instruír a la niñez romana, supo retirarse a escribir, ya en el crepúsculo de su carrera, el único libro en que sobrevive su enseñanza: las "Instituciones Oratorias".

Pero así como son de efímeras sus críticas, la mayor parte consagradas a libros y autores de poca cuenta, son de perdurables las tres novelas en que intentó poner en acción varios de los episodios más importantes y más característicos de la historia dominicana. Ningu-

no de esos ensayos de novela histórica puede reputarse como una construcción acabada: en el más popular de ellos, en el que se titula "Rufinito", hay muchas cosas buenas al lado de otras censurables, y si entre las primeras llaman agradablemente la atención la energía con que el autor dibuja y caracteriza al héroe de ese episodio trágico, así como la exactitud con que describe el momento histórico en que se desenvuelve la intriga, entre las segundas se destaca predominantemente la tendencia a convertir la novela en una disertación académica donde el novelista ocupa el primer plano, negando a menudo al lector el derecho de seguir por su cuenta la acción y de hacer en cada caso sus propias deducciones.

Pero con todos sus defectos, en ninguno de los tres casos suficientes para oscurecer el mérito de esas narraciones por muchos aspectos ejemplares, las novelas de García Godoy representan el esfuerzo más valioso que se ha hecho hasta ahora para vulgarizar la historia patria y para ofrecer a la reverencia o al desprecio de las multitudes, bajo la forma siempre atrayente del relato novelado, las figuras de los caudillos que intervinieron en las luchas de la independencia y contribuyeron con su heroísmo o con su ruindad a hacer más grandes o más pequeñas las glorias nacionales.

El Crítico

Federico García Godoy realizó una labor crítica de proporciones gigantescas. Los grandes periódicos y revistas del país, así como las mejores publicaciones del exterior, recogieron durante más de cuarenta años, desde 1882, fecha de sus primeros artículos en "El Por-

venir" (1) *hasta 1924, año de su muerte, los frutos de su dedicación ejemplar al estudio de la literatura hispano-americana. No le faltó tiempo para seguir la evolución literaria de todo el continente y para comentar, en páginas generalmente breves, pero no siempre desprovistas de agudeza, los libros más diversos editados en la república o en centros extranjeros. Gran parte de esa labor extraordinaria, demasiado vasta para que todo sea en ella digno de vivir, permanece olvidada en las publicaciones donde vió por primera vez la luz pública, y la porción restante, recogida en doce volúmenes* (2), *es lo único que con razón perdura de toda aquella actividad asombrosa.*

Lo que caracteriza la obra del crítico es su variedad y su falta de cohesión. Los autores más desemejantes, tanto en razón del carácter de sus obras respectivas como en orden a la importancia de su personali-

---

(1) Federico García Godoy se inició como periodista durante su residencia en la ciudad de Puerto Plata. Allí fué colaborador asiduo del decano de la prensa nacional "El Porvenir", periódico que aún subsiste. La vocación del periodista no desaparece del todo cuando ya el gran crítico comienza, en la ciudad de La Vega, donde se radicó hasta su muerte acaecida en 1924, su verdadera labor literaria. En 1910 fundó el periódico "Patria", el cual tuvo vida efímera como la mayoría de las publicaciones de su género. En 1914, y con el propósito de intensificar su obra de propaganda cívica, fundó en La Vega un nuevo periódico: "El Día", del cual lo único que perduró fueron las huellas dejadas por sus campañas patrióticas en la conciencia dominicana.

(2) La labor realizada por García Godoy en el campo de la crítica literaria se halla recogida en los siguientes volúmenes: "Recuerdos y opiniones", Santiago, 1888; "Impresiones", Moca, 1889; "Perfiles y relieves", Santo Domingo, 1907; "La hora que pasa", 1910; "Páginas efímeras", 1912; "De aquí y de allá", 1916; "La literatura dominicana", París, 1916; "Americanismo Literario", Madrid, 1918, y "Literatura americana de nuestros días", libro que no es en realidad sino una segunda edición, bajo distinto epígrafe, del volumen titulado "Páginas efímeras".

dad literaria, se hallan allí confundidos y generalmente alabados con idéntica o casi idéntica largueza. La mayor parte de los comentarios de García Godoy, por lo menos de los que figuran en sus obras capitales, versan sobre autores extranjeros, a muchos de los cuales hizo, con su habitual benevolencia, objeto de elogios extremados. Ya por nuestra pobreza intelectual, hija en gran parte de nuestras vicisitudes políticas, o ya por el tiempo excesivo que consagró al intercambio con escritores de otros países, el eminente crítico descuidó, a partir sobre todo del día en que publica el libro titulado "Páginas efímeras" (3), *la literatura nacional, sólo representada en sus mejores obras por algunos nombres de significación extraordinaria dentro del ambiente nativo* (4). *A esa circunstancia se debe probablemente la falla principal de la obra que realizó como crítico literario el autor de "La hora que pasa": en vez de prestar a la cultura del país el servicio inestimable, tal vez sólo al alcance de un hombre de su laboriosidad y de su fervor nacionalista, de escribir la historia de las letras dominicanas, particularmente de la posterior a la colonia, que fué la que él conoció más a fondo por*

---

(3) Desde la publicación en 1912 de "Páginas efímeras", García Godoy llena de preferencia sus libros de nombres extranjeros. Así, de los diecisiete comentarios que integran este volumen, sólo cuatro se refieren a libros nacionales. El resto versa, en su mayor parte, sobre obras de escritores hispanoamericanos.

(4) Los autores nacionales a quienes García Godoy hizo el honor de incluír en sus libros, juntamente con escritores de otros países de reconocida nombradía, fueron los siguientes: Tulio M. Cestero, Fabio Fiallo, Pedro Henríquez Ureña (incluídos en "Páginas efímeras"); Arístides García Gómez, José Joaquín Pérez, Enrique Henríquez, Monseñor de Meriño y Fabio Fiallo (en "Perfiles y relieves"); Arturo Freites Roque, Ricardo V. Sánchez Lustrino, Gastón F. Deligne, Casimiro N. de Moya y Eugenio Deschamps (en "De aquí y de allá").

haberla en gran parte vivido, se dedicó a comentar obras exóticas de mérito muchas veces dudoso. El tiempo que consagró al análisis de libros de tan poca cuenta como "La orgía latina", de Felicien Champsaur, y tan absurdos y execrables como "La folie de Jesus", de Binet-Sanglé, pudo haberlo dedicado, con más provecho para sí y para la cultura dominicana, a una labor más coherente sobre las letras nacionales.

Otras de las cosas que más contribuyen a disminuir el mérito de la actividad de Federico García Godoy como investigador literario, es la orientación puramente impresionista de su crítica, reducida a exponer siempre en las obras ajenas los aspectos más superficiales. Esta técnica, muy acomodada a la índole fantaseadora y a la condición benévola de García Godoy, sin duda más novelista que crítico, reduce casi todos los ensayos del autor de "Perfiles y relieves" a simples divagaciones en torno a aquellos libros que leyó con más deleite estético que espíritu de curiosidad científica. Pero sacar la crítica de su órbita propia, despojando ese magisterio de cuanto tiene como labor no de impresionismo personal sino más bien de análisis, ofrece graves inconvenientes cuando no se es Anatole France, el más grande acaso de los cultivadores de esa tendencia, explicable sólo como reacción contra el magister dixit *de Brunetiere y de la Harpe; y cuando no se dispone, como el autor de "La isla de los pingüinos", de la prodigiosa facultad de convertir la obra del comentarista en un monumento de gracia y de estilo más digno muchas veces de estudio y de atención que la propia obra analizada.*

García Godoy suprime las observaciones de detalle y hace abstracción de los tiquis-miquis gramaticales en

que se ejercitaron de preferencia los críticos de la centuria pasada. Hasta aquí procedió como un intérprete digno de ese nombre, menos interesado en señalar erratas que en descubrir rasgos de legítima belleza en la obra que se hace objeto de esa fervorosa operación de cirugía literaria; pero por desgracia García Godoy no supo ser un verdadero estilista sino en la prosa de sus novelas, únicos libros donde su dicción se amplía y enriquece y donde la forma exterior, tan variable como las escenas que el narrador describe, no se aferra como una planta parásita a una misma modalidad expresiva. Es evidente, desde luego, que algunas de sus páginas críticas, como las mejores de la obra de selección que publicó con el título de "Americanismo Literario", así como algunas otras que pueden con facilidad entresacarse de "La hora que pasa", tal vez el más hermoso de sus libros de ese género, alcanzan momentos de gran altura y pueden vivir por sí solas gracias al sentido arquitectónico de sus cualidades puramente exteriores. Lo general es, sin embargo, que la prosa de sus ensayos de crítica, aunque siempre correcta, se desenvuelva con cierta simetría monótona, y adolezca no pocas veces de cierta grandilocuencia afectada.

La inmovilidad es otro de los lunares más resaltantes en la obra del crítico dominicano. Todos los comentarios que escribió tienen en el fondo y en la forma una similitud pronunciada. Sus artículos de crítica, aunque versen sobre los autores más disímiles, se parecen tanto unos a otros que con sólo suprimirles los nombres propios podrían confundirse con tanta facilidad como se confunden en las páginas de "La Galatea" de Cervantes los pastores Galercio y Artidoro: esto es,

BNPHU

únicamente los entendidos o los muy familiarizados con la prosa de García Godoy y con los autores que comenta, podrían distinguir las diferencias que existen entre esas diversas obras de interpretación literaria. Tal semejanza obedece en primer término a las pocas ideas que movió el crítico en las composiciones de ese género, siempre limitadas a la expresión de algunos conceptos generales sobre las tendencias de la literatura hispano-americana, y a ciertas impresiones, poco más o menos las mismas, sobre los libros y los autores que juzga de acuerdo con su técnica usual y dentro de un estilo invariable.

Las anotaciones anteriores, si bien reducen la crítica de García Godoy a un impresionismo más palabrero que afectivo, no excluyen la concurrencia en el intérprete de cualidades verdaderamente extraordinarias. El autor de "Perfiles y relieves" acertó la mayor parte de las veces en sus juicios si no sobre cuestiones de detalle, las cuales por lo general no atraen su atención, sí, en cambio, sobre los aspectos de mayor importancia en cada una de las obras comentadas. Ninguna de sus conclusiones de carácter global puede con justicia objetarse, testimonio de que García Godoy fué hombre de fino olfato crítico y de gusto seguro y no poco ejercitado. Sus ideas sobre autores todavía muy discutidos en la época en que fueron juzgados por el incansable comentarista, como sucede con Rubén Darío, a quien consagra en "Páginas efímeras" un artículo lleno de atisbos sagaces y con tres o cuatro apuntes originales, prueban que el crítico dominicano, dentro de la superficialidad de su método puramente impresionista, sabía discernir el oro de la escoria y ver a

BNPHU

veces más allá de la realidad inmediata (5).

Pero, aunque parezca chocante, fué en la crítica filosófica donde García-Godoy mostró más agudeza. Algunas de las páginas que figuran en "La hora que pasa", el más serenamente meditado de sus libros, pueden reputarse como definitivas en la mayor parte de sus conclusiones. Lo primero que esas páginas revelan es al hombre de vasta lectura y al pensador bien informado. Sin exhibir desparpajadamente su erudición, y sin citar opportune et impportune *a los autores cuyo pensamiento parece haberse más íntimamente asimilado, diserta con firmeza y propiedad sobre algunos sistemas filosóficos y sobre tres o cuatro ideas generales. No puede afirmarse que tuvo pensamiento especulativo propio, cosa que sería manifiestamente exagerada, pero sí que supo, y ya eso sólo es bastante, encontrar adherencias filosóficas a las ideas que bullen en el espíritu de todo hombre culto y que constituyen acaso la expresión de las dudas o de las intuiciones que en su conciencia engendran los enigmas de la vida y los misterios sobrenaturales.*

Experimentalista y empírico en teoría, jamás logra evadirse, como el metafísico puro, de las realidades de la tierra, y lo que caracteriza su doctrina, si alguna tuvo realmente propia, es cierta preocupación de orden práctico que limita la órbita de sus ideas y que le im-

---

(5) En la misma época en que apareció el artículo de García Godoy sobre Rubén Darío (año 1912), otro escritor dominicano, Arístides García Gómez, negaba gozosamente al poeta de "Azul" las cualidades que han hecho de él uno de los grandes artífices de la poesía castellana: su prodigioso sentido de la armonía, su esplendidez verbal, la mórbida y delicuescente belleza del encaje parisiense en que envolvió sus sentimientos de artista refinado y voluptuoso.

BIBLIOTECA NACIONAL

pide elevarse con entendimiento verdaderamente ontológico a las zonas en que reina la filosofía como señora de todo lo que no cabe en el mundo estrechísimo del conocimiento positivo.

El novelista

Ya está dicho que las aptitudes literarias de García Godoy se manifiestan con más brío en sus novelas que en sus mejores ensayos. No sólo son más grandes en las primeras sus recursos de lengua y sus primores de estilo, sino que es también frecuente hallar en ellas cualidades que rara vez se encuentran en sus trabajos de crítica: soltura en la frase, flexibilidad en el lenguaje que se ciñe fácilmente a las más opuestas situaciones, criterio independiente para juzgar los hombres y discurrir sobre las realidades políticas con conocimiento propio, y arte progresivo que principia con cierta vaguedad en el plan y en el dibujo y llega paulatinamente hasta las líneas fuertes y limpias de la composición esmerada.

El novelista, creador en nuestro país de un género nuevo (6), *tiene ideas propias y no se limita como crítico a llenar su repertorio de nociones vulgares: si el comentarista de libros ajenos, en efecto, sólo moviliza conceptos que nada tienen de inéditos y coincide en cuanto dice con sus antecesores en la misma materia, el autor de "Rufinito" y de "Alma Dominicana", narra-*

---

(6) Aunque Manuel de Jesús Galván fué el iniciador en el país del género de la novela histórica, su obra maestra, el "Enriquillo", se concreta al período de la conquista y nada contiene como expresión del verdadero ambiente dominicano. Con García Godoy, por el contrario, se inicia la historia novelada de índole típicamente nacional, con tipos y episodios que reflejan las luchas sostenidas por el pueblo dominicano al través de su existencia azarosa.

BNPHU

ciones que en algunos capítulos se hallan compuestas con arte insuperable, trata de infundir nueva vida a la historia y de sacar a la escena con diferente colorido a personajes que nos hemos acostumbrado a ver bajo otro aspecto en las frías semblanzas de los historiadores.

"RUFINITO"

"Rufinito", primer episodio novelado por García Godoy, acaso no llegue a satisfacer las grandes condiciones del género: unión íntima de la novela histórica con la de costumbres populares, y de la acción pública con la vida privada.

Es evidente que en la narración de García Godoy se ha dado menos importancia de la necesaria al elemento pintoresco, sólo representado en "Rufinito" por el breve capítulo en que el autor describe el ambiente social de La Vega en pleno siglo XIX, y que, por otra parte, la fantasía interviene poco en el desarrollo de la intriga, privada inexplicablemente de todo cuanto en ella podía tener un carácter decorativo o accesorio. Pero tal vez no sea por ese aspecto tan digna de censura la obra de García Godoy si se piensa que en uno de los grandes maestros del género, en Benito Pérez Galdós, hay episodios, como el titulado "Zaragoza", en que la ficción desaparece casi totalmente anulada por el prestigio épico y por las proyecciones nacionales de la verdad histórica. Los puntos débiles de "Rufinito" es preciso buscarlos más bien en el plan y en ciertos pormenores. El héroe del relato, figura insignificante en quien en un momento dado se concentra el interés psicológico, esto es, toda la máquina pasional de la novela, no aparece en acción sino en el octavo capítulo, después de las largas y en gran parte inútiles diserta-

BNPHU

ciones del autor sobre el ambiente histórico en que está llamada a desenvolverse la intriga, y sobre la personalidad del general Pedro Santana. García Godoy evidentemente no guardó las debidas proporciones entre la acción y los antecedentes políticos que la explican, cosa que sin duda reduce el interés de la primera y limita el conflicto interno, el verdadero choque de intereses y pasiones, base de todo drama, aún del drama histórico novelado, a una parte mínima en relación con el número de páginas que abarcan las reminiscencias y las reflexiones sobre materias que no se vinculan a la intriga en forma absolutamente necesaria.

La forma impersonal en que el autor alude a los personajes sobre los cuales recae, en determinado momento, el interés principal de la novela, esto es, a los dones a quienes amenaza con la muerte la delación de Rufinito, también contribuye con toda evidencia a hacer menos intensa la oposición entre los dos intereses en conflicto. El drama obraría sin duda con más fuerza sobre el ánimo del lector si el interés de la intriga, precisamente cuando la situación llega a su momento culminante, en vez de concentrarse en unas cuantas personas desconocidas, se cifrara en uno o varios tipos de fisonomía más destacada.

Pero hay también en "Rufinito" aciertos de primer orden, rasgos que prueban que García Godoy barruntó más de una vez con genial intuición los horizontes de la gran novela. El personaje central, símbolo de los sentimientos de irreflexiva y apasionada adhesión que despertó en la soldadesca y en las multitudes, después de la victoria de Azua, la figura militar de Santana, se halla enérgicamente diseñado. El Rufinito del relato no es una caricatura sino un sér de carne y

BNPHU

hueso, dotado de grandes pasiones bajo su apariencia inofensiva, y el arte del novelista logra convertir a ese sujeto, presentado como un simple tipo de mandadero popular cuando sale por primera vez a escena, en un agente activo y peligroso en quien se engendra un nuevo carácter por obra de la idolatría política. Junto a ese tipo de conspirador espontáneo, súbitamente convertido en eje de una tragedia política, García Godoy coloca a los dones, clase influyente que trabaja en favor del establecimiento de un gobierno de fisonomía democrática, y por encima de éstos, aparentemente relegado a un plano de segundo orden cuando en realidad es la figura que más se destaca en todo el drama, porque es la única que el autor erige en símbolo del ideal febrerista, al general Ramón Mella, el más apagado de los tres fundadores de la república, pero a quien el novelista presenta como al más decidido y valiente defensor que tuvo a raíz de la independencia la legalidad republicana.

La descripción de la llegada de Duarte al Cibao, poco después de proclamada la república, encierra una feliz reconstrucción de aquel suceso. García Godoy hace aquí un verdadero alarde de imaginación retrospectiva. Las escenas de júbilo que provoca el viaje del Padre de la Patria, se hallan descritas con energía y dan a veces la impresión de que el novelista ha sido testigo de lo que narra y que ha participado con increíble fervor del entusiasmo de aquellas manifestaciones populares.

Las cualidades de gran volumen con que el novelista se anuncia en "Rufinito", no permiten desde luego reparar en los pequeños descuidos gramaticales en que incurrió una que otra vez el autor, arrastrado sin duda

BNPHU

por su manía oratoria: acaso el gusto de los lectores menos advertidos repruebe frases como las siguientes, afectadas con exceso: "No había por aquel entonces otro alumbrado que el intermitente debido al poético satélite terrestre"; y errores de tan poca cuenta como los que siguen: "Un adulterio consumado o en ciernes, *o el rapto de alguna garrida muchacha del campo..."; "En su auditorio habitual... empezaba a* influenciar *voluntades, a crear una atmósfera favorable a Santana".*

"ALMA DOMINICANA"

Así como en "Cádiz", tal vez el más bello de sus "Episodios nacionales", Galdós sacrifica la historia y confiere a la ficción un papel casi exclusivo, así en "Alma dominicana" toma García Godoy como pretexto la anexión para trazar sobre ese fondo dramático una intriga enteramente imaginaria.

En este segundo ensayo, muestra García Godoy mayor dominio de la técnica de la novela: en vez de largas digresiones sobre los principales personajes de las guerras de independencia, sin relación imprescindible con el nudo de la fábula, como sucede en "Rufinito", el narrador nos familiariza desde el primer capítulo con las figuras representativas del drama, y cuando diserta sobre los acontecimientos o sobre los hombres que intervienen en la reincorporación de la república a España, no se extiende casi nunca más de lo necesario para explicar a la luz de los hechos históricos las acciones de Perico Antúñez y de los demás héroes que representan en el conjunto de la intriga la parte novelesca.

La materia histórica y la de carácter ficticio se en-

BNPHJ

cuentran además mejor trabadas en esta segunda novela. En vez de insertar en la narración capítulos enteros que aparecen como piezas aisladas e independientes, de las cuales podría prescindirse muchas veces sin romper el mecanismo del relato, el autor enlaza estrechamente el episodio que desea referir con la acción principal y hace un solo cuerpo de la acción histórica y de la puramente inventada. El lector se entera, por ejemplo, de la conspiración organizada en la ciudad de Moca por el coronel Juan Contreras, sin duda el más heroico de los movimientos armados a que dió motivo el acto inconsulto de Santana, porque la refiere con todos sus pormenores en el capítulo VI Rufino Pérez, sujeto hábilmente introducido en la novela con ese solo propósito, puesto que no vuelve a aparecer en lances posteriores.

Contiene "Alma dominicana", por otra parte, en mayor grado que "Rufinito", pintorescas alusiones al ambiente social del país en los días del drama patriótico que en esa ficción se narra. García Godoy llega aún a introducir, en la descripción de los sitios que sirven de escenario a los principales sucesos, muchos rasgos aislados que pueden reputarse, no obstante su fugacidad, como brevísimos cuadros de costumbres. Entre estos croquis merece citarse la evocación de las fiestas del Patrón Santiago, hecha evidentemente con demasiada brevedad pero no exenta de cierto encanto por lo enérgico del dibujo y por el sabor folklórico que trasciende de algunos de esos trazos descriptivos. El clima moral del país, en el instante en que se produce la anexión, se encuentra pintado en una serie de pormenores que el autor no reúne en un solo cuerpo sino que reparte en páginas pertenecientes a los más diver-

BNPHU

sos capítulos: tales son, entre otras, las referencias a la falta de animadversión por parte de las masas dominicanas hacia la Madre Patria, y a la simpatía amistosa con que fueron recibidos en las principales ciudades de la república los regimientos de los brigadieres Rubalcava y Antonio Peláez de Campomanes (1); *al contraste que formaba la secular pobreza del país, con su moneda arruinada y sus puertos en miserable abandono, y la opulencia de los nuevos conquistadores, con sus uniformes vistosos; y a las buenas relaciones reinantes entre la masonería y el clero, base en gran parte de la paz religiosa en que ha vivido el pueblo bajo los regímenes políticos más opuestos y las ideologías más contradictorias* (2).

Los lunares de "Alma Dominicana" no son en realidad sino simples descuidos. Así, el autor anticipa a veces, sin duda por inadvertencia, la materia histórica de su novela, como sucede en el capítulo V (3), *donde entera al lector del resultado de la hazaña de Juan Contreras, adelantándose al relato que en páginas posteriores hace a Juan Antúñez y a sus hijos uno de los patriotas que participaron en esa conspiración malograda* (4). *El estilo también se resiente a veces de sombras pasajeras. La locución, cruzada de rato en rato de oraciones ambiguas, tiende a hacerse monótona por la repetición de algunas expresiones que el autor prodiga más de lo conveniente: tal, por ejemplo, la frase "no sé qué", embutida hasta dos veces en la misma página* (5).

---

(1) V. pág. 98 y siguientes.
(2) V. págs. 106-107.
(3) V. pág. 112.
(4) V. págs. 122-123.
(5) Véanse, entre otras páginas, las 129, 164, 165, 170 y 208.

La prosa de "Alma Dominicana" no está del todo libre, a pesar de su concisión y su despejo, de párrafos estrepitosos, testimonios dejados aquí y allá por la abundantísima vena del autor, que nunca refrenó su apego a la magnificencia oratoria: "Una parte de su escasa tropa —escribe aludiendo al heroísmo de Serapio Reinoso del Orbe—, es arrollada en el paso del Yaque, y el mismo Serapio, en la emboscada, cae bañado en su propia sangre haciendo estremecer el suelo, como los paladines de la Ilíada, con el peso estruendoso de sus armas".

"GUANUMA"

"Guanuma" marca un nuevo avance en la técnica que García Godoy introduce en cada uno de sus tres episodios históricos novelados. La superioridad de este relato sobre los dos primeros, desde el punto de vista no de la psicología o de la caracterización de los personajes que en él intervienen, sino desde el punto de vista de la intriga misma y del conflicto de pasiones a que la trama sirve de pretexto, resalta en una multitud de pormenores: en la mayor riqueza de tipos, así históricos como imaginarios, que se hallan aquí enfrentados; en la importancia, sin duda más llamativa, del episodio central de la novela, y en la mayor complicación y el mayor dramatismo de las distintas situaciones; en la energía del relieve dado a algunos detalles pintorescos del cuadro histórico que García Godoy describe, y en la oportunidad y perspicacia con que utiliza el material épico que le ofrece la guerra de la Restauración, y del que en muchos capítulos sabe aprovecharse con verdadera maestría.

Si en "Rufinito" el único tipo histórico que el

BNPHU

autor destaca es Ramón Mella, porque todos los otros, débilmente evocados, permanecen en la sombra, y hasta el propio Duarte surge en un capítulo magistral para desaparecer casi al instante, en "Guanuma" desfilan, cada uno con su perfil característico, desde los generales Pedro Santana y José Antonio Salcedo hasta Benigno Filomeno de Rojas y otros próceres que parecen pertenecer, por su estampa al mismo tiempo política y literaria, al repertorio del teatro romántico mucho más que al de ese oscuro período de la historia dominicana.

Si en "Alma Dominicana", por otra parte, el sitio y el incendio de Santiago se hallan descritos en tono declamatorio, de tal manera que en tales pasajes el novelista se esfuma para que el orador ocupe el primer plano, en "Guanuma", por el contrario, el elemento heroico se esparce por casi todas las páginas sin que la narración invada nunca el estilo de las arengas o el de las proclamas doctrinarias. Los personajes ficticios son asimismo más numerosos y más antagónicos en "Guanuma" que en los episodios anteriores. La familia de Matías Ordóñez, compuesta de sujetos psicológicamente más variados que los que constituyen la familia de Juan Antúñez en "Alma Dominicana", se halla dibujada con viveza, y aún algunas figuras secundarias, como la del coronel Virico García, tienen algo de aquella especie de poderosa realidad que sólo se halla en las novelas escritas por quienes saben apoderarse del fuego de la vida para trasladarlo a sus ficciones.

Contiene "Guanuma" capítulos enteros henchidos de dramaticidad y movimiento: el viaje del protagonista desde los cantones de los insurrectos hasta la ciudad

BNPHU

de Santo Domingo, asiento de la capitanía general de la nueva colonia, está lleno de peripecias que mantienen vivo el interés y que a ratos alcanzan fuerza inusitada. El elemento pictórico, aunque todavía muy pobre, adquiere algún desarrollo en varios capítulos donde García Godoy pinta el paisaje de las aldeas en que se desenvuelven los sucesos de más relieve: así, el titulado "A Monte Plata", narración animadísima del viaje de una columna realista que conduce, al través de las serranías, las literas de los soldados rendidos por el clima del país y por las inclemencias del campamento de Guanuma, contiene algunos trazos que pueden considerarse como modelos de dibujo enérgico y de precisión descriptiva. En el capítulo que lleva por epígrafe "El combate", la fantasía del autor, sin apartarse una mínima de la verdad histórica, tal como ésta aparece narrada por José Gabriel García y por el mismo Luperón (16), *logra animar y embellecer el cuadro dotando de verdadero colorido épico la batalla que en lo más álgido de la guerra de la Restauración se registró entre criollos y peninsulares en la "Sabana del Vigía". La prosa de este capítulo es singularmente notable por el movimiento de la frase, compuesta de párrafos breves y llena de cierta agilidad fácil y nerviosa.*

Pero tal vez lo más admirable y lo más novelesco que hay en "Guanuma", por ser lo que más fielmente refleja las repercusiones del drama de la anexión en

---

(16) Puede comprobarse la exactitud histórica de la narración hecha por García Godoy, repasando cuanto escribe García en los diversos capítulos de su *Historia de Santo Domingo* que forman parte del libro primero, "Período de la Restauración" (págs. 45 y sgtes. del tomo III). Véanse igualmente las "Notas autobiográficas" de Luperón, tomo I, págs. 200 y siguientes).

BNPHU

la conciencia del hombre que llevó adelante esa empresa, son las páginas donde se describe a grandes rasgos la crisis en que el fracaso de su obra precipita al general Pedro Santana. Ese proceso de descomposición moral se halla sin duda vigorosamente sentido y bien analizado. García Godoy, tan severo a veces con el Marqués de las Carreras, baja al fondo del alma de aquel gran caudillo y descubre los pliegues más íntimos de su pensamiento para fotografiarlos con rigor implacable, pero con rigor que no excluye cierto sentimiento de simpatía verdaderamente humana. En ese espectáculo interno, en el desarrollo de esa crisis que pasa desde el saboreo del triunfo hasta el amargo convencimiento de la derrota, y que abarca desde lo que hubo en el héroe de más grande y magnífico hasta lo que cupo en su espíritu de más sucio y más villano, reside el verdadero interés dramático de "Guanuma". Esas solas páginas serían suficientes para hacer a toda la novela digna de sobrevivir entre las mejores obras de su género de la literatura hispano-americana.

El efecto capital de "Guanuma" consiste en la poca originalidad del protagonista de la novela. No hay, en efecto, gran diferencia de carácter entre el Fonso Ortíz de esta narración y el Perico Antúñez de "Alma Dominicana". Acaso a esa circunstancia obedezca que muchos prefieran las dos primeras novelas de García Godoy a esta última, no obstante existir dispersos en las páginas de "Guanuma" los gérmenes de un drama mucho más original y patético que los que aparecen apenas esbozados en las otras dos narraciones. Los personajes históricos tienen, en cambio, en este tercer relato fisonomía propia, y atraen precisamente la atención porque cada uno conserva desde el principio hasta

BNPHU

el fin su personalidad sustantiva. Tal vez el lenguaje, algo burdo y con cierto dejo vulgar y hasta plebeyo, que el autor pone en boca de Benigno Filomeno de Rojas, uno de los políticos más estilizados de la época, no corresponda a la idea que tenemos del nivel intelectual de ese prócer, espejo de teorizantes verbalistas y de parlamentarios ceremoniosos (1). *Pero no puede desconocerse, como compensación bastante a esa y otras infidelidades, si es que realmente existen, la riqueza del vocabulario popular esparcido en el habla de los personajes de "Guanuma", ni la abundancia y variedad de su galería de tipos históricos, en visible contraste con la penuria psicológica de sus héroes convencionales, ni el sentido, por último, que tuvo García Godoy de la belleza arqueológica y del encanto no marchito de las tradiciones de las viejas ciudades dominicanas.*

UN PROCER DEL CIVISMO

F. García Godoy fué, como lo revelan sus obras, sobre todo sus novelas históricas y su labor periodística, un prócer del civismo. Aunque nació en Santiago de Cuba, el 25 de diciembre de 1852, se le puede considerar como uno de los dominicanos más adictos a su país y como uno de los hombres de su generación que dieron muestras de un patriotismo más exaltado y a la vez más fervoroso. Fué el suyo el caso de Maurice Barres, nacionalista acérrimo no obstante haber nacido en la frontera franco-alemana, y de haber vivido durante sus primeros años en un ambiente en donde otros sentimientos podían compartir en su corazón los sentimientos propios de la tierra nativa.

---

(1) V. pág. 65.

Desde que publicó sus primeros artículos en "El Porvenir", de Puerto Plata, hacia 1870, aparece en él la vena del combatiente dotado de grandes arrestos cívicos, predicador incansable de la libertad y la justicia, y siempre listo a elevar su voz en momentos de crisis nacional o de zozobra colectiva. Su intervención en la vida pública fué tanto más eficaz y digna de respeto cuanto que siempre se produjo al margen de las luchas y antagonismos de los partidos. En uno de los períodos más azarosos de la República, en 1906, cuando el frenesí revolucionario acababa de culminar en una honda crisis de las instituciones, fundó la asociación nacionalista "Patria", uno de los más activos centros de orientación cívica con que contó el país en aquellas horas calamitosas. En las postrimerías de la larga dictadura de Ulises Heureaux, publicó valientes artículos en "El Pueblo" (1896-1899), y en víspera de la ocupación militar del país por los Estados Unidos, lanzó desde las columnas de "El Día", (1914-1916), ardientes llamamientos al patriotismo de los jefes de partidos para que se pusiera fin a la discordia fratricida. Su último servicio a la causa de la restauración de la libertad nacional, conculcada por los Estados Unidos desde 1916, fué el libro titulado "El Derrumbe", novela donde se delataban valientemente la tortura de Cayo Báez y otros actos de barbarie cometidos por las autoridades militares de ocupación en territorio dominicano.

Las páginas calcinadas de ese libro, al que los usurpadores de la soberanía nacional hicieron el honor de reducir a cenizas en plena plaza pública, como si hubiéramos vivido, cuando se realizó esa ignominia, bajo los horrores de la Edad Media, constituye el mejor monumento erigido a la memoria de este gran ciuda-

BNPHU

dano que supo siempre, en días de aflicción para la patria, sacar la misión del escritor de su concepto abstracto para hacer de ella una realidad constructiva.

Joaquín BALAGUER.

BNPHU

ANTE EL ARA

I

En cada hombre, estudiado atentamente, observado en todos sus actos intelectuales y afectivos, en sus ideas y voliciones, existe más o menos rudimentaria, más o menos bien definida y precisa, una especie de metafísica a que procura en todas ocasiones ajustar el ritmo permanente de su vida.

Fuerzas que arrancan de pavorosas lejanías, de profundidades de un pasado remotísimo, contribuyen quizás grandemente a la realización de actos individuales de cierta repercusión social que, aparentemente, son repetición *idéntica* de manifestaciones de vida anteriores. Esa identidad que suponemos en ciertas cosas no es ni puede ser nunca absoluta. Es indudable que, en todo tiempo y circunstancias, sufrimos la acción más o menos coherente y compleja de cierto determinismo que, a su vez, en muchos casos nos convierte en causa determinante.

Recibimos y devolvemos. Y al devolver lo que, procedente de lejanías ancestrales o sugerido por la realidad exterior, nos impresiona con cierto vigor, lo hacemos siempre o casi siempre muy modificado por las peculiaridades de nuestros temperamentos, de nuestros privativos medios de ver y comprender la vida, ya que en ésta no hay ni puede haber dos cosas *exactamente* iguales. Sobre un fondo de más o menos

discutible unidad, lo vario, lo diverso, traza las líneas a veces incoherentes de sus representaciones multiformes.

En ese sentido, todo hombre, aun el más basto, posee una filosofía o cosa parecida mediante la cual procura, hasta cierto punto, explicarse la vida a su manera y extraer de esa concepción, por lo general rudimentaria, una norma de conducta en que entran en diversas proporciones necesarios motivos fisiológicos y anímicos. Por tales circunstancias, juzgo torpe y vano empeño condenar inflexiblemente formas pronunciadas del desenvolvimiento individual y colectivo en nombre de ciertos principios impropiamente calificados de *eternos*.

En un sentido radicalmente humano la palabra eternidad carece de verdadera significación, de contenido pragmático. En toda bien equilibrada actividad mental, nuestra visión de la realidad interna y externa sólo puede asir lo más saliente y visible de las cosas.

Todo lo demás se esconde, se esconderá quizá eternamente en obscuridades abismales a que no pueden descender, buzos audaces de la vida, nuestras facultades de percepción y de conocimiento de suyo limitadas y contingentes. La ciencia, producto humano, está forzosamente condicionada por las leyes que determinan en el hombre la necesaria relatividad de todo conocimiento. "El hombre es la medida de todas las cosas" ha afirmado Protágoras.

Pero dentro de esa misma relatividad existen espacios vastísimos, de dilatados horizontes, en que tienen legítima y sólida consistencia todas las formas más o menos durables que, en el correr de los siglos, demues-

BNPHU

tran con deslumbrante claridad la marcha ascendente del ser humano, su cada vez más patente inclinación a realizar en un proceso de sucesivas adaptaciones a la realidad circunstante las reformas y avances que sin modificar quizás lo esencial de las cosas imprimen aspectos de *auténtica novedad*, como lo sostiene el insigne Bergson, a muchas formas y maneras del perenne dinamismo que es condición característica de la vida en todas sus variadas manifestaciones...

Si por su complejidad muchas veces enmarañada y obscura se nos escapa el verdadero conocimiento de la causa que se considera como generatriz de determinado fenómeno, se puede y se debe, a la manera pragmática, sin preocuparnos ni poco ni mucho de lo que realmente determinó el efecto en cuestión, el hecho constatado, estudiar con la necesaria atención sus resultados prácticos para deducir de ellos lo que reviste de positivo valor ese hecho, lo que en un alto sentido humano constituye su *verdad*.

En esa serie de comprobaciones y verificaciones conscientes puede condensarse la norma filosófica, el método quizás más apropiado y fecundo para la validación de las ideas que surgen continuamente de la inteligencia humana aguijoneada siempre por el anhelo de buscar el origen y la finalidad de las cosas, por más que toda investigación teleológica no sea en el fondo sino algo de íntima urdimbre mental, especie de formalismo intelectual de persistente vitalidad, que quizás no se desprenderá nunca de ciertas obscuras regiones de nuestro cerebro.

De las alturas de lo que la lógica especial considera como la *verdad* míranse a veces las cosas como presen-

BNPE

tando un solo aspecto, como si necesariamente estuviesen obligadas a permanecer en un cuadro de rigurosa unidad estática.

Otro debe de ser nuestro procedimiento. La vida, tal como la sentimos, es varia, contingente, multiforme.

Y cada hombre la contempla a su manera, lo que nos impone cierta fuerte dosis de tolerancia al juzgar las opiniones ajenas. La ciencia misma se desenvuelve en un proceso constante de modificaciones y rectificaciones. Sería absurdo creer que la verdad definitiva es privilegio exclusivo de tal doctrina o de tal sectarismo.

La tolerancia, por eso, debe constituir lo más saliente de la mentalidad contemporánea en la obra de juzgar formas de vida social más o menos transitorias. Si son sinceras, deben ser siempre acreedoras a nuestro respeto todas las ideas, todas las creencias, todas las convicciones por más erróneas que nos parezcan.

Sin ese hábito de tolerancia, sin cierta ecuanimidad de criterio para la apreciación serena de las cosas, todo juicio, fuere de quien fuere, carecerá de eficacia, será, cuando más, expresión momentánea de turbios apasionamientos o de nocivos sectarismos. En ningún caso se justifica el propósito de imponer nuestras ideas por más verdaderas que las creamos.

Abramos el surco y arrojemos en él la simiente; esparzamos a todos los vientos del espíritu el polen de las ideas que estimamos como provechosas; y si nuestro trabajo es obra de sinceridad, de bien y de amor, seguramente despuntará para él, como para toda actuación tenaz y bien intencionada, la hora radiante de dar de sí frutos sanos y jugosos.

BNPHU

La intelectualidad contemporánea, en sus más salientes representaciones, rechaza abiertamente cuantas formas de imposición dogmática tiendan a vaciar el pensamiento en un determinado molde de actividad intelectual, por más que aparezcan esas formas bautizadas con el nombre de *verdades* filosóficas, científicas, religiosas...

Muchos son los aspectos de lo que llamamos verdad para pensar ni por un instante que está en nuestra mano encerrarlos en el espacio más o menos amplio de una concreción definitiva...

Nuestro yo actúa de continuo en la sucesión interminable de los hechos influído por ellos y a su vez influyendo, lo que origina una serie de acciones y reacciones que aportan modificaciones a veces muy radicales en nuestros modos y maneras de ver y apreciar la realidad introspectiva u objetiva.

Actores de una hora, nos falta siempre tiempo, en la cambiante escena de la vida, para revestir nuestra visión de las cosas de un carácter aproximadamente completo. Parcial, fragmentaria, de aspectos más o menos pronunciados, tiene siempre que ser nuestra interpretación de lo que pasa dentro de nosotros y de lo que de fuera nos impresiona particularizándose en sensaciones más o menos acentuadas.

Con frecuencia el hilo de la verdad se rompe en nuestras manos cuando creemos tenerlo más fuertemente asido, de modo que durante algún tiempo aparecemos como extraviados, buscando en vano la salida del laberinto de dudas en que vagamos atenaceados por recónditas angustias. Quizás todo el proceso de investigación del pensamiento filosófico durante cua-

BNPHU

renta siglos haya tenido por único resultado el cambio paulatino de posiciones, el dar nuevas orientaciones a los términos del tremendo problema de una concepción satisfactoria de la vida universal.

En lo externo, en lo puramente formal, en los procedimientos del proceso filosófico, ha habido naturalmente variaciones de cierta importancia; pero bajo la corteza de las infructuosas tentativas de explicar el misterio en medio del cual nos agitamos, subsiste y subsistirá el mismo magno problema, la misma fundamental aspiración de *conocer* lo que envuelto en negruras insondables aparece bajo los nombres, quizás antagónicos en apariencia, de materialismo y espiritualismo.

Pero la vida sigue su curso majestuoso sin dársele un ardite de tales abstracciones. La verdad, *nuestra* verdad, tiene que ser precisamente relativa como nuestra ciencia. Y así y todo, subordinada necesariamente a esas condiciones de relatividad, basta y sobra esa ciencia, basta y sobra esa verdad, para mediante una acción constante dar sólidos cimientos a finalidades progresivas de bien y de belleza...

Lo que sí resulta a la postre nocivo es el quietismo enervante, el estacionamiento vegetativo en que yacen algunos de estos pueblos hispano-americanos. Parece a primera vista que una especie de abulia les impide demostrar en el campo de la acción fecundas iniciativas. Hay que formar en ellos la cultura espiritual que se requiere para ir metódicamente, por sucesivas y bien graduadas etapas, convirtiendo en hechos de positiva consistencia muchas nobles aspiraciones de mejoramiento que en la hora actual consideramos inasequibles o poco menos.

BNPHU

Frente al estacionamiento, a la quietud monástica, a la rutina, a ciertas supervivencias del pasado que aún tienen demasiado imperio en nuestra vida social, enastemos muy alto, como símbolo de esos propósitos redentores, un ideal de luz, de amor y de paz vivificado de continuo en un proceso de acción progresiva y fecunda; ideal que ha de servirnos para realizar en la medida que las circunstancias lo hagan posible la magna aspiración de una confraternidad cada vez más estrecha entre estas naciones de origen ibérico moldeadas por muy salientes aspectos de la gran civilización latina.

Esos ideales requieren una acción vigorosa e ininterrumpida para cristalizarse en hechos de positiva importancia. Exultemos, pues, con toda nuestra alma esos magníficos propósitos; presentémoslos por todas partes como un albo penacho de redención y de gloria. Una propaganda de ese género excluye naturalmente toda idea de violencia fiando sólo su triunfo a la actividad metódica y tenaz de bien concertadas iniciativas individuales y colectivas.

No es necesario romper lanzas ruidosamente con ciertas formas del pasado que aún tienen en la psicología de muchos de estos pueblos hondo arraigo. Por medios coercitivos no se extirpan ni deben extirparse preocupaciones y convencionalismos caros a la imaginación popular que cuentan una existencia de siglos.

Se impone la evolución lenta o rápida según las peculiaridades del medio en que se actúa.

El pasado, en cierto aspecto, puede subsitir; pero es a condición de modificarse paulatinamente, en un orden científico, para que puedan florecer con lozanía

BNPHU

formas nuevas y necesarias de existencia social. El cambio es condición esencial de toda positiva actuación biológica.

La unidad estática, conceptual, que una gran parte del intelectualismo preconiza como expresión definitiva de la verdad suprema, no resulta, examinada en sus fundamentos lógicos, sino como una representación más o menos bien remozada de viejos estados mentales determinados por una artificial coherencia dialéctica. La vida se caracteriza por el movimiento. Vive con vida fecunda lo que bulle, lo que se agita, lo que lucha incesantemente.

El quietismo, la monotonía, la pereza mental, son a veces en lo que toca a la economía social, manifestaciones sintomáticas de gérmenes morbosos desarrollándose en organismos debilitados por centurias de fanatismos y de ignorancias. Demos resueltamente la espalda, sin titubeos, a formas envejecidas de la vida colectiva que han hecho su camino, que ya han dado toda la savia que podría esperarse de ellas.

Miremos hacia adelante sin temores ni preocupaciones. "Para las razas futuras —dice Hipólito Parigot en su bello libro sobre Renán— constituirán acaso una sorpresa los numerosos esfuerzos empleados en sondear el abismo de lo que fué, cuando lo que existe y lo que quiere ser solicitan cada día con mayor fuerza la energía de los hombres".

II

El movimiento de las ideas, de ideas de renovación tales como lo exige el dinamismo social, ha sido en Hispano-América de una lentitud desesperante, ha

carecido casi siempre de verdadera potencia evolutiva, salvo, durante estos últimos treinta años en repúblicas como la Argentina y Chile, principalmente donde la civilización moderna con todas sus formas y manifestaciones de adelanto cultural parece haber sentado definitivamente sus reales.

No es posible negar que muchas de estas jóvenes naciones vegetan todavía bajo la sombra letal de tradicionalismos y convencionalismos seculares, que tienen el triste privilegio de cortar el vuelo a cuanto se endereza resueltamente a operar una satisfactoria transformación en muchas manifestaciones de su vida colectiva.

Tres siglos largos de existencia colonial, vegetativa y nirvánica, han hecho que prospere en la psicología de estos pueblos una concepción deficientísima de vida social que los hace como incapaces de propender resueltamente a la asimilación de muy pronunciadas modalidades de la mentalidad contemporánea.

Con todo eso, lentamente, van ya vislumbrándose señales más o menos acentuadas de un cambio que, aunque no en el sentido radical que fuera necesario, demuestran inequívocamente que en varios de estos como atrofiados organismos nacionales se comienza a discernir con verdadero acierto cuáles son los agentes terapéuticos capaces de producir un estado de organización social que responda de manera satisfactoria a exigencias de adelanto muy características de la vida de actualidad.

Aunque fragmentado en veinte repúblicas, salta a la vista que no obstante tal desmigajamiento, explicado por la inmensa extensión del territorio y por otras circunstancias, constituímos desde Méjico hasta la ex-

BNPHU

tremidad patagónica un gran *todo* sólidamente cohesionado por indestructibles afinidades étnicas, históricas y sociales. Formamos un vasto organismo, cuyas partes, salvo muy accidentales diferencias, aparecen como estrechamente vinculadas por factores físicos y espirituales de idéntica procedencia.

Esa hermosa y salvadora concepción hispano-americanista palpita a cada paso en las producciones de los más notables escritores de este Continente, en José Enrique Rodó, en Manuel Ugarte, en Rufino Blanco-Fombona, en Francisco García Calderón, en Pedro César Dominici, en Federico Henríquez y Carvajal y en varios otros que sostienen tesonera y conscientemente el mismo magnífico propósito.

En el terreno de las ideas, que es en el que precisamente germinan las grandes concepciones de regeneración y adelanto, todos los hispano-americanos que tenemos en la mano una pluma nos consideramos como ciudadanos de una gran Nación, poderosa, inmensa, tal quizás como el avance de la cultura mundial y una serie convergente de esfuerzos bien encaminados la hagan posible en un porvenir no muy remoto...

Será quizás un sueño ese deslumbrante ideal, quizás, como al Segismundo de Calderón, la realidad aterradora despierte de improviso a algunos de estos pueblos —los situados en la zona de influencia directa del imperialismo yanqui— para revelarles la tremenda verdad de su extinción como personalidad nacional; pero mil veces peor que eso sería rendirnos desde ahora a un negro pesimismo, a una resignación anticipada y cobarde, cuando lo que se impone es la lucha tesonera, la brega porfiada para impedirlo por todos los me-

BNPHU

dios humanamente posibles, poniendo en esa pugna constante todos nuestros bríos, todas nuestras energías, todas las actividades que han sido siempre las que han conducido al hombre a enseñorearse de la cima en que fulgura intensamente al victoria.

En el curso de una centuria, factores transitorios de más o menos fuerza han ido amoldando la rudimentaria mentalidad de la América colonial a formas pasajeras del desenvolvimiento intelectual de otros países, sin que esa especie de evolución hasta la hora actual escasamente congruente haya podido asumir caracteres de algo de relativa duración y de prolífica trascendencia.

Hemos aceptado, sin discutirlas naturalmente, sólo por plegarnos a las exigencias de modas efímeras importadas de la vieja Lutecia, formas de actividad intelectual sólo comprendidas, y eso quizás deficientemente, por minorías de cierta cultura que forman notable contraste con la crasa ignorancia de la inmensa mayoría de los componentes sociales. Y eso se explica fácilmente tratándose de sociedades en formación, puede decirse.

Siendo la herencia intelectual que recibimos de España insuficiente de todo punto para interpretar fructuosamente cuanto integra el alma moderna en sus más caracterizados aspectos de adelanto humano, y no teniendo ni pudiendo tener aún un arte propio, fuerza ha sido buscar en otra parte lo que nos faltaba, y por esa circunstancia el proceso intelectual de la América latina, en sus líneas generales, se caracteriza por un espíritu de imitación en cierta parte nocivo, pero eminentemente benéfico por haber servido, por servir para

BNPHU

la asimilación más o menos consciente de ciertas modalidades de nuestro tiempo de efectiva trascendencia colectiva y para ir paulatinamente adquiriendo el dominio de una técnica de todo punto indispensable para llevar a cabo verdaderas creaciones artísticas.

De esa manera, desarrollándose en ese obligado marco de imitación, ha podido la actividad mental de estos países desembarazarse de ciertas trabas de un retorismo superficial y huero, y, respetando peculiaridades de estructura gramatical y aumentando considerablemente el léxico, dar a la hermosa lengua castellana cierta flexibilidad, cierto movimiento, ciertos modos de expresión, cosas que no son obras del capricho como cierta crítica superficial supone, sino de la necesidad, de imposiciones de la hora presente; ya que no es posible, con formas anticuadas o poco menos de lenguaje, interpretar complejidades de la vida contemporánea y reflejar con la posible exactitud matices y refinamientos característicos de nuestro tiempo y las más de las veces de muy acentuada e íntima urdimbre psíquica.

El arte expresa intensa y bellamente lo que impresiona nuestra sensibilidad frente a la vida en todos sus múltiples y cambiantes aspectos. Estriba siempre en aprisionar la realidad caprichosa y fugitiva, en peculiares formas de expresión que impregnamos de efluvios más o menos intensos de nuestro mundo espiritual. El arte tiene la propiedad insustituíble de hacer nuestra vida más noble y más fecunda.

Por su medio damos valor relativamente perdurable al mundo visible, y, en determinados casos, sugerimos ideas que a veces resultan como adivinaciones, respecto de cosas que están fuera del dominio de nuestras facultades visivas y auditivas.

BNPHU

Ya sé que, dada la estructura limitada de nuestra inteligencia y nuestra sensibilidad, sólo nos afectan las formas más pronunciadas de las cosas, sin que podamos, por la deficiencia de esos medios de conocimiento y de expresión, sorprender para encerrar en el marco de la realidad artística algo que está muy cerca de nosotros, que no podemos ver, que no podemos oir, pero que sabemos, porque lo *sentimos*, que vibra a nuestro alrededor como un vago y tenue batir de alas, como una onda musical que acaricia suavemente nuestro espíritu.

En su sentido más puro y elevado, el arte únicamente puede darnos la vaga sensación de lo que se oculta detrás de las apariencias materiales de las cosas. Individual por esencia, resulta universal por sus medios de exteriorización y por su efectiva finalidad estética.

Hasta cierto punto y hasta cierto tiempo, en Hispano-América se ha hecho preferente uso de la discutida forma del "arte por el arte", lo que ha ocasionado un cúmulo de creaciones insustanciales, efímeras, sin enjundia ideológica, sin originalidad, sin verdadero sentido de las realidades del momento.

En su principal aspecto la literatura de Hispano-América ha sido expresión de suntuosidades verbales, de artificiales emotividades, de juegos malabares de ideas postizas, sin aparecer casi nunca afectada por la repercusión de los graves problemas sociales que en tal alto grado preocupan el pensamiento moderno. Hemos considerado la literatura como mera exteriorización de lirismo y de filigranas de estilo, sin considerarla en el sentido alto e íntegro que vincula, esto es,

BNPHU

algo así como instrumento social que, sin desprenderse de su objetividad estética, posee verdadera eficacia, atesora valor pragmático. El arte, en la hora presente, debe ser *social*, llevar en sí ciertas nobles y fecundas finalidades prácticas.

Independizándose lentamente de ese principio de convencional imitación que pareció ser su nota más distintiva durante cierto lapso, la producción literaria hispano-americana desencoge sus miembros, arroja sus muletas y echa a andar libremente sin miedo de tropiezos ni caídas.

La necesidad de producir, de realizar obras que demuestren serenamente las orientaciones de su pensamiento frente a las graves cuestiones de todo género suscitadas por el dinamismo de la hora actual, forma ahora la más visible preocupación de los más conspícuos escritores de nuestra América. Considerada en su conjunto, obsérvanse en esa producción tendencias diversas, direcciones varias en que se vislumbra con frecuencia la acertada penetración de muy modernas ideas filosóficas, científicas y artísticas.

De todas esas tendencias, la más plausible, la más beneficiosa a mi ver, es la que se encamina a realizar un ideal de nacionalismo vivificado en el anhelo de vigorizar el sentimiento de vida independiente en estos pueblos mediante el cultivo sereno e intenso de cuanto constituye su urdimbre psicológica, sus costumbres típicas y sobre todo su vida histórica, no por corta menos interesante y gloriosa.

Dentro de ese nacionalismo literario caben sin molestarse muchas ideas aparentemente discrepantes. Para mí el nacionalismo no sólo comprende cuanto atañe

BNPHU

a nuestros orígenes históricos, a nuestra existencia colonial, a nuestra vida independiente, a cuanto por este o aquel concepto tiene su raíz en el terruño, sino que encierra también la aspiración de identificarnos con la civilización moderna, de asimilarnos provechosamente cuanto ella tiene de prolífico, sin perder ni un ápice de lo que nos da fisonomía propia en el concierto internacional.

El arte en sí no es nacionalista; sus condiciones de universalidad lo ponen por encima de muchas formas convencionales de la vida social; pero sin localismos mezquinos que le darían una visión muy estrecha de las cosas, puede y debe, sin desnaturalizar sus fines estéticos, apacentar su actividad en asuntos nacionales propios para dar consistencia a sentimientos que en todas partes tienen idéntica o parecida significación.

En las peculiaridades de su naturaleza imponente y majestuosa, en lo típico de algunas de sus costumbres y en los heroísmos y vicisitudes dramáticas de su historia, ofrece Hispano-América un mundo inmenso, todavía inexplotados muchos filones de producción literaria que pueden dar de sí una verdadera riqueza artística.

Esa orientación nacionalista es de suma necesidad para dar cabal idea de lo que fuimos, de lo que somos, de lo que podemos ser.. Los estudios históricos son los que deben atraer con preferencia nuestra atención, pues tienen el privilegio de comunicar al espíritu los estremecimientos de una emoción patriótica intensa y avasalladora que repercute sana y fructuosamente en el alma colectiva.

El patriotismo, en su fondo, no es ni puede ser

una abstracción, un concepto puro, sino un sentimiento de verdadera fuerza social que pide a cada instante hechos que le impriman cierta virtualidad y cierto colorido plástico propio para hacerlo accesible a todos, y para que, en cierto instante, de la medida de la irreductible disposición de un pueblo a sepultarse entre escombros antes que ser fácil presa de ignominiosa dominación extranjera...

Esa dirección nacionalista va acentuándose, tomando cuerpo en la producción literaria de varios de estos pueblos, y no es difícil augurar que, en breve, a medida que se tenga noción consciente de lo que ella significa, tendrá mayor número de cultivadores conspícuos.

En Venezuela ha florecido hermosamente el *criollismo* de Urbaneja-Achelpohl, y en la Argentina dos escritores notables, Roberto J. Payró y Lamartiniano Leguizamon, cultivan un nacionalismo muy vigoroso e interesante. Y en el Uruguay, mi ilustre amigo José Enrique Rodó, influído por el estudio del teatro español del siglo XVII —conforme ha declarado en un diario montevideano— propónese estudiar la conquista y colonización de América en sus figuras más representativas, sintiéndose principalmente atraído por una de ellas: Hernando Arias de Saavedra. Aquí, en Santo Domingo, se han hecho también ensayos más o menos felices de ese género.

Todo ese movimiento nacionalista, aparte de su objetivo de robustecimiento de la personalidad autonómica de cada uno de estos pueblos, contribuirá grandemente, yo así lo espero, a un fructuoso acercamiento de ellos, aproximación necesaria para llegar a ese ideal

de vigorosa y perdurable solidaridad hispano-americana que fulge como la más hermosa visión del porvenir de las repúblicas de América en que se habla la lengua castellana...

En este deficiente libro, consagrado exclusivamente a una parte de la producción intelectual de esas repúblicas, palpita a cada instante un ideal de confraternidad hispano-americana cimentada en una efectiva unidad de ideas, de aspiraciones y de leyes, tal como fué, hace noventa años, el sueño glorioso, el magnificente anhelo de aquel taumaturgo de la victoria, de aquel titán creador de naciones que se llamó Bolívar, quien, por encima de las preocupaciones e ignorancias de su época, vislumbró con la profética intuición de su gigante espíritu, que sólo por medio de una unión cada vez más íntima podrían las flamantes repúblicas hispano-americanas asentar sobre bases sólidas su precaria independencia y practicar fructuosa y conscientemente las instituciones de la democracia moderna.

Del libro "La Literatura Americana de Nuestros Días"
(Páginas Efímeras).

LA BANDERA

Perico Antunez se despertó sobresaltado. Parecióle que el viejo lo llamaba con acento colérico... ¿Qué hora sería? Por las rendijas de las mal unidas tablas de palma del bohío se filtraba una claridad muy tenue que iba creciendo por grados... De día ya! Restregándose los ojos para sacudir el sueño que lo dominaba se sentó en el estrecho catre prestando atento oido a los vagos rumores de afuera... En el patio cacareaban las gallinas. A ratos lanzaban los gallos las estridentes notas de su canto triunfal. Los sonidos de las campanas de la iglesia del Carmen, bastante amortiguados por la distancia, resonaban alegremente convocando a los fieles para la misma rezada... Sentía una laxitud inmensa en todos sus miembros y ganas irresistibles de poner de nuevo la cabeza en la blanda almohada para echar otro ratito de sueño... El viejo Juan, su padre, el *taita*, como cariñosamente lo llamaba, no había vuelto a abrir la boca. Se habría dormido de nuevo sin duda. Con el frío que hacía éso era lo mejor. Iba a acostarse de nuevo, bien arropado, cuando en la habitación contigua escuchó la respiración fuerte y entrecortada, interrumpida a menudo por una tosecilla, de su hermana Maruca, y de pronto se acordó que el taita le había recomendado con muchísima insistencia se levantase muy temprano para ir al pueblo con objeto de que en la botica próxima al Mercado le despachasen el medicamento que el doctor André había recetado para la enferma... Sin más titubeos se puso en pie

cogiendo de una silla de paja inmediata sus prendas de vestir, si no lujosas, propias por lo menos de un campesino acomodado que tenía muy buenas relaciones en Santiago adonde iba a cada rato... Mientras se dedicaba a esta ocupación casi maquinalmente, procuraba coordinar sus ideas amortiguadas o borrosas por el sueño para evocar el recuerdo, claro y preciso, de cuanto durante las primeras horas de esa noche le había ocurrido en el fandango verificado en el bohío de Paco López, el pedáneo, a cosa de una legua de allí y al que había asistido en compañía de Roque Núñez, su primo e inseparable compañero de tragos y jolgorios...

Cuando llegaron ambos primos, a eso de las nueve de la noche, la rústica fiesta rebosaba de animación y alegría. El aguardiente, tomado a pasto, empezaba a hacer de las suyas. *La orquesta,* compuesta de un tiple, cuatro, tambora y güira, desgranaba las suaves notas de un cadencioso *merengue,* uno de esos merengues que Perico bailaba con insuperable maestría coreográfica... De color algo obscuro, alto, fornido, de pujante fuerza física, especie de Hércules campesino, de muy agradables facciones, con unos ojos negros de rara expresión que parecían mirar muy adentro; diestro como pocos en manejar un caballo, en preparar gallos para la lidia, y, sobre todo, en bailar con gallardía zapateo, *carabiné,* merengue y demás cosas bailables, gozaba Perico Antunez de merecido renombre entre la juventud masculina y femenina de esos contornos. Poco después de su llegada al fandango, excitado por algunas libaciones, sin encomendarse a Dios ni al diablo, sacó a bailar a Suna, la novia de Chago López, hijo del dueño de la fiesta, quien se mantenía celoso de Perico por

las continuas atenciones que prodigaba a su novia. Y era cierto que Suna le gustaba de veras. Esbelta, robusta, bien proporcionada, de fisonomía fina y agraciada, de curvas bastante pronunciadas que al bailar se movían voluptuosamente, era una hembra de rechupete que Perico allá en sus adentros había decidido conquistar a todo trance, cueste lo que costare. Hacía días que se había propuesto desbancar a Chago. Suna, aun manteniendo relaciones muy formales con el novio, ya como quien dice en vísperas de casorio, no podía, aunque lo intentaba, disimular el interés que le inspiraba Perico. Esa simpatía saltaba a los ojos. Era necesario ser muy lerdo para no verlo claro, y Chago ciertamente no tenía un pelo de zoquete. Aquello no iba á parar bien...

Los tragos se le habían subido a Chago a la cabeza, y, ya sin poder contenerse, en un momento en que Perico iba más embullado bailando con Suna y estrechándole el talle más de lo que era debido, dió un fuerte empujón al entusiasmado bailador pretendiendo quitarle la pareja de los brazos... Ave María Purísisima! Y qué tiberio de dos mil demonios se armó incontinente. Las velas que alumbraban la sala se apagaron como por encanto. Palabras de insulto, rugidos de cólera se oían a cada paso dominando el continuo chis chas de los machetes... Perico y su primo Roque estaban solos, puede decirse, tenían contra sí toda la fiesta, pero ni un instante perdieron los estribos al verse cada vez más estrechados. No dejaron ni un segundo de demostrar la serenidad y arrojo de que habían dado ostensibles muestras en lances iguales. Sin recibir ni un rasguño, aprovechándose de la densa obscuridad, lograron abrirse paso internándose en el

monte... Una hora más tarde, en la tranquera de la estancia de Perico se separaron ambos primos dándose un fuerte apretón de manos. Juntos habían acabado fandangos más de una vez y siempre les había salido bien la cosa...

Todo éso rumiaba Perico mientras se vestía con esa rapidez eléctrica con que se asocian los pensamientos en el cerebro en determinados instantes psicológicos, cuando de improviso, empujando con fuerza la puerta del cuarto, apareció el viejo Juan con un papel en la mano y diciéndole con voz irritada:

—No acabarás de vestirse, jaraganazo?

—Vé volando a que te despachen eso en la botica...

II

En Otra-Banda, monte adentro, algo retirado del Yaque, en una especie de plazoleta tapizada de perenne verdura, se alzaba el bohío, espacioso y limpio, en que moraban el comandante retirado Juan Antunez y sus dos hijos Perico y Maruca. Recientemente enjalbegaba, la rústica vivienda alegraba con su nota de brillante blancura el monótono verde obscuro del paisaje circunstante. Cosa de ocho o nueve años hacía que vivía allí el comandante Juan Antunez. No estaba por completo el viejo militar desprovisto de instrucción, pues en su infancia, en una escuelita de la ciudad había aprendido a leer con alguna soltura y a escribir con letra bastante regular aunque incurriendo a menudo en disparates gráficos de á folio. Ya muchachón entró en una tabaquería donde, empezando por hacer empuños, llegó bien pronto á adquirir mucha fama por su insuperable habilidad en la confección de cigarros

de forma y corte muy alabados por los consumidores. Ganó algunos reales, los suficientes para comprar una modesta casita en los Chachases, casándose poquito después con Colasina, la laboriosa y amante compañera muerta hacía diecisiete años al dar a luz a Maruca.

Juan Antunez, que siempre se había distinguido por su furibundo anti-haitianismo, estaba en el grupo que victoreó con frenético entusiasmo a Domingo Daniel Pichardo cuando este distinguido ciudadano, en la sesión del Ayuntamiento en que se trataba de adherirse a la obra del 27 de Febrero, en un vigoroso arranque tribunicio, hizo cesar los titubeos y vacilaciones de algunos arrastrando los ánimos con su verbo fulgurante por la via de las resoluciones supremas... En aquellos días de angustiosa expectación, y no obstante de estar ya casi tocando los cuarenta años, llamó siempre la atención por su decisión y su ardor por la causa separatista. Era sargento de la primera compañía del batallón La Flor, y en los días que precedieron al 30 de Marzo se le contempló trabajando de continuo personalmente, como un peón, en los reductos que se improvisaban para hacer resistencia al ejército de Pierrot que venía a marchas forzadas con el designio de adueñarse de la noble ciudad asestando con ello golpe de muerte a la flamante empresa separatista. Disipado el humo de las últimas descargas del combate reñido en aquel glorioso día, ya cayendo la tarde, el general Imbert, alma de la defensa, dirigió en el fuerte Dios ante un grupo de oficiales al sargento Antunez calurosas frases de encomio por su serenidad y bizarría. Desde entonces no fué, no quiso ser más que un soldado. En su alma forjada por un tradicionalismo algo confuso y como estructurada para cosas grandes, florecía un sen-

timiento de perenne odio a los mañeses, sentimiento que, en los primeros tiempos, parecía como condensar todo su ideal de patria libre. Cada vez que por la frontera asomaba el haitiano, Juan Antunez era siempre de los primeros en volar al encuentro de la horda enemiga. En Beler recibió una herida en el b azo derecho de que sanó prontamente. En Sabana Larga, en el momento en que cumplía una orden del general Juan Luís Franco Bidó, un disparo de cañón demasiado cercano casi le quemó los ojos. Desde entonces sufría mucho de la vista, lo que, en los momentos agudos de la enfermedad, le agriaba el carácter de manera que se incomodaba con frecuencia por el más chico motivo. Años después de morir Colasina, creyendo asegurar mejor el porvenir de sus hijos, se trasladó a la Otra-Banda a un terreno que había heredado de un tío donde fomentó una especie de potrero y se dedicó al cultivo de frutos menores que cotidianamente enviaba a vender al mercado de Santiago. Con el producto de esos frutos y de la leche de algunas vacas se vivía con bastante desahogo en el bohío. Después de Sabana-Larga fué ascendido a comandante, y aunque pidió y obtuvo su retiro estaba siempre dispuesto, a pesar de sus achaques, a correr como en otro tiempo adonde quiera que se quemase la pólvora...

Tres amores vibraban intensamente en el alma de aquel guerrero que, no obstante su frecuente contacto con cosas de sangre y de exterminio propias del que sigue la carrera de las armas, conservaba en su organismo afectivo cierto fondo de innata bondad que lo hacía por lo general refractario a esos actos de extremada violencia en que incurren con frecuencia cuantos se habitúan por los azahares de la lucha armada al

desprecio continuo de la vida. Constituían esos tres amores, siempre intensificando su espíritu, la patria, sus dos hijos, y el recuerdo siempre vivo de la muerta, de la amante y abnegada compañera que, durante breves días, le había proporcionado momentos de felicidad desvanecidos para siempre en melancólicas lejanías... La Patria!... En él esa palabra, lo que para él simbolizaba, no tenía ni podía tener las condiciones de un concepto reflexivo, de una creación mental bien definida, sino era algo de espontáneo y de instintivo, algo así como la llamarada de un sentimiento que llenaba perpétuamente, iluminándolos y caldeándolos, los más íntimos rincones de su espíritu. El tema inagotable de sus conversaciones eran los más resonantes hechos de armas en que había tomado parte. El 30 de Marzo, Beler, Sabana-Larga, estaban continuamente en sus labios... Sus narraciones, escuchadas con deleite por algunos vecinos que formaban su diaria tertulia, al caer de sus labios se teñían de cierta unción, se impregnaban de cierto calor íntimo que les daba como formas de plegarias o de himnos a alguna deidad desconocida... Seis sillas serranas, cuatro mecedoras y una mesita de pino cubierta con reluciente hule negro componían el más que modesto mobiliario de la salita del bohío. De uno de los setos, el más bañado por la luz, colgaba de un grueso clavo un cuadro o cosa que tenía pretensiones de tal. Examinado a corta distancia podían leerse en su borde inferior estas palabras: Batalla de Beler... La pintura, ordinarísima, obra de un pobre diablo de aficionado poco ducho en achaques pictóricos, carecía, casi por completo, de esa facultad de acertada y bella expresión que constituye la piedra de toque del genuino artista. El cuadro no atraía ni por la corrección del dibujo ni por la bien equilibrada so-

briedad del colorido. Ni un solo toque de efecto, ni una pincelada de mediano valor pictural. Las figuras representadas carecen de verdad, de animación, de vida. Delante, ginete en un soberbio caballo blanco, se destaca el caudillo vencedor en aquella jornada, el bizarro general Salcedo. A su lado, con los carrillos inflados, toca un corneta. Todo el campo aparece como cubierto por espeso humo... Apenas se alcanza a divisar una especie de fortín de que acaban de apoderarse nuestras tropas como se ve por el pabellón cruzado que flamea en su parte más elevada. Esa bandera de colores muy encendidos, símbolo glorioso e inmortal de la patria, es lo que mejor se destaca en aquel abigarrado conjunto de líneas y de colores. En la imaginación del viejo Juan la bandera no era sólo un símbolo, un objeto representativo, sino como la patria misma, viva y palpitante, su forma más plástica y visible puede decirse. ¡La había contemplado tantas veces, tremolando orgullosa, arrullada por el silbido de las balas y por vibrantes y prolongadas aclamaciones triunfales! Se pasaba las horas frente al cuadro deleitado en la silenciosa contemplación de los vivos y alegres colores de esa bandera que para él compendiaba todo un poema de abnegación y de noble amor al terruño... Entre él y la bandera existían no se qué conexiones espirituales, cierto vínculo misterioso e íntimo, que agrupaba como en apretado haz las fibras más puras y nobles de su intensa sensibilidad. Todos los días, al rayar el alba, oía desde su lecho con recóndita fruición, los lejanos toques de corneta que anunciaban que en el fuerte de San Luís iba a izarse *su* bandera, la bandera gloriosa de Febrero...

III

Perico acababa de cumplir veintiún años y Maruca

diecisiete. Antes de la mudada a la Otra-Banda había Perico frecuentado una escuela de primeras letras que sostenía y dirigía el cura de la parroquia donde aprendió a leer y escribir no del todo mal, las cuatro reglas y un mundo de oraciones que el buen sacerdote se había esforzado en enseñarle. Se sabía al dedillo todo el catecismo. Maruca, salvo cosas de rezo, no sabía nada. Era una ignorantuela de tomo y lomo. Caída su madre en la tumba a raíz de una operación quirúrgica indispensable para que ella pudiera venir al mundo, creció la niña endeble, flacucha, algo raquítica, con una salud muy delicada, pálida flor de cementerio, como quien espera recibir de momento el ósculo amoroso de la muerte... Formaba curioso y resaltante contraste con Perico, su hermano, mocetón fornido que podía levantar un quintal sin mayor esfuerzo, que, con sus músculos de acero y su destreza abatía al toro más bravío y domeñaba el potro más cerril, resultando, en lo físico, hombre que no reconocía por todos esos contornos rival capaz de echarle la zancadilla... La vida de Maruca era una queja continua. Unas veces la cabeza, otras el pecho, otras el estómago, siempre tenía algo que le doliese o la hiciese víctima de un nuevo sufrimiento. El doctor André, que tenía en mucha estima al comandante Juan, recetaba con frecuencia a la muchacha, aunque disimulaba poco sus temores sobre la enfermedad que minaba aquel cuerpecito, verdadera ruina fisiológica. Atendía con ahinco a los quehaceres de la casa, por más que su padre y su hermano que la querían entrañablemente, con afecto profundo en que había dejos muy pronunciados de compasión, habían buscado una criada para que Maruca ni siquiera moviese una silla. Cosía algunas veces, pero su principal ocupación era rezar, cosa que hacía con fervor en oca-

siones exagerado y aun extravagante. Se desvivía por *rosarios,* novenas, y en general cuanto oliese a cosas de iglesia. Todos los años, así se sintiese indispuesta, se ponía en camino del Santo Cerro donde tenía una tía paterna que la mimaba mucho, para asistir a las fiestas patronales de la Virgen de las Mercedes, una bien coloreada estampa de la cual tenía pegada en la pared de su cuartito, frente a su catre, y ante la que, todas las noches antes de acostarse se arrodillaba para elevarle sus cándidos y fervorosos ruegos. ¡Cuánto quería esa imagen, recuerdo de su madre, que tantas veces escuchó las plegarias del ser querido a quien Maruca no había conocido, pero cuyo nombre tenía grabado con caracteres indelebles en lo más íntimo de su corazón! En su fe infantil, espontánea, externa, producto de fuerzas ancestrales recónditas, sólo revestía carácter divino, sólo debía ser objeto de culto religioso, lo que aparecía de la divinidad bajo una forma sensible, lo que podía ver y tocar, la sacra figura pintada en el lienzo o de cualquier material plástico modelada por el arte...

Era naturalmente agraciada y poseía esa melancólica belleza, inconsistente y frágil, de las cosas destinadas a desvanecerse prematuramente. De su carita de un color indio bastante claro, ovalada, serena y pálida, suavemente iluminada a ratos por el rictus de una sonrisa luminosa que ponía en ella como lampos siderales; de toda su fisonomía emanaba no se que sutil perfume de encanto noble y casto que a primera vista inspiraba profunda simpatía. Con todo eso, debido sin duda a su salud endeble, era lo cierto que hasta entonces ningún amartelado mozalbete había clavado en ella su mirada con esa insistencia que es vehemente

indicio de admiración o de deseo ni había deslizado en sus oidos, a modo de ondas arrulladoras, esas palabras encendidas, verdadera música del alma, que a manera de dardos de fuego van a clavarse en el corazón de las vírgenes... Perico quería muchísimo a su hermana tomando continuo cuidado en que estuviese bien atendida y no cesando de aconsejarla que saliera siempre bien abrigada y cumpliera al pié de la letra las prescripciones del médico. En el afecto entrañable de Perico vibraba, ennobleciéndolo, algo de inmensa piedad por aquella niña devorada por la anemia que, en lo exterior, en lo que delata fuerza física, era la antítesis viviente del mozo... Fuera de este afecto sincero y vivo, del cariño mezclado de respeto que experimentaba por el taita, y de su intimidad con su primo Roque, casi de su misma edad, aunque diferentes en lo físico, pues era de menor estatura y más delgado que Perico, éste no tenía ningún otro verdadero afecto no habiéndose todavía sentido envuelto en las redes de una pasión amorosa lo bastante fuerte para arrastrarlo al matrimonio, sacramento que le era realmente antipático... Sus numerosos amores habían sido siempre momentáneos caprichos, pronto satisfechos. En él persistía potente, velada con formas más o menos aceptables, la salvaje rusticidad del hombre primitivo, del antepasado remotísimo que, en la selva vírgen, en el seno fecundo de la Naturaleza serena e impasible, acecha a la hembra y se apodera de ella, obedeciendo al deseo brutal, para gozarla un instante y luego abandonarla desdeñosamente...

Perico era puede decirse el todo de la estancia. El viejo, achacoso y en camino de perder la vista, no podía ocuparse mucho en las faenas campestres, pero el mozo vigilaba continuamente los trabajos de manera

que en la finca todo marchaba viento en popa. Gastaba las horas que le quedaban libres en montar a *Lindo*, arrogante potro bayo que tenía en mucha estima por sus bríos y su paso, en sostener fugaces amoríos, en tirar alguito de la oreja a Jorge, y en asistir a los fandangos procurando en ellos despertar la admiración de mozos y mozas por su destreza coreográfica y su generosidad en brindar tragos y empanadas. La fiebre patriótica del viejo no lo había contagiado. Solo le impresionaban los relatos del taita cuando en ellos salían a relucir actos individuales de arrojo o de fuerza personal. También ponía su miaja de atención cuando el viejo hacía referencia a la época en que Perico era chiquirritico, en los últimos años de la dominación haitiana, cuando los mañeses gobernaban el país como verdaderos señores de horca y cuchillo. El viejo se acordaba mucho de un desaire que había recibido del general Morisset una vez que fué a la gobernación a practicar no sé que diligencia de poca importancia. El jefe haitiano ni siquiera había atendido a lo que le decía despidiéndolo con unas palabras en *patuá* que ni el diablo mismo hubiera entendido. Siempre que se refería a la época haitiana el viejo Juan empleaba esta expresión: "cuando la otra bandera" y siempre la subrayaba con un acento en que había pronunciados matices de inveterado desprecio. Perico nunca había visto en el fuerte de San Luís otra bandera que la dominicana, la que el comandante amaba con un ardor que con la edad antes que enfriarse parecía hacerse más vivo y potente, de tal modo que decía de contínuo aun a riesgo de fastidiar a los que le oían que viejo y cegato como estaba no tendría inconveniente en dejarlo todo, hijos e intereses, para empuñar las armas si el haitiano se atrevía a cruzar otra vez la frontera...

La luz solar empezaba a esparcir la pompa de sus fulguraciones sobre el rústico paisaje, pleno de esos mil confusos rumores que anuncian el solemne despertar de la vida en el campo. Las hojas de los árboles estaban todavía cubiertas de rocío, piedras preciosas inconsistentes y efímeras que despedían irradiaciones policromas al sentir la suave caricia de la luz. Todos esos ruidos asociados en un ritmo indefinible y fuerte, toda esa creciente y soberana explosión de vida semejaba como un himno que de la tierra estremecida y fecunda se elevaba al cielo intensamente azul apenas surcado por una que otra ligera nubecilla...

Perico había ya ensillado el bayo, y con la receta escondida en el forro del sombrero para que no se le perdiese, sin esperar más saltó con ligereza suma sobre el caballo emprendiendo la marcha por una vereda que iba a terminar al pié mismo del cauce del Yaque... Antes de dar rienda al bayo gritó a Maruca que lo contemplaba desde la puerta del bohío y que no había cesado de recomendarle que se apresurara. Ahoritica estoy de vuelta!

IV

Pasó un espacio de tiempo como de una hora y después otra sin que Perico estuviese de vuelta. Ese tiempo era más que suficiente dado lo corto de la distancia y lo bien montado que iba para que en la botica le despachasen la receta y estuviera ya descansando en el bohío. ¿Qué haría ese tronera?... El viejo comenzaba a impacientarse. Seguramente diciendo chicoleos de color subido a algunas mozas de buen semblante y amplias caderas, de esas color de canela que tanto le gustaban y que a esa hora solían frecuentar el Merca-

do. Porque en viendo faldas, ya estaba Perico fuera de quicio. Y el viejo, para sus adentros, no se lo reprochaba demasiado. En sus mocedades había hecho lo mismo. Perico lo tenía sin duda en la sangre... Pero la pobre Maruca estaba impaciente por principiar a tomar su remedio a la hora señalada por el médico... No tenía Perico perdón de Dios con esa injustificable tardanza... Pero dónde estaría, Virgen de la Altagracia! De súbito levantóse y se dirigió a la puerta creyendo haber percibido el ruido como de alguien que llegaba... Nada, nada... Y Maruca esperando con tanta ansiedad su remedio. Esta vez sí que tenía fe en que curaría completamente. Tenía hecha la promesa, si recobraba la salud, de ir a pié al Santo Cerro y subir la penosa cuesta de rodillas como hacían algunos romeros dando muestras de una devoción que para muchos pasaba de raya...

Esta vez si no se equivocaba el viejo Juan. La voz que resonaba a lo lejos era la de Perico. Entre un millón la reconocería. Al fin! Efectivamente, por la estrecha faja arcillosa de la vereda que cortaba el césped como una línea ondulosa que desaparecía en un monte cercano, avanzaba Perico espoleando el caballo y dando muestras de una agitación que era en él cosa insólita. En sus ojos se pintaba el asombro. Toda su fisonomía revelaba profundo estupor... Qué le ocurría? El comandante, inquieto, casi sin poder articular palabra, fijaba en él intensamente la mirada de sus ojos enfermos, una mirada en que palpitaban muchas interrogaciones... Perico se repuso pronto, miró de frente al viejo y con voz en que vibraba algo de una emoción en él extraña, pronunció estas palabras como quien hace un disparo:

BNPHU

¡Ya hay otra bandera!

El comandante se quedó turulato sin comprender ni pizca de lo que acababa de decir Perico, quien había ya entregado su remedio á Maruca... ¡Qué jerigonza esa esa! Como si le hablaran en chino! Seguramente su hijo había empinado el codo más de la cuenta. Los tragos, los malditos tragos! Sin duda se había o le habían ajumado en el pueblo. Perico le negaba tenazmente afirmando que solo había tomado *la mañana*.

Y repetía con insistencia:

—¡Ya hay otra bandera!

Y ya bien repuesto, completamente dueño de sí, repitiéndose a menudo, en frase cortada, pintoresca, interrumpida á trechos por exclamaciones muy expresivas, comenzó a narrar lo que había visto y oido en Santiago... Al entrar no notó nada, pero ya cerca de la esquina en que estaba la botica a que se dirigía comenzó a ver grupitos de gente que hablaban en voz baja como comentando un suceso de alguna importancia... Se había cometido algún crimen?... Qué pasaba? Una mujer del pueblo, con una batea de frutas en la cabeza, al cruzar delante de Perico le dijo a una congénere suya que estaba de pié en la puerta de una casa como esperando algo, estas palabras que él oyó claramente: Ya diz que semos de España... El viejo Juan, con los ojos muy abiertos, como si de repente se hubieran curado, los clavaba como dos puñales en el narrador, quien proseguía relatando su rara odisea sin omitir el más leve detalle. Por la mente del viejo pasaba esta idea: Si se habrá vuelto loco!...

Después de comprar la medicina se fué detrás de

unos cuantos que iban a oir no se que cosa en la plaza principal. Allí, frente a la Cárcel vieja, un hombre leía lentamente un papel con voz clara y resonante... Hervía la gente en la plaza... A la distancia en que se encontraba sólo pudo recoger palabras que carecían para él de verdadero sentido: Santana, reincorporación, madre patria, Isabel segunda...Casi pegado a él un hombre bien trajeado que conversaba con otro que tenía al lado soltó esta frase: Al fín se salió Santana con la suya... Perico continuaba observando sin entender ni miaja de aquel intríngulis... Al fin, queriendo adquirir noticias positivas que traer al viejo, pues le habían asegurado que en el fuerte de San Luís habían quitado la bandera dominicana para poner otra, se fué por la calle del Sol hasta cerca de la Altagracia y desde un punto en que se veía el fuerte adquirió la dolorosa seguridad de lo que contaba la gente. En lugar de la bandera dominicana habían puesto otra exactamente igual a una que había visto en meses pasados en la tienda de unos catalanes...

Mentira, mentira, berreaba el viejo...

Y no obstante tal afirmación experimentaba como un gran dolor, como si le arrancaran algo del pecho, pues bien comprendía, aún queriendo engañarse, que había algo o bastante verdad en el fondo de lo que le relataba Perico. Pero quería continuar forjándose la ilusión de que eso no era verdad, no podía ser verdad... Así, tan de sopetón, sin que ningunos de sus viejos amigos del pueblo le hubiera dicho antes nada de esa trama pérfida... Mentira, mentira, repetía... Al verse apostrofado como un embustero Perico no pudo contenerse. Lo que más le dolía era que le llamasen mentiroso, y en su casa lo sabían bien, taita

BNPHU

Juan principalmente... Es verdad, es verdad, ahulló rabioso! Mire, taita, si quiere convencerse vamos ahora mismo al cerro de *Pedro Vera* para que vea que yo no hablo embustes... El viejo estaba como sobre ascuas... Rápido, con un movimiento instintivo, como si creyera que iba al encuentro del enemigo corrió al sitio en que tenía colgado su viejo machete y poniéndoselo debajo del brazo echó a andar diciendo con voz ronca a Perico: Pues vamos...

V

Y se pusieron en marcha, firme y erguido el viejo Juan como si sólo contara veinte años. Perico había tomado la delantera y guiaba apresurando el paso. El comandante detrás, casi tocándole, caminaba dando visibles muestras de la emoción que empezaba a enseñorearse de su pecho ante las repetidas afirmaciones de su hijo. Maruca formaba también parte del grupo lo mismo que algunos vecinos con quienes se habían topado a la salida de la estancia... A pesar de estar ya bastante alto el sol todavía se hacía sentir algo el frío en aquella clara y luminosa mañana de Marzo. Al través del entrelazado ramaje de los árboles la luz solar semejaba un piélago deslumbrante de oro fundido. En la arboleda, saltando, aquí y allá, gorjeaban pintorescas avecillas. Ladridos de canes, relinchos de caballos, mugidos de vacas, interrumpían a cada momento el silencio de la mañana. Por la estrecha vereda que a alguna distancia del bohío entraba bajo árboles frondosos cuyo extendido ramaje parecía formarle un fresco y amplio dosel de verdura y que a cosa de un cuarto de milla más lejos se dilataba al través de la gramínica como una línea rojiza ya cobijada solamente por el palio azulado de los cielos, caminaban

aquellos pobres campesinos, en una especie de romería patriótica, aguijoneados por la curiosidad, sin percatarse bien ninguno de ellos, excepción hecha del viejo militar, de la verdadera naturaleza del sentimiento rudimentario e informe que ponía en sus almas rústicas, de espontaneidad aún no comprimida por ciertos convencionalismos sociales, el ansia de saber a ciencia cierta qué era lo que en la ciudad traía trastornados todos los ánimas. Y si ni los haitianos, si ninguna otra gente extranjera, se preguntaban, había invadido el territorio como en otras ocasiones, si nadie amenazaba el país, por qué razón habían quitado entonces la bandera? En sus cerebros de rudimentaria mentalidad la cosa no tenía explicación satisfactoria... En aquella radiante mañana de Marzo, esos pensamientos, más o menos claros y precisos, eran los que se entrechocaban en el cráneo de aquella gente incapaz de desentrañar por medio de un trabajo mental las conexiones poco visibles de las cosas...

Se iban acercando... Hacíase cada vez más fuerte y distinto el ruído de la corriente del Yaque al chocar con los anchos cascajales de ambas orillas... Confusos rumores, atravesando el río, venían de la cercana ciudad donde bullía, incesante y estrepitoso, el hormiguero humano. De improviso, ya casi tocando el cerro de *Pedro Vera,* como si manos invisibles hubieran descorrido una cortina, surgió, cual radiante evocación de un poeta oriental, espléndido y magnífico, el ámplio y deslumbrante panorama de Santiago y de los montes que rodean la gentil ciudad formándole como un anfiteatro de perenne verdura... Tal grandioso espectáculo carecía enteramente de valor para aquella gente del campo habituada desde la infancia a contemplarlo in-

diferentemente... Santiago fulgía como una inmensa pincelada blanca que regocijaba la uniformidad del verde obscuro de la vegetación exuberante que le servía de incomparable marco. En la lejanía, envuelta en cierto tenuísimo vapor azulado, coronada de nubes, se divisaba la cúspide enhiesta de Diego de Ocampo...

Lo mismo que el viejo Juan las miradas de todos como atraídas por misterioso imán convergían al fuerte de San Luis, una parte del cual se dominaba desde aquel sitio. Claramente, como si estuviera a pocos pasos, veíase la línea irregular de sus rudimentarios atrincheramientos... Observábase distintamente el ir y venir de los soldados de la guarnición... Era verdad, era verdad, bendita Virgen de las Mercedes!... Ninguno de los presentes, salvo el viejo Juan y Perico que la había visto en una tienda, conocía la bandera roja y gualda que en el tope de elevada asta flameaba suavemente agitada por la brisa... Ya no había bandera dominicana!

El viejo Juan, con los ojos desencajados, miraba, miraba. De pronto, de su pecho, como fuerza potente largo tiempo comprimida, brotó un torrente de sollozos de intensa vibración que parecieron, por unos instantes, dominar el rumor del río que, bruñido por el sol, semejaba como una inmensa sierpe de luz dilatándose hasta confundirse con el manto de espeso verdor que cerraba por ese lado el horizonte...

Y el viejo Juan, muy pálido, con voz de lágrimas, con acento entrecortado por los sollozos, frente al río

que indiferente al inmenso dolor del noble soldado continuaba musitando el himno de su eterno murmullo, repetía con indignación:

¡Han matado la República!... Los traidores, los traidores!...

De "Alma Dominicana" (Novela histórica) 1911.

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO, - REP. DOMINICANA

GUANUMA

Dormía voluptuosamente la siesta en una hamaca el coronel Virico García cuando un ruido de voces en la puerta del rancho en que se alojaba en compañía de dos oficiales de las reservas lo despertó de una manera algo brusca...

Coronel, aquí hay un hombre que quiere verle ahora mismo, le dijo un fornido negro, especie de Hércules de ébano que le servía de asistente.

Que pase, que pase...

La figura de un campesino vestido paupérrimamente, lleno de manchas de lodo, interceptando la luz, destacóse en el estrecho espacio de la puerta de la rudimentaria barranca... Un instante bastó para que el coronel Virico lo reconociese, a pesar de haberse por completo afeitado el bigote y llevar por todo calzado unas rústicas soletas. Caía en aquel momento una lluvia muy ténue...

Fonso! Acabas de llegar seguramente. Siéntate, siéntate, y le señalaba dos sillas serranas desvencijadas que había en el cuarto. Por dicha estamos solos... No te esperaba tan pronto, a pesar de lo que me dijiste ayer...

Como una especie de incesante zumbido de colmena, los mil rumores confusos de un campamento en plena actividad venían de afuera, a veces como ténues

susurros, a veces como encrespamiento de oleaje rugiente. Cerca de dos mil hombres allí acampados ponían sobre aquel trozo de llanura como una nota de vida contínua e intensa. Empezaba a declinar la tarde, una tarde de cielo plomizo, fría, lluviosa, que esparcía no se que tonos de lúgubre opacidad, no se que tintes de cadavérica palidez sobre el paisaje circunstante. Cosas y personas parecían como sumergida en un ambiente gris, de suprema melancolía...

En la sabana de Juan Alvarez, conquistada a fuego y sangre al enemigo, hacía ya días que Santana había establecido el campamento de las tropas con que salió de Santo Domingo para aplastar la revolución estallada en el Cibao. Extensa y pintoresca, la sabana se dilataba hasta confundirse con los bosques que como espesa faja de un verde muy obscuro parecían por todas partes servirle de infranqueable límite. El río, el Guanuma, muy encajonado, corría sobre un lecho fangoso, a veces creciendo de manera rápida e imprevista hasta hacer muy difícil el paso. Diversas avanzadas, colocadas en puntos bien escogidos, mantenían a toda hora una cuidadosa vigilancia. El enemigo solía acercarse para desde el borde del bosque largar a mansalva algunos tiritos... En la Bomba, bien resguardados se situaron el hospital y los almacenes. En desordenada profusión, desparramadas irregularmente, tiendas de campaña, chozas apresuradamente construídas, chicas y grandes, ocupan una vasta porción de la ámplia sabana. Cobertizos muy prolongados sirven de alojamiento a la tropa. Aquí y allá, minúsculas cañadas, charcos de agua cenagosa cubiertos de obscura lama contrastan con el verde tierno del césped que se extiende hasta perderse de vista. En la larga y rústica

casa que sirve de hospital se amontonan en catres y hamacas los numerosísimos enfermos de la tropa española. Por falta de catres o hamacas, algunos yacen tendidos en lechos de serones o de yaguas. Las fiebres palúdicas, las perniciosas, la disentería se ceban en aquellos soldados peninsulares no acostumbrados al enervante clima de estos países intertropicales. Las deserciones frecuentísimas de las milicias del país y las numerosas enfermedades han reducido considerablemente el número de hombres de aquella fuerte columna...

Hacía rato que había escampado, aunque el tiempo no presentaba trazas de serenarse. El crepúsculo, de un gris intenso, se diluía lentamente en las primeras sombras de una triste noche de Octubre. Muy salteadas, en escaso número, principiaban a brillar ténues luces en algunas chozas. El coronel Virico y Fonso, el primero con un farolillo en la mano, tan pronto cerró la noche, a guisa de paseo, empezaron a recorrer en todos sentidos el campamento. Con las nuevas explicaciones de su compañero y con lo que había podido observar aquella tarde, creíase ya Fonso en capacidad de poder suministrar al gobierno provisional datos positivos que suponía de bastante importancia... Ambos avanzaban lentamente, desechando los pantanos, salvando las cortaduras del terreno, abriéndose camino al través de obstáculos en realidad insignificantes, pero que la creciente obscuridad revestía de temerosos aspectos. El coronel, acostumbrado a inspecciones de vigilancia nocturna y gran conocedor del terreno, guiaba expertamente. Reinaba sepulcral silencio en algunas chozas, que semejaban como tumbas de una vasta necrópolis. En una de las chozas, la

mejor alumbrada, algunos oficiales jugaban al dominó. Agrupados en torno familiarmente algunos camaradas siguen con interés las jugadas comentándolas en alta voz... Noche, noche intensamente negra. El cielo obscurísimo, lleno de nubes, descubre, a raros intervalos, el resplandor de una que otra lejana estrella. Ambos, como movidos por la misma fuerza, se detienen repentinamente. De un bohío inmediato, quejumbrosas, sollozantes, se escapan las dolientes notas de una guitarra. Un sargento de Bailén mueve con hábil mano las cuerdas. En la silente noche, en aquel augusto recogimiento de las cosas, bajo el cielo sombrío, esos sonidos impregnados de hondas nostalgias parecen como la evocación plañidera de cosas amadas perdidas en melancólicas lejanías... Tal vez en esos arpegios palpita el recuerdo de la madrecita que reza por él en la iglesia de su aldea; tal vez en ellos flota la imagen de la mujer querida que lo aguarda; acaso palpita en esos sones la visión de alguna casa de Cádiz o de Sevilla donde en tiempos desvanecidos en tristes realidades apuró sendas copas de manzanilla en compañía de fácil y garrida moza tocada con vistosa mantilla...

Siguen, siguen... Ante los dos exploradores nocturnos, álzase ahora una choza más grande y mejor construída que las otras en cuya puerta hace centinela un soldado con bayoneta calada. Cerca del bohío, en un tosco banco, bostezan o dormitan sus compañeros de guardia. En el interior, un hombre corpulento, de rudo aspecto, de imperativo gesto, desde la hamaca en que está sentado dicta algo a un joven que sin levantar la cabeza escribe apresuradamente. El viento hace a cada momento oscilar las luces de las dos velas de un candelabro de metal colocado en la mesa que sirve de

escritorio... El coronel Virico toca en un brazo a Fonso, y le dice en voz baja: el general... Como fascinado, Fonso se detiene clavado en el suelo por una fuerza superior. A la distancia, lejanos, óyense los ¡quién vive! de los vigilantes centinelas. Dos tiros lejanos interrumpen el silencio de la noche sin que parezcan llamar la atención del general y del secretario que llena con letra cursiva hoja tras hoja de papel. Fonso Ortíz continúa con la vista fija en el Marqués de las Carreras...

De "Guanuma" 1914.

LA CITA

En las vastas profundidades del bosque tropical, a medida que avanzaban cautelosamente al través del ramaje entrelazado en busca de un paraje bien retirado del camino real donde pudiesen conversar a sus anchas sin el más leve temor de ser oídos, empezaba la tarde a revestirse de tonos grises, a esparcir jirones de tenue sombra sumergiendo los objetos en una semiobscuridad que se espesaba lentamente... Afuera, en el llano, todavía reinaba bastante claridad. En el fondo de la llanura, en la lejanía, los picos de las primeras estribaciones de la cordillera central se recortaban con perfecta limpidez en el horizonte todavía iluminado por los resplandores de la tarde que caía. Sobre la llanura vasta y silenciosa, corría un vientecillo sutil haciendo oscilar el tostado pajonal en que, aquí y allá, como hundidos en un mar de extraño verdor pastaban sosegadamente algunos animales... Fonso Ortíz y el coronel Virico, uno detrás del otro, continuaban abriéndose paso por entre la maleza cada vez más inextricable. Ante ellos, a sus lados lo mismo que por detrás, surgían con profusión robustos troncos de árboles en cuyas copas frondosas, por entre las ramas estremecidas, penetraban los dardos solares a manera de largas rayas de luz, y a cada paso tropezaban con las raíces desparramadas sobre el suelo como formidables tentáculos de animales pertenecientes a no sé qué misteriosa fauna desconocida... Suponiendo ya el lugar bastante resguardado, Fonso Ortíz se detuvo algo can-

BNPHU

sado de aquella fatigosa caminata. Virico lo estaba también. El coronel era un mulato muy claro, casi blanco, de treinticinco a cuarenta años, corpulento, de fisonomía expresiva siempre iluminada por una sonrisa, verdadero tipo militar que a todo el mundo resultaba extremadamente simpático... Nadie hubiera podido percatarse de la presencia de ambos en aquel oculto rincón del bosque visitado sólo por algunos animales. Era ya hora de que pusiesen en movimiento la lengua...

Y bien, interrogó Fonso, qué ha sido de tí desde que nos separamos en Santiago, te acuerdas, aquella noche de Carnaval en que corrimos juntos tamaña juerga? Estabas alegre, lo que se dice muy alegre... Créelo, chico, con algunos tragos más eras hombre al agua...

Nunca he olvidado esa noche en que me salvaste el pellejo. Después de Dios, a tí te debo el estarlo contando. La culpa la tuvo aquella mascarita del baile a que fuimos en los Chachases. Coqueteó conmigo cuanto le dió la gana pero no pude conseguir nada de ella; nada, creelo, ni pizca... Era una gran hembra... Pero qué hombre aquel tan celoso, Virgen Santísima! Desde que principié a bailar con ella estaba acechándome... Y si tú no le desvías el brazo y lo sujetas en el momento en que me fué encima con un puñal, adios coronel Virico... Dos días después, sin despedirme de tí, pues me dijeron que estabas en el campo, regresé a Santo Domingo muy satisfecho de mi paseo a Santiago...

Se dijo poco después que te habías retirado del servicio...

Estaba disgustado con lo de la anexión. Me había dedicado al comercio y empezaba a prosperar lo más quitado de bulla cuando al estallar la revolución me llamó el general para que lo acompañase al Cibao. No podía negarme, pues ya sabes que cuanto valgo se lo debo al general. Pero soy dominicano, y cuando ayer en el campamento recibí el papel que me enviaste con el vale Goyo me dió el corazón un vuelco. Inmediatamente resolví acudir a tu llamada y aquí me tienes...

No esperaba menos de tí. Allá todos te consideramos como un buen dominicano. Don Benigno me dijo que conocía mucho tu familia. En ella todos son santanistas, pero eso no quita que quieran la libertad de su país. En nombre de él te hablo. No pretendo que traiciones a Santana, pues ya sé que no lo harías. Lo que quiero es que me prestes tu ayuda para salir con bien de una empresa que me han confiado. Cumple con lo que crees tu deber no abandonando a Santana. No te lo censuro. La gratitud es el primer deber en todo hombre bien nacido. Pero eso no impide que puedas hacer algo por tu patria. La revolución avanza triunfante. En Santiago está ya instalado el gobierno provisional. Los españoles sólo tienen en el Cibao el fuerte de Puerto Plata. Dime con franqueza... Viene o no Santana al Cibao?

Creo que ni aun él mismo lo sabe, amigo Fonso... ¡Pobre general! El creía otra cosa. El esperaba que los blancos gobernasen mejor. Si hizo la Anexión, júralo, puedes jurarlo, fué para salvarnos de los haitianos para siempre.

Y quedarse él y su gente con la batuta por los siglos de los siglos...

Entonces no hubiera renunciado el mando como lo hizo de su espontánea voluntad... Pero lo cierto es que el general está enfermo, aburrido, llevándoselo el diablo con las dificultades que para que fracase le pone día por día el Capitán General...

En el Bonao cuentan que los oficiales españoles le faltan a cada momento el respeto...

Embuste, embuste, replicó presuroso el coronel Virico. Bueno es el viejo para soportar que nadie le tosa en la cara. El sábado lo probó retebién. Había prohibido que los oficiales llevasen impermeables por "no ser prenda de vestuario"... Llovía que era un diluvio, Virgen de la Altagracia... El general en su rancho se mecía en una hamaca mirando hacia fuera. Estaba ese día de pésimo genio. De pronto ve un teniente que pasaba muy bien arebujado en su impermeable... Rápido, de un salto, se tiró de la hamaca, y sin decir palabra, corrió tras el oficial, lo agarró por el cuello, y después de quitarle la capa lo metió a empujones en el calabozo...

Pero ¿qué se propone actualmente?

No creo que piense ir al Cibao, por lo menos tan pronto como se dice. El general tiene muy buen olfato y no quiere moverse sin dejar muy bien cubierta su espalda. Hay malos síntomas. Las deserciones y las enfermedades aumentan. En la Capital se asegura que de España viene una escuadra con mucha tropa. El general tiene el alma en un hilo temiendo que el Seybo se descomponga. Empieza ya a sospechar de algunos en quienes tenía alguna confianza. Los jefes españoles dicen que con excepción de Suero, Contreras, los Pue-

llo y algunos otros, muy pocos, todos los dominicanos que sirven a España están jugando a dos manos.

Y es natural. Cada uno debe estar con los suyos. Si los nuestros llegan a ponerle la mano encima a Santana lo fusilan en lo que canta un gallo. El gobierno ha dado un decreto autorizando al jefe que lo aprese a romperle inmediatamente el pescuezo...

¡Pobre general! Créelo, Fonso, no es tan malo como dicen sus enemigos. Nunca supuso que al quitar la bandera iban a pasar tantas barbaridades. No creyó jamás que al hacernos españoles lloverían sobre su país mayores desgracias que las producidas por las guerras con los haitianos...

Mientras conversaban, Fonso Ortíz se había levantado tomando ambos amigos la dirección del sitio en que habían dejado las monturas. Virico le seguía dando noticias pormenorizadas respecto del número y clase de tropa acampada en Guanuma. El general decía públicamente que tan pronto llegasen los refuerzos que había pedido a la Capital para reponer las bajas sufridas por las deserciones y las enfermedades y pudiera dejar bien cubierta su retaguardia, continuaría su movimiento de avance; pero Virico creía, por muchísimas razones, que tal avance no sería posible por ahora...

Con esa celeridad con que acostumbraba tomar sus resoluciones, decidió Fonso, acto contínuo, trasladarse en persona al campamento de Guanuma, y de ahí, siempre trajeado como un campesino, seguir viaje hasta la misma Capital y comunicar algunas instrucciones a la Junta secreta que dirigía allí el cotarro revolucionario. El coronel Virico procuró disuadirlo de tan peligroso empeño. Si por cualquier casualidad se descu-

bría quien era cuatro tiros lo despacharían incontinente al otro mundo como espía. Y con los pésimos antecedentes que tenía...

Tengo que ir y lo haré aunque pierda la vida. Esta noche escribiré al general Salcedo informándole de todo lo que he podido saber y mañana me presento en el campamento fingiendo ser un peón de la finca del vale Goyo que quiere colocarse en el servicio de convoyes que se mantiene con Santo Domingo. Lo único que exijo de tí es que pongas lo que puedas de tu parte para que me acepten.... No creo eso cosa difícil...

El coronel Virico no opuso a ésto ninguna objeción seria. Le recomendó únicamente que no llevara sobre sí ningún papel que pudiera comprometerle. Había que preveer cualquier endiablado percance...

Avanzaban con trabajo por enmedio del bosque espeso. Hilos de ténue claridad, de una claridad muy vaga, que iba atenuándose rápidamente, se filtraban aun al través del espeso ramaje. Al salir del bosque se dieron un fuerte apretón de manos. Momentos después ambos se alejaban por distinto rumbo espoleando sus respectivas cabalgaduras. Comenzaban a oírse vagos rumores. La naturaleza se aletargaba en una paz infinita, en un silencio solemne interrumpido solamente por el monótono estridor de los grillos y lejanos relinchos de caballos. Anochecía...

De "Guanuma".

BNPHU

RUFINITO

Quien ciertamente no se equivocaba era Rufinito. Mulato oscuro, con algo más de cuarenta años, fornido, rechoncho, de cara vulgar como abotagada por el uso de licores fuertes y en la que lucían sus ojos sin expresión, perpetuamente soñolientos, con cierto empaque de hombre de ciudad y con mucho de la rusticidad de la gente de campo, era Rufinito un tipo curioso, original hasta cierto punto, que por algunas singularidades personales había ido adquiriendo una popularidad de baja estofa que constituía su timbre más preciado de orgullo. Con frecuencia estaba a medios pelos o cosa parecida, aunque sólo en ocasiones muy sonadas, sea dicho en homenaje a la verdad, se achispaba en toda regla atiborrándose de aguardiente hasta perder enteramente la cabeza. Vivía en un bohío situado en el límite oriental de la ciudad en compañía de su mujer, quien continuamente lo sermoneaba para que abandonase los tragos que a juicio de ella iban a darle el día menos esperado un mal rato. Levantábase muy de madrugada para ordeñar unas vacas que tenía en una estancia cercana que estaba a su cargo, en la que, a ratos, en las primeras horas de la mañana, cultivaba algunos frutos menores con cuyo producto y el de la leche de las vacas vivían él y su costilla sin grandes privaciones. Cuando iba al campo a sus quehaceres cotidianos, lo mismo que cuando brujuleaba por las calles del pueblo, lo hacía casi siempre descalzo, vistiendo pantalón y camisa de burdo lienzo, sin sombre-

BNPHU

ro, con sólo un pañuelo de colores llamativos bien anudado alrededor de su ancha cabeza. Concurría a todos los velorios, donde era muy útil agenciando cosas que faltaban y practicando diligencias propias del caso. Era entusiasta cofrade de la hermandad del Espíritu Santo, y así, tan pronto, al acercarse las Pascuas, se oían los clásicos y atronadores atabales, corría desalado al lugar de reunión en que sonaban aquellos rústicos y monótonos instrumentos, contribuyendo grandemente a aumentar el bullicio y a agotar la abundante provisión de cosas de comer y de beber acumulada para el mayor auge y esplendor de tales diversiones, de las que aún se conservan restos vergonzantes que van en camino de su completa desaparición.

Pero nada de eso habría bastado a dar a Rufinito el relieve personal que más lo distinguía. Este estribaba en cosa de superior importancia. Su peculiaridad más resaltante consistía en una insaciable curiosidad que lo llevaba a escudriñarlo todo, a husmear cuanto tenía relación con sucesos locales, insignificantes o de algún calibre, por más que estos nada absolutamente tuvieran que ver con su personilla y por consiguiente no debieran importarle un bledo... En la Alcaldía, en las procesiones, a las salidas de misa, en los velorios, en los juegos de gallos, en corrillos de esquina o de taberna, estaba siempre todo vuelto oídos, recogiendo frases al vuelo, atando cabos de conversación, presto a meter muchas veces la cuchara si los circunstantes eran de su clase, y en ocasiones aunque no lo fueran. Y lo que oía lo repetía más adelante, exagerado o modificado a su sabor. Al principio, es claro, incomodó muchísimo, cayó en poca gracia esta especie de permanente espionaje; pero a la larga se fué imponiendo

la tenacidad a toda prueba de Rufinito, en quien hacían poca o ninguna mella las muestras de disgusto que con ese motivo se le prodigaban continuamente. Por la misma insignificancia del personaje fueron todos acostumbrándose a no hacerle caso ni a preocuparse nada por su presencia. Cosas de borracho, se decía, y todos departían delante de él como pudieran hacerlo ante una pared o ante un poste.

No era, sin embargo, tan lerdo y desprovisto de enjundia mental como parecía o como aparentaba. Bajo su corteza de pobre diablo, de perpetuo adorador de Baco, circulaba la savia de cierto talento natural que para muchos pasaba inadvertido, pero que se revelaba en cierta facilidad de expresión, en una verbosidad plástica, a ratos pintoresca, con que sorprendía a sus oyentes, particularmente, cuando, tras copiosas libaciones, estaba en vena, lo que sólo le ocurría en días festivos muy solemnes. Muchas palabras de su especial vocabulario eran debidas a su habitual propensión a escuchar atentamente lo que hablaban los demás, sobre todo, cuando estos, como sucedía con harta frecuencia, eran personas de rango social muy superior al suyo. Bajo la dominación haitiana vivió siempre inconforme, echando pestes contra los malditos mañeses, a quienes detestaba con toda las fuerzas de su alma. El hecho del 27 de Febrero y la calurosa adhesión de La Vega al movimiento separatista lo colmaron de íntimas satisfacciones y de todas veras se interesó por el triunfo de la causa nacional. Más tarde, acentuada la división entre Santana y los febreristas, instintivamente, sin darse cuenta, impulsado por indomeñable fuerza de simpatía, se ladeó Rufinito hacia Santana, el hombre que su fe sencilla le hacía ver como el escogido por

la "divina Providencia" —era su frase favorita— para librar al país de los odiados enemigos de Occidente. Santana, para él, atesoraba todas las perfecciones imaginables. Era el único hombre de guerra que tenía el país, el único general de verdad; los otros eran solamente de pega... Sus contrarios, los "filorios" (1), no servían para nada. Eran sólo muchachos buenos para cosas de pluma, meros "escribidores", verdaderos "chivitos" al lado de Santana, y que, sin embargo, querían trastornarlo todo estableciendo reformas religiosas de que él no se daba cuenta y que maldita la falta que hacían... en su imaginación sobreexitada, como entre esplendores de un cuadro bélico, surgía siempre Santana, jinete en brioso corcel, destrozando las huestes haitianas aterrorizadas por el brillo de su flamígera espada, con la misma facilidad con que el ilustre paladín manchego alanceaba briosamente nutridos escuadrones de ovejas... Algunos recuerdos, viejos amigos de Rufinito, que venían del Sur, acrecían su entusiasmo con el relato de cosas mayúsculas sobre Santana, que él creía a pie juntillas, repitiéndolas después, exageradas, con fervor y convicción de neófito, sobre todo, cuando, tras de apurar algunos tragos en compañía de tipos de su laya, sentía la imperiosa necesidad de expansionarse, de dar libertad a lo que le rumiaba por dentro, de permitir completa soltura a la lengua. Porque lo que él decía:

—El general es el único que puede gobernarnos, el único, el único, si señor... Los filorios no sirven, no van al pleito... Echaron a Santana de "carná", pero

---

(1) Denominación —derivada al parecer de *filósofo*— que se aplicaba despectivamente a los "trinitarios".

les salió el tiro por la culata... El general es el único que no tiene miedo a nada ni a nadie...

—Saben ustedes lo que pasó en Baní? Me lo contó ayer mi compadre Patricio Luna, el que llevó las cargas de cazabe y durmió en casa el sábado. Dice que una noche visitando el general los cuerpos de guardia se topó con un gran desorden entre algunos de la tropa por una mala jugada de un tercio de allí mesmo...

—Qué hizo?.... Se fué aproximando poco a poco sin que lo viesen, y de pronto, ¡zas! de un puñetazo echó a rodar uno por el suelo, y agarró a otro por el pescuezo atestándolo contra un seto... Eran dos negrazos de San Cristóbal, grandes como dos montañas...

—Y los demás, Rufinito, los demás, qué hicieron?

—Los demás? Hombre, los demás, chiquiticos, chiquiticos...

De *Rufinito* (Sucedido histórico).

LA VEGA DE ENTONCES

En la época en que principia este relato, hace casi exactamente sesenticuatro años, era muy reducida, algo menos de la mitad de la actual, la zona que ocupaba el caserío de La Vega. Esta era una extensa aldea con honores de ciudad. Con excepción de una, todas las casas estaban fabricadas con maderas criollas y techadas de yaguas. En el centro de la plaza principal, vasto cuadrilátero hoy convertido en precioso parque de recreo, se alzaba el "altar de la patria", reducido cuadro de mampostería de poca elevación en el cual habían plantado los haitianos la palma de la libertad. La tradición asegura que debajo de ese altar había dispuesto, lo que fué cumplido, que enterrasen su corazón el general Placide Lebrun, primer gobernador haitiano de La Vega. En el lado occidental de esa plaza había una casa de mampostería con ventanas de hierro recientemente reedificada, y en la parte opuesta, frente a ella, se erguían aún, como restos salvados de un naufragio, pedazos de paredes, después aprovechados para nuevas construcciones, que eran lo único que quedaba en pie de la casa de gobierno construída en la época haitiana, el famoso "palacio de sangre", completamente destruído por el terrible terremoto ocurrido hacía dos años. La iglesia era también un montón de ruinas. En la vasta y silenciosa plaza, casi toda alfombrada de verde césped, había sitios donde, a causa del desnivel del terreno, se formaban grandes charcos, parecidos a verdaderas lagunas, cada vez que llovía copiosamente...

BNPHU

Y hacia arriba, por la parte oriental ,casi a partir de la actual calle de Colón, todo el gran espacio que va hasta más allá de la estación del ferrocarril yacía casi enteramente despoblado y lleno de tupidos guayabales donde la chiquillería se entregaba con frecuencia a toda suerte de juegos y travesuras. Dos o tres grandes árboles, bastante distanciados uno del otro, interrumpían con la frondosidad de su ramaje la monotonía de aquella sabana de perenne verdura... Por ese mismo lado, tirando al Sur, se dilataba una ancha y profunda laguna surcada a menudo por rústicas canoas, en la actualidad completamente cegada y ocupado su antiguo emplazamiento por numerosas construcciones urbanas. Algunos bohíos, aquí y allá, ponían la nota grís de su aspecto vetusto en aquel vasto espacio de terreno donde actualmente se extiende la porción de la ciudad más comercial y próspera...

No había por aquel entonces otro alumbrado que el intermitente debido al poético satélite terrestre. Exceptuando las noches en que las calles, siempre tapizadas de menuda hierba, recibían la suave caricia de la claridad lunar, nada, a no ser la débil luz que salía del interior de las casas o la de los hachos de cuaba con que se alumbraban algunos transeuntes, interrumpía la densa obscuridad reinante, aprovechada sólo por empedernidos trasnochadores a caza de faldas o aficionados a tirar de la oreja a Jorge... Esta obscuridad hacía que la casi totalidad del vecindario, salvo en ocasiones solemnes, se acostase a las nueve o antes, la hora de ritual, algo parecido al toque de queda estilado en las plazas fuertes y de tan solemne resonancia en la vida uniforme de ciertas ciudades medioevales. El capítulo de distracciones, como es de suponer, era bas-

BNPHJ

tante reducido. Las concurridas riñas de gallo, entonces en todo su apogeo, las excursiones a caballo a campos cercanos, casi siempre con motivo de alguna boda o de las fiestas de la Virgen de las Mercedes que se celebraban con mucha animación en el Santo Cerro, los nueve días de fiestas patronales, y uno que otro baile que de higos a brevas llevaba a cabo la juventud y aun algunos que a ella no pertenecían, con la música que se pedía oportunamente a la vecina ciudad de Santiago, formaban todo el repertorio de expansiones del vecindario. No escaseaban, tampoco, las reuniones de íntimos en que se hacían los honores a seculentos "sancochos" de gallina, se charlaba hasta por los codos y resonaban a menudo las notas acompasadas del "cuatro" y la guitarra.

Era en todo y por todo una ciudad sencilla y tranquila, de ambiente más campesino que urbano, de costumbres sanas, de hábitos un si es no es primitivos, sin horizontes, sin vigorosos sacudimientos, en la que cualquier suceso local de tinte más o menos escandaloso, como una alcaldada o un hurto de cierta importancia, un adulterio consumado o en ciernes o el rapto de alguna garrida muchacha del campo, formaban, por su rareza, el obligado tema de permanentes decires y comentarios manteniendo en tensión extremada la curiosidad del vecindario hasta que el hecho palpitante era relegado al olvido por otro igual o parecido. Imperaba por lo demás viva y sincera cordialidad en todas las relaciones de las diferentes clases sociales, cosa que felizmente puede constatarse hoy mismo. Nadie se ocupaba en sembrar la cizaña entre vecinos siempre unidos por estrecho vínculo de confraternidad, no obstante las inevitables diferencias de jerarquía social que

los distanciaban hasta cierto punto. Ni aún el personalismo político, intolerantísimo de suyo, que ha privado siempre en el país, ha podido, con ser disolvente de tanta potencia, hacer prosperar gérmenes de desunión en la sociedad vegana, abriendo abismos de rencor u odio entre sus componentes, como ha resultado en otras partes...

De "Rufinito" (Sucedido histórico)

BNPHU

LOS DONES

En esa ciudad de ambiente tan apacible y tan apegada a sus hábitos rutinarios, herencia secular de que ha ido lentamente desprendiéndose en tiempos recientes, se explica con facilidad que, como sucedía, un corto grupo de individuos colocado en la cumbre social, la flor y nata de la población, como quien dice, ejerciese una especie de hegemonía local, una autoridad sin base legal de ninguna especie, una suprema dirección moral, nacida del consentimiento espontáneo y unánime de todos, sancionada por la costumbre y afianzada por numerosas e influyentes relaciones de familia. Se aceptaba esa dirección de mil amores, sin reparos ni discusiones. A esos individuos se les llamaba por antonomasia "los Dones" y muchos del pueblo bajo les decían los "cocotuces". Su número era bastante exiguo, siete u ocho a mucho contar. Su indiscutible influencia, beneficiosa por lo general, la debían, no sólo al prestigio acumulado por los años de las honorables familias a que pertenecían y a su acomodada posición social, sino muy principalmente a la tintura de cosas de leyes y de medicina que poseían dos o tres de ellos, y que, sin hacerse de rogar, ponían las más veces desinteresadamente al servicio de sus compueblanos. En aquellos días estaban en toda la fuerza de la juventud; eran decidores y campechanos y casi todos aficionados a bromear y a divertirse de lo lindo. No faltaban a ningún baile, parranda, boda o velorio, y en las noches obscuras y lluviosas acostumbraban salir a sus

cotidianas visitas bien encapotados y llevando siempre debajo del brazo el sable o la larga espada de cazoleta, pues eran también muy diestros en dares y tomares de cosas de esgrima. Se les consideraba, respetaba y quería. Formaban, por todos conceptos, lo más granado y saliente de aquella rudimentaria agrupación social, en la cual no habían todavía echado raíces los egoísmos y ambiciones que genera la acción siempre perturbadora del politiqueo, que ofrece continuamente fáciles peldaños para ascender a la cima, no ciertamente a los más capaces y merecedores sino a los más topos, bravucones y exentos de escrúpulos...

Durante la ocupación haitiana, en que fué menester a mucha gente de valimento, para no incurrir en persecuciones y atropellos, contemporizar hasta cierto punto con los intrusos dominadores, la mayor parte de los Dones se mantuvo en prudente alejamiento, lamentando en conversaciones íntimas las desdichas que, como las plagas de la leyenda egipcia, caían sobre el infortunado país, y haciendo votos fervientes y repetidos para que cuanto antes se llevase el diablo un orden de cosas tan humillante y tiránico. La venida al Cibao de Juan Evangelista Jiménez, el ardoroso patriota, fué para ellos como la de un Mesías larga y ansiosamente esperado. El audaz y fervoroso propagador de las ideas separatistas los contagió con su hondo e impetuoso entusiasmo. Prendió en sus espíritus el fuego anunciador de próximas e inevitables redenciones. Los confortó y vigorizó para la lucha que se avecinaba. No faltó uno que otro pesimista o tímido; pero el momento no era favorable para que prosperasen augurios siniestros. En aquel ambiente de cálido patriotismo se empequeñecía hasta esfumarse, falto de pábulo, cuanto se enderezaba

a separarse de las esperanzas que, a manera de visiones luminosas, contemplaba cada cual en cercanos horizontes. Data de ahí la correspondencia mantenida por dos o tres de los Dones con los principales trinitarios, y su conocimiento de la marcha de los trabajos separatistas, circunstancia que en gran parte determinó la cariñosa adhesión de algunos de ellos a los hombres del 27 de Febrero. Constituída en ese memorable día la nacionalidad dominicana, se dejaron llevar, claro está, por la corriente de sus simpatías, y, ya en el terreno de la política partidarista, bien es verdad que sin exagerado alarde, hicieron causa común con los principales factores de aquel magno acontecimiento. Ellos, o la mayoría de ellos, veían en Duarte la figura principal, el prestigio más alto, el símbolo viviente y radiante de la recién conquistada independencia. Como las comunicaciones con la Capital eran bastante escasas y sus mismos amigos políticos no les decían toda la verdad, sin duda para no alarmarlos prematuramente, solo conocían una parte insignificante, la más visible de los manejos reaccionarios que tenían su centro en la Capital y sus más estrechas ramificaciones en los cantones del Sur, viviendo por eso en la cándida convicción de que todo el país o poco menos pensaba como ellos, y que nadie discutiría seriamente a los febreristas su legítimo derecho a continuar al frente del Gobierno para organizar y consolidar convenientemente la hacía poco instaurada República.

No tuvo, pues, Mella que esforzarse mucho para entrar a los Dones en el plan que tenía entre manos. En ellos encontró, desde el primer momento, materia dispuesta para ayudarlo con eficacia. No hubo divergencias entre los Dones respecto de lo que proyectaba

Mella, y si las hubo, éstas no salieron a la superficie ni se tradujeron en actos más o menos visibles; bien es verdad que tenían la especial recomendación de aquel caudillo de no decir ni jota del asunto a nadie, mientras Duarte, que acababa de salir de la Capital, no efectuase su entrada a Santiago. El propósito de elevar al solio presidencial a Duarte tuvo en ellos excelente acogida, máxime cuando ninguno contaba con la huéspeda, es decir, con que aquel paso que se creía en el fondo justo y patriótico iba a producir, en un porvenir que ya se tocaba con la mano, inesperadas y funestas consecuencias. Ignorando muchas graves intrigas que sólo unos pocos conocían con todos sus pelos y señales, los prohombres veganos, engañados por su buena fe de políticos noveles, creían a puño cerrado que Santana y los suyos acatarían mansamente el hecho consumado, apresurándose a prestar obediencia al nuevo gobierno.

De "Rufinito" (Sucedido histórico) 1912-Segunda edición.

BOSQUEJOS BIOGRAFICOS

LA PATRIA Y EL HEROE

A DUVERGE

Perdona ¡Oh Héroe! que con mi pálida palabra turbe tu eterno reposo, allá en la brumosa isla cimeriana, donde, por sus silenciosos y melancólicos prados de asfódelos, debe vagar ahora tu sombra augusta en la noble compañía de las sombras de los paladines egregios cantados en las viejas epopeyas...

Ya sé que mi torpe pluma no merece rozar el limpio acero de tu escudo; ya sé que mi pobre frase no tiene sino una resonancia muy débil en este hervidero de intransigencias partidaristas y de bastardas ambiciones personales en que se consumen con desesperante esterilidad las más altas energías de tu pueblo; pero déjame decirte, en el día solemne de tu triunfal Apoteosis, que, en medio de este mar embravecido de personalismos aviesos, de enervantes pesimismos y de dolorosas incertidumbres, hay almas que aún sueñan, piensan y creen en la posible instauración de una República jurídica, de libertad, de orden y de justicia, tal como fué condensación serena y radiante en el espíritu inmaculado de Duarte...

Desde el altivo recogimiento de mi retiro laboro por ese ideal con toda la fe y todas las energías de mi alma, por más que todavía, en el horizonte ensombre-

cido, no despunte la silueta luminosa de una República estructurada por la libertad y para la libertad, por el derecho y para el derecho, por el bien y para el bien!

I

El escritor A. Hamon considera el patriotismo como un sentimiento puramente artificial, convencional, que descansa sobre bases más o menos efímeras y generalmente deleznables. La idea de patria carece para él de fundamento científico positivo. Ni la raza, ni el territorio, ni la unidad histórica, ni cierta innegable solidaridad espiritual, explican y justifican a su juicio el concepto de patria tal como lo entiende la inmensa mayoría. Todo éso, en sus aspectos predominantes, bien analizado, bien tamizado, resulta para Hamon concreción muy artificial y vana, de escasa coherencia científica, producto de la combinación más o menos estable de determinados factores sociales. Puro convencionalismo y nada más... Sea. Pero ni Samon, ni Hervé ni nadie podrían negar, porque eso sería negar la luz solar, que ese *convencionalismo*, por su secular y hondo arraigo espiritual, ha formado, ha creado, por decirlo así, un alma, una verdadera alma *nacional*, estrechamente cohesionada por una historia más o menos prolongada de aspiraciones y de luchas, de triunfos y de caídas, que sintetiza y resume la existencia entera de una colectividad de mayor o menor importancia, la vida pasada y presente de una agrupación social que en su marcha evolutiva ofrece caracteres intrínsecos y extrínsecos más o menos precisos y definidos... Y ése es un hecho de irrecusable evidencia. Se puede discutir, pero no se puede negar. Entra a la vista. Salta por los ojos. Podemos hacer pasar ese hecho por la criba del análisis, más su realidad visible, palpable, tan-

gible, se impone aún a los más intransigentes u obcecados. Así, con su habitual buen sentido, lo consideró, en el Congreso de Sttugart, el gran socialista alemán Bebel, en su vibrante y contundente impugnación a Hervé, el *sans-patrie*, encarnizado enemigo del militarismo...

En el estado actual de la civilización, el concepto de patria vincula un *hecho*, un hecho de carácter *positivo*, sólidamente estructurado por diversos factores convergentes, por cierta unidad orgánica innegable, por matices diversos de sentimientos bien fundidos; y por tal circunstancia resultará labor dificilísima, trabajo de siglos, destruir la idea ó el sentimiento de patria para reemplazarlo con un ideal de vago y acomodaticio cosmopolitismo... En la exageración de su odio al militarismo, institución secular, obra amamantada en un tenaz tradicionalismo, Hervé y cuantos piensan como él, desearían extirparlo de raíz, suprimirlo de modo rápido y violento, incurriendo en la lamentable equivocación de no entender que una institución que tiene en su abono tanto tiempo de actuación y una historia que a veces vibra intensamente en el alma popular o nacional, no puede morir de un golpe, y que, de matarla así, violentamente, se corre el segurísimo riesgo de verla pronto resucitar, por obra de natural reacción, más fuerte y vigorosa que antes... Lo único asequible, en la hora actual, en aras de un pacifismo con que todos simpatizamos, es ir lentamente, metódicamente, procurando, en las naciones más poderosas e influyentes, reformar el criterio común por medio de una enseñanza adecuada y progresiva, a fin de que puedan cristalizar, sin violencias intempestivas, las ideas enderezadas a determinar una nueva

fase del progreso mundial en que ocupe lugar preferente el ideal augusto de la fraternidad humana...

II

Frente al ilustre Núñez de Cáceres —inteligente cooperador en la obra magna de la emancipación política de las colonias españolas— quien rompe de golpe los lazos seculares que nos unen con la vieja Monarquía hispana, se irgue, en el confín occidental, amenazadora, sombría, la figura de Boyer, político hábil, audaz, solapado, astuto, presto a no desperdiciar las ocasiones, organizador entendido, que, después de realizar la unidad política de su país repartido hasta hacía poco en menudas y ridículas entidades, se mantiene, con la vista fija en las ricas comarcas orientales, en incansable acecho, obseso por la eterna aspiración de los estadistas haitianos: la indivisibilidad política de la Isla... Núñez de Cáceres, perdida la esperanza en la indispensable ayuda de Bolívar, comprende pronto toda la dolorosa impotencia de su patriótico esfuerzo... Los escuadrones de Boyer galopan ya por las llanuras del Sur. El jefe haitiano, quitándose la máscara, avanza al frente de veintemil soldados aguerridos... Escasez de recursos, falta de organización, y más que todo, hay que decirlo sin ambajes, la felonía o la vileza de gente que en ese instante de suprema espectación oyó complacida sugestiones infames haciendo causa común con los invasores, dieron un rápido triunfo al ambicioso gobernante haitiano, quien, sin mayores obstáculos, instauró el ominoso régimen que, durante veintidos años, bregó infructuosamente por cumplir un propósito de *haitianización* que diera definitiva estabilidad a su dominio...

Pero no pueden despreciarse impunemente ciertos elementos que integran, de modo primordial, el concepto de patria: raza, lengua, espíritu, costumbres, historia... De ahí que nada sea más difícil o imposible que la aspiración a cohesionar solidamente en un todo orgánico los dos pueblos que ejercen el señorío de la Isla. Justo es, y más en la hora actual de expansiva civilización, mantener con los vecinos, mientras eso sea posible sin desdoro de la dignidad nacional, vínculos de sincera y aún de íntima amistad. Claro es que un interés de altísima importancia aproxima a ambos pueblos: el interés de la conservación del respectivo territorio. La creciente y cada vez menos disfrazada expansión del imperialismo yankee nos sitúa en el caso de procurar, honrosa y satisfactoriamente, el arreglo de la cuestión fronteriza que hoy nos divide y coloca a ambas repúblicas, a cada paso, frente a frente, como dos enemigos irreconciliables, para que, merced a una paz dignificadora y estable, pugnen con vigor e inteligencia los dos pueblos por el gradual y científico desarrollo de sus ingentes elementos de riqueza de toda especie, alcanzando por esa vía un grado de envidiable prosperidad económica, y trabajando a la vez, paralelamente con ese desenvolvimiento de riqueza material, por substituir con científica y necesaria gradación el régimen personalista, de perfiles dictatoriales, que aún impera en ambos Estados, con administraciones de urdimbre civil que dificulten o imposibiliten el entronizamiento de menguadas tiranías y determinen la aparición de un verdadero espíritu público, de un estado de opinión consciente, moldeado en un sano y libérrimo concepto de derecho y de progresiva evolución social, tal como estas cosas se entienden y practican

fructuosamente en las naciones que marchan, en ascención triunfal, a la cabeza de la civilización moderna.

Pero casi al mediar el siglo pasado, la situación política de la Isla en lo que se refiere y atañe a relaciones y problemas de orden internacional, era completamente distinta de lo que es actualmente. Haitiano y dominicano eran como dos enemigos que, morando en un mismo hogar, se miran recelosos, hosco el semblante, impregnados de odio los ojos, sin ningún sentimiento de afinidad, con muchos de rencor y creciente desconfianza... Nada de fuera amenazaba la independencia de la Isla. Los problemas de orden internacional no la comprendían en su radio de acción. El coloso del Norte crecía lentamente, acumulando energías. Si, años más tarde, vino la triste anexión a España, no fué en realidad porque estaba envuelta en los pliegues de algún amenazante problema internacional. No fué la vieja Metrópoli la que dió el primer paso en ese sentido, sino Santana y su camarilla. I a gobernantes nuestros cae también, en primera línea, la responsabilidad de las torpes tentativas posteriores de anexión a los Estados Unidos. Estos hechos criminales han venido siempre de arriba. El pueblo dominicano, en su inmensa mayoría, es en absoluto refractario a tales viles propósitos.... El choque entre haitianos y dominicanos era inevitable. Estaba en la atmósfera cargada de rencores. Tarde o temprano tenía que producirse. Era de todo punto imposible la coexistencia, dentro del marco de una nacionalidad, de dos elementos étnicos y morales tan antitéticos. El mejor estadista del mundo hubiera fracasado en el empeño de constituir con ellos una entidad nacional homogénea y fuerte. El recuerdo macabro de las invasiones pavorosas de Tous-

saint y de Dessalines se alzaba en el alma de la familia dominicana como una muralla de infranqueable altura. El horizonte se veía aún como encendido por las llamas de inmensos incendios. La ensordecedora gritería de las hordas de negros que cruzaban por nuestras ciudades y campos como plagas devastadoras, parecía aún resonar lúgubremente poniendo en todos los corazones estremecimientos de espanto...

Inevitable, inevitable el choque. I como siempre, como de costumbre en tan arduos empeños, la juventud echó sobre sus hombros el magno peso de la labor separatista, consagrándole todas sus privativas energías y todos sus sinceros y ardorosos entusiasmos. En aquel instante de angustiosa excitación resonaron lúgubremente voces medrosas pronosticando el irremediable fracaso del ideal separatista.. Eran las voces de esos hombres que, en todas latitudes, a medida que el tiempo va enfriando su sangre y desgastando su energía volitiva, vislumbran por todos lados solamente obstáculos y desastres... Pero aquellos mancebos generosos, con el alma henchida de su noble ensueño de redención y de gloria, despreciaron altivamente tales frases de desaliento. En sus pechos juveniles, el entusiasmo, como pujante ola, crecía, se agigantaba... Allá, en la lejanía, en el obscuro horizonte, se erguía, majestuosa y solemne, la montaña sagrada, a cuya cima, cubierta de nubes, había de subir para conquistar el gonfalón de la victoria. I allá se fueron, trepando por asperezas casi inaccesibles, sufriendo penalidades sin cuento, arriesgando de continuo la vida, hasta alcanzar la cumbre iluminada y desde ella prorrumpir en un himno vibrante de libertad y de triunfo... El 27 de Febrero es la cristalización magnífica del ideal

de una juventud inteligente y abnegada, que no vió o no quiso ver lo que gente sugestionada por esa virtud que se llama prudencia y que en ciertas decisivas ocasiones es pura y simplemente cobardía, consideró como formidable reducto donde iban necesariamente a estrellarse los ímpetus de aquellos jóvenes gallardos y resueltos, que solo tuvieron energías y alientos para el bien, y que, cumplida su obra, sólo cosecharon, como única recompensa de sus sacrificios, los sufrimientos de las ergástulas, las indecibles angustias del exilio y la torturante corona de espinas del patíbulo.

III

¡Duvergé! ¿Dónde está el Héroe? Allí, de los primeros, en Azua, en la línea de defensa, en el débil reducto, en la tarde gloriosa del 19 de Marzo... Luce ya los galones de comandante. Duvergé contribuye a la defensa de la ciudad heróica con su destreza y con todos los arrojos de su valor sereno y resuelto. I después, en las accidentadas campañas de los años siguientes, su pericia y su arrojo dejan por todas partes rastros fulmíneos. En Cacimán, El Número, El Barro, aparece de cuerpo entero, como caudillo idóneo, verdadero hombre de guerra, práctico, tenaz, incansable, ardoroso, "sin miedo y sin tacha"... Una leyenda de lealtad y de puro patriotismo aureola su nombre de soldado esclarecido. No hizo jamás serviles genuflexiones de espíritu ante el altar de personalismos aviesos. Su culto, la única devoción acendrada de su alma fué la patria independiente, libre, sin tiranías humillantes. Las ruedas de su carro de guerra no trituraron jamás el cuerpo de las instituciones republicanas. Su gloria es verdadera gloria: pura, sin máculas, sin mezcla de bastardas e indecorosas ambiciones. Su

figura egregia, hecha para el mármol o para el bronce, se destaca, erguida y eminentemente simpática, en los horizontes purpurados de nuestra trágica y resonante historia, como la de uno de esos héroes epopéyicos que en la antigüedad clásica vinculan una vida de absoluta consagración a un ideal de alto e imperecedero renombre...

¿Cómo fué tu muerte? ¿Cómo caiste para siempre? ¿Cómo terminó tu vida santificada por la abnegación y el heroismo? ¡Qué dolor, qué gran dolor! En hora de iracundias y de intransigencias partidaristas, tus envidiosos, tus enemigos políticos clavaron tu cuerpo de Héroe en la cruz de inmerecido patíbulo... ¿Qué pasó en tu espíritu, qué pensaste, cuando, víctima de negros enconos, erguida la frente, serena la mirada, ibas camino del cadalso? Acaso en el momento supremo de desvanecerte en la muerte flotó ante tus ojos la visión de los campos ensangrentados de Cacimán y del Barro iluminados por el centelleo de tu espada, y acaso, en aquel instante, acariciando tus oídos, creiste escuchar, como voces lejanas, los víctores de las ovaciones triunfales que se rendían a tus hechos gloriosos... Se oprime el corazón al pensar en la trágica resonancia de tu destino... Se cuenta que allá, en el sangriento campo de Waterloo, al agonizar la tarde, rota la espada, desgarrado el uniforme, desesperado ante la inevitable derrota, rabioso, magnífico, Ney, "el bravo entre los bravos", gritaba: "¡Quisiera que todas esas balas inglesas me entrasen en el pecho!"... Años más tarde, el autor ciclópeo de *Los Miserables* le agregará esta flase dolorosa: "Estabas reservado para balas francesas, infelíz!"... Así tú, Héroe excelso de nuestras campañas inmortales! No fueron balas haitianas,

BNPHU

sino balas dominicanas, balas de tus antiguos compañeros de armas, las que pusieron fín a tu noble existencia....! Qué error tan monstruoso, tan irreparable, el error de alzar patíbulos los partidos triunfantes para sus enemigos políticos!... Silencio! Detente, pensamiento!

Eras grande, arrollador, de impetuosa acometividad, formidable en el combate recio; después, en la paz, edificabas con tu ejemplo de ciudadano modesto, laborioso, obrero del bien... Pensando en tus hechos, acuden a mi memoria los encendidos versos de Osián al héroe Morar:

..... En la lid tu espada
Relámpago funesto parecía.
A muchos derribó tu fuerte brazo;
Los consumió la llama de tu ira.
Pero al volver de la feroz batalla,
¡Qué apacible y serena ví tu frente!

Por plausible y oportunísima iniciativa de un diario que con ello ha añadido una nueva y hermosa ejecutoria a las muchas ya conquistadas en su laboriosa existencia, las cenizas del Héroe, en solemne procesión patriótica, irán a buscar descanso definitivo, en la histórica Catedral, en la capilla de los Próceres, al lado de los abnegados caudillos de la independencia nacional. El 27 de Febrero se efectuará la imponente ceremonia! Qué hermoso espectáculo! Desde aquí me parece seguirlo con los ojos de mi espíritu. Por todas partes lucen los vivos colores del pabellón cruzado... El himno nacional desgrana sus notas vibrantes... Tañen las campanas... Por las calles, repletas de gente, alfombradas de flores, va la urna que contiene los restos

del Héroe, camino de la vieja basílica... Se oyen discursos elocuentes. A cortos intervalos, truena el cañón. Todas las cabezas se descubren, todas las frentes se inclinan en gesto de religioso recogimiento... Paso, paso al Héroe... Bien, bien merecía este supremo homenaje... Este acto significa una lección de sereno y puro patriotismo, sin residuos de mezquindades partidaristas ni de personalismos aviesos. Es la Patria que se inclina sollozante, matrona desolada, ante el sepulcro del hijo glorioso. Esa urna es como un luminar de perpétuos resplandores. Esa vida de abnegación y de civismo encierra un ejemplo de viril grandeza republicana. Ese es el ejemplo que debemos seguir si, debido al yankee o debido al haitiano, corriese peligro la nacionalidad dominicana: esa vida señala a cada uno de nosotros la línea del deber austero e inflexible con mayor elocuencia que aquellas sublimes palabras de Nelson a sus marinos en el día trágico de Trafalgar: *England expects that every man will do his duty.* Inglaterra espera que cada uno cumplirá su deber.

Del folleto "La Patria y el Héroe".

NUÑEZ DE CACERES

I

La Historia, entendida en su más fundamental sentido comprobatorio, tiene para ello que basarse en fuentes documentales de positiva autenticidad, en testimonios coetáneos que permitan una exégesis amplia y lo más satisfactoria posible. La tradición sirve muchas veces de base, pero es indiscutible que, en la mayoría de las ocasiones, necesita someterse a un proceso de depuración que ponga de relieve los cambios y a veces sorprendentes transformaciones que sufre un hecho tradicionalmente trasmitido. Pero cuando esa tradición se haya en un todo conforme con testimonios escritos de la época o período a que se refiere, toma entonces carácter de verdad histórica digna de ser aprovechada por quien estudia o examina un hecho controvertido con la aspiración de esclarecerlo de manera mas o menos definitiva. Para Berhein, el pensador alemán, la tradición debe subordinarse a lo que llama el *vestigio*, esto es, "el hecho o las consecuencias de un hecho que aún subsisten". Acepta también la tradición, pero en él, siempre o casi siempre, ocupa un lugar secundario por prestarse a equivocaciones de cierto género capaces de llevarnos a un concepto erróneo y hasta a todas luces contradictorio frente a lo que real y positivamente puede calificarse de verdad histórica.

Son bien escasos los elementos documentales de

carácter fidedigno que poseemos acerca de la época en que floreció Núñez de Cáceres. El *Diario de Sánchez Ramírez, Las Noticias del Doctor Morilla, la vindicación del Padre Correa,* algún otro que no recuerdo ahora. La tradición popular no es, ni con mucho, favorable a la memoria del insigne patricio. He oído a no pocos, entre ellos uno que otro de cierta cultura decir en tono dogmáticamente afirmativo: "trajo los haitianos". Con alto sentido de la realidad histórica, dominicanos eminentes, el Padre Meriño, José Gabriel García, otros más, han hecho plena justicia a la labor patriótica de Núñez de Cáceres. En el retrato que su ilustre nieto, el Doctor J. Núñez de Cáceres, envió desde Caracas, a petición mía, a la sociedad *Patria*, de esta ciudad, y del cual retrato se sacó una copia que fué oportunamente remitida al Ateneo Dominicano, se ve un hombre de cierta edad, de rasgos fisionómicos acentuadamente expresivos algo velados por no sé que matíz de austeridad amarga y reconcentrada. Fué el nativo de más prolongada influencia intelectual en la sociedad dominicana de comienzos del pasado siglo. El caudillo de la primera revolución separatista fué un hombre de inteligencia bien cultivada, de relevantes dotes de carácter, idóneo por entero para regir colectividades sociales. Resulta un hombre muy superior al medio en que actuó siempre en primera línea.

Es un espíritu en que las ideas, las iniciativas no se quedan nunca a medio camino. Contornea el objetivo propuesto. Siente viva afición por las más altas disciplinas intelectuales. A él se debe, en primer término, el restablecimiento, en 1815, de la Real y Pontificia Universidad de Santo Tomás de Aquino. Fué su primer Rector en esa época. Solía, en ratos de vagar,

cultivar la poesía, aunque sin éxito. Sus vocaciones íntimas le señalaban otra vía. No puede darse nada más flojo, desaliñado y ramplón que su canto a los *Vencedorees de Palo Hincado.* I cosa singular: en ese canto no hay un solo verso en que se haga alusión a la Vieja Metrópoli. Cuando en ese canto suena la palabra patria, entiéndese bien que, en su pensamiento, se refiere al terruño nativo. A nadie he visto hasta ahora señalar tal circunstancia reveladora de que el españolismo que en ocasiones decantaba era puramente externo, de pura forma. Lo prueban sus atrevidos consejos a Sánchez Ramírez apenas terminada la campaña reconquistadora, y la libertad de opiniones que reinaba en su tertulia de íntimos en que sin rebozo se discutían temas acerca de la conveniencia o no de separarse políticamente de España. Esas ideas de separatismo germinaban ya, pero en muy pocos espíritus capaces de comprenderlas y propagarlas fructuosamente. Una de las causas de la fragilidad de la empresa emancipadora de Núñez de Cáceres, estriba, para algunos, en la falta de compenetración de su idea con el medio. Dice el Doctor Morilla, en sus *Noticias,* que entre los propietarios y personas de influencia no contaba Núñez sino con pocos partidarios y ese movimiento hubiera podido evitarse porque la generalidad del país no estaba por él por su afecto a España. Tal argumento a primera vista decisivo no lo es relativamente, pues en buena parte de la América hispana, las masas, en los primeros tiempos, salvo excepciones, fueron resueltamente adversas a la idea emancipadora. Esta fué obra de una *élite* muy superior a sus respectivos medios sociales.

Los cargos que se han hecho siempre a Núñez de

Cáceres pueden condensarse en dos de verdadera importancia: la amenaza de los vecinos occidentales y la falta o escasez de medios materiales para consolidar su obra de desligamiento político de España. Ambos a dos merecen considerarse con reflexivo detenimiento. Para ello hay, en primer término, que desprenderse de puntos de vista posteriores, de consideraciones de actualidad, y situarse en la época y en el ambiente social en que ocurrieron los sucesos atendiendo en primer término a circunstancias de tiempo y espacio. Otra consideración de perspectiva histórica es la de no dejarse ofuscar por la esterilidad de los resultados. La falta de éxito en una iniciativa histórica contribuye siempre, para muchos, a desquiciar la visión de conjunto que da siempre la medida, las verdaderas proporciones de un hecho. En el caso de Núñez de Cáceres ocurre eso ostensiblemente. Desde nuestro particular punto de vista crítico histórico vamos a examinar con sereno espíritu de imparcialidad las dos causas de imprevisión que se le echan en cara al egregio caudillo de nuestro primer movimiento separatista.

II

A lo que puede fundadamente colegirse, en los momentos en que Núñez de Cáceres incubaba su idea emancipadora no había nada absolutamente que temer de Haití, fragmentado en dos o tres estados de instituciones dispares. Parece lógico suponer que ya maquinaba su plan en la época en que en su casa, en tertulia de amigos íntimos, se comentaban con libertad los acontecimientos de la guerra de que era presa toda la América continental de origen hispano. En el territorio haitiano radicaban dos estados soberanos: el reino de Cristóbal al Norte y la república de Petión al Sur

y al Oeste. Un régulo nombrado Goman mantenía hacia los lados de Jeremías una independencia selvática y bravía. La situación fué cambiando desde que Boyer, sucesor de Petión, ascendió al poder. Incorporóse la parte del Norte después del suicidio de Cristóbal y sometió la porción del territorio en que imperaba Goman. Este, según se cuenta, no queriendo rendirse, se precipitó al mar desde una roca encontrando entre sus aguas tumba digna de su valor indomable.

Para realizar la obra de la unidad haitiana Boyer no ahorra ni esfuerzos ni sacrificios. Consideradas las condiciones de medio y de hora resulta un hombre de gobierno perspicaz y experto. Sabe suavizar dificultades y removerlas violentamente si el caso lo hace necesario. Todavía, en el año mismo en que Núñez de Cáceres proclama nuestra incorporación a la gran Colombia, tiene que debelar la insurrección de Richard. Después de eso es que resulta su dominio personal decisivo. I ello acaece cuando nuestro insigne compatriota, forzado por las circunstancias, se ve constreñido a dar su gran paso, cueste lo que costare. Hay un momento en la vida de las conspiraciones en que se impone este dilema: ir a Roma por todo o perecer. Según indicios y referencias dignos de crédito, Núñez creyó que Boyer respetaría su obra fundándose en que ya no tendría por vecino una monarquía siempre más temible y amenazante para su país y que el nuevo Estado pertenecería a Colombia, la República con quien mantenía cordiales relaciones y a que tan noble y generoso auxilio había prestado su jefe y grande amigo Alejandro Petión. El tiempo demostró la inanidad de tales esperanzas. Pero, *parece* que el ilustre dominicano no podía ya retroceder. El año antes, 1820, había ocurrido

gran alarma con motivo del descubrimiento de una conspiración de carácter separatista en que Núñez de Cáceres, por habilidad suya o por lo que fuere, no fué complicado. Después de la denuncia del Padre Cruzado tuvo que resolverse. Su indecisión, en tan supremo instante, le hubiera costado la libertad o la vida.

Astuto y cauteloso, Boyer, sin dar el frente, desarrollaba en las fronteras un plan de seducción que, desdichadamente, le proporcionó excelentes resultados. Antes de que Núñez diera su gran paso ya se había oido hablar de un flamante partido *unionista* que, en ciertos lugares de las fronteras, iba aumentándose merced a los trabajos de dominicanos traidores, José Justo de Silva, Tabares, Amarante, otros más. Sin faltar a la verdad, no es posible negar que numerosos dominicanos traidores facilitaran grandemente la invasión de Boyer. A ellos alude éste en uno de sus oficios al brigadier Kindelan cuando le habla de insinuaciones de cierto género que recibía de este lado con frecuencia. Núñez tuvo también en su contra el elemento peninsular, catalanés principalmente, herido por la reciente revolución separatista que de dueño lo convertía en súbdito del naciente Estado. Pero, a mi ver, el gran peligro estaba en el *unionismo,* esto es, la fusión con Haití, preconizada por no pocos dominicanos. Y tan es así, que antes de divisar Boyer los muros de la Capital, el Cibao, por obra principal de ese *unionismo,* estaba ya, puede decirse, pronunciado por Haití. Juan Núñez Blanco, a la cabeza de un grupo de jinetes armados recorre las calles de Santiago victoreando la *unión* y con sus propias manos enarbola en el fuerte de San Luis la bandera haitiana...

Y aquí se manifiesta con claridad meridiana lo que

afirmé en la Carta inserta en mi libro *La hora que pasa* y dirigida a mi ilustre amigo Pedro Henríquez Ureña. Dos tendencias bien determinadas comienzan a dibujarse con claridad y precisión desde comienzos de la pasada centuria. Son dos corrientes de opinión que durante largo tiempo van a orientarse paralelamente constituyendo, por decirlo así, la síntesis de nuestra tormentosa y resonante historia. La primera de ellas comienza, puede decirse, en el *unionismo* que fomenta Boyer solapadamente en las fronteras; continúa más tarde, en 1843, con el plan Levasseur; sigue con las intrigas y maquinaciones de que es teatro el campamento de Baní, y se convierte en hecho, toma cuerpo, en la obra dolorosa de nuestra inconsulta anexión a la Monarquía española. Restaurada la República vuelve a manifestarse, obra exclusiva de un gobierno, la torpe tendencia anexionista... Tales hechos liberticidas serían para nosotros un eterno patrón de ignominia si paralelamente a esa corriente anexionista no se dilatase otra más impetuosa y pujante de un nacionalismo sincero e irreducible. Este último empieza en el primero de Diciembre de 1821, y se manifiesta cuantas veces oligarquías imperantes han tendido a destruir proditoriamente la soberanía nacional. En la primera tendencia, la anexionista, han figurado, en primer término, gobernantes despóticos y grupos sin fé en la viabilidad de una entidad nacional aparentemente desprovista de las condiciones necesarias para mantener y consolidar su independencia... En la otra, la más pujante, la nacionalista, han descollado, prestos siempre a las mayores abnegaciones y sacrificios, las personalidades más conspicuas y eminentes de que puede ufanarse el pueblo dominicano: los Duarte, los Francisco del Rosario Sánchez, los Mella, los Meriño, los Luperón, los Maria-

no A. Cestero, los Ulises F. Espaillat, muchísimos más...

III

No es posible hoy poner en duda que en los planes de Bolívar entraba, como suprema coronación de su labor gigantesca, la independencia de las Antillas españolas. Abundan los datos para afirmarlo. Al gran paladín caraqueño no se le ocultaba la conveniencia de desalojar a España de sus últimos reductos de América desde donde podría intentar nuevamente la reconquista de las colonias perdidas. Pocos años después la expedición de Barradas a México lo demostró cumplidamente. Parece que Núñez de Cáceres tenía motivos para contar con la ayuda inmediata de Bolívar. En carta del nieto de aquel, que conservo, me decía que creía haber visto, hacía años, en el archivo de la familia, un apolillado documento en que se hacía referencia a una correspondencia entre su abuelo y Bolívar. Parece ser que el medio de comunicación eran los corsarios colombianos que recorrían nuestras costas recalando con frecuencia en Jacmel. En este punto un comerciante francés o italiano muy relacionado con Bolívar desde la expedición de Los Cayos despachaba esa correspondencia para su respectivo destino. La muerte del nieto ocurrida hace años en Caracas interrumpió mis investigaciones a ese respecto. ¿Hubo en realidad tal correspondencia? Lo cierto es que, durante años, se pensó en Venezuela en la libertad de estos pueblos antillanos.

Los nombres de Bolívar, Páez, Sucre y Soublette juegan papel importante en este asunto. Al principio se pensó en Páez para mandar el cuerpo expediciona-

BNPHU

rio. Después en Sucre. A raíz de Ayacucho escribía este a Soublette: "El ejército cuenta con siete mil hombres disponibles; ellos, protegidos por alguna marina, bastarían, yo creo, a tomar La Habana donde aseguran que el espíritu patriótico está en todas las gentes"... Como este pueden citarse otros documentos fidedignos. Los proyectos de emancipación antillana se malograron al fín, principiando principalmente por el voto negativo de los Estados Unidos. I ¿cómo se explica que siendo esta Nación la primera en reconocer como entidades nacionales a las recién emancipadas colonias impidiese ahora fuesen también libertadas las que faltaban para completar la gran obra reinvindicadora? Pues simplemente porque en el momento en que se produjo la prohibición predominaban en el Congreso americano los elementos esclavistas y a estos les interesaba en grado sumo que continuase la esclavitud de los negros en las Antillas. Un Senador esclavista llegó a calificar a Bolívar de *bucanero*... En los días en que Núñez de Cáceres realizaba su plan emancipador aún no se había producido esa negativa. Pero el instante era por completo inoportuno. Páez, de momento, no pudo hacer nada en ayuda del nuevo estado colombiano. El enviado de Núñez, el Doctor Pinedo, se volvió con las manos vacías. Parecía que la adversidad perseguía al ilustre Auditor. En esos instantes el titán venezolano se dirigía hacia el Sur, salvando cordilleras formidables, trepando por las faldas de montañas humeantes, aureolado por la gloria, para añadir tres nuevas naciones a las dos ya creadas por su genio portentoso.

Pero aunque las circunstancias adversas malograran en agraz su magno propósito, sería incurrir en irri-

tante injusticia regatearle a Núñez de Cáceres los méritos de su excelso ideal patriótico, y su intención noble, sana y generosa. Ya sé que para mucha gente, la gran mayoría, sólo son dignos de ser ungidos por la gloria los que entraron en templo de la historia coronados y exultados por el éxito. Este, para la incontable muchedumbre, lo sanciona y justifica todo. Mentira. Mil veces mentira. Cuanto se cumple en pro de un ideal de redención, limpias las manos y la conciencia, debe merecer no ya un veredicto absolutorio sino de aprobación y de encomio. En Núñez de Cáceres comienza el *avatar* glorioso de la idea de independencia nacional. El fué el primero que hizo resonar la palabra independencia en el ámbito de nuestras ciudades de vida tradicional y vegetativa amodorradas en la somnolencia de siglos de infecundo coloniaje. Las iniciativas posteriores de liberación tienen ahí su luminoso punto de partida. No hay, pues, que discutir su lugar en nuestra historia. Es él, con legítimo derecho para ser así considerado, el primer patricio que se yergue altivo entre nosotros para señalarnos con severo índice la imperiosa necesidad de una transformación política capaz de responder a magnos propósitos de libertad bien entendida y de adelanto material armónico y fecundo.

Del folleto "De la Historia" (Páginas Dominicanas) 1920.

ULISES F. ESPAILLAT

I

Dos altas y excelsas figuras de nuestra vida histórica merecen vivir perdurablemente en la albura del mármol, "carne de los dioses", o en la austeridad del bronce, como luminosa enseñanza objetiva de serena e inmarcesible grandeza cívica: Duarte y Espaillat. El monumento escultórico es, artísticamente, la suprema consagración de un hombre o de un hecho de positiva trascendencia social. Es el más alto tributo de admiración y reconocimiento de que puede disponer el ser humano dada la fragilidad perpetua e irremediable de lo existente. Nuestra tormentosa vida política apacentada de contínuo en un disolvente personalismo sin personalidades; nuestra pobreza también, han impedido para algunos de nuestros próceres más conspícuos la simbolización marmórea o broncínea de sus figuras vinculadoras de nobles ejemplos de clásica austeridad republicana. Es tiempo ya de reparar tan lamentable olvido. Si una estatua resulta demasiado costosa, si supera, lo que no es verdad, a nuestros medios económicos, póngase en su lugar, mientras tanto, un busto o cosa parecida que llene en lo posible la alta finalidad de gratitud colectiva que un monumento de esa clase debe representar de una manera expresivamente artística. Con la cuarta parte de lo que aquí se derrocha en reinados carnavalescos o frivolidades por el estilo hubiera bastado para cubrir de bustos o de estatuas las plazas principales de la República.

BNPHU

Después de Duarte, el fundador eximio, Espaillat es la más ingente figura de prolífico civismo y de austeridad sin máculas que posee el pueblo dominicano. En Santiago de los Caballeros, su gloriosa ciudad natal, no tiene nada que evoque objetivamente su memoria imperecedera. En mis visitas a esa culta y próspera urbe así lo he comprobado dolorosamente. ¡Qué bien luciría su busto o su estatua en el hermoso parque principal de Santiago, bajo la verde fronda del ramaje que se entrelaza, al caer la tarde, en la hora solemne de las agonías crepusculares, cuando los últimos lampos del sol moribundo dorasen las líneas de clásica sencillez helénica del monumento evocador de lo que en nuestra existencia histórica representa tan insigne patricio! Siempre que he pensado en una estatua de Espaillat, nunca, en mi imaginación, me lo he figurado vestido a la moderna, sino con algo de personaje de la antigüedad clásica, como envuelto el cuerpo en la toga o laticlavia de un senador romano, de uno de esos austeros patricios de la Roma republicana que dejaron tras sí el perdurable recuerdo de una vida apacentada en las más ingentes excelsitudes de bien y de deber que puede producir nuestro deleznable barro humano.

II

Este gran ciudadano bien merece los más altos homenajes del reconocimiento público. Fué también escritor notable. Con el título de *Escritos de Espaillat* publicó la benemérita sociedad Amantes de la Luz, de Santiago, en años pasados, una selecta colección de sus interesantes y jugosos artículos periodísticos. En ellos se destaca de cuerpo entero el abnegado repúblico que tan luminosa huella ha dejado en el proceso

tardiamente progresivo de nuestra asendereada vida nacional. Tributósele, con la edición de ese libro, una oblación de noble y profícua gratitud por todos conceptos merecida. Ese volumen, publicado en hora oportuna, tuvo la virtud de convertir por un momento la mirada, distraída en pugilatos de nuestro disolvente personalismo, hacia algo fundamentalmente patriótico, hacia ingentes ideales de incontaminado civismo que la garrulidad imperante aparentaba desdeñar apacentado a sus anchas en un egoismo burdo y estulto en que, por lo general, se descolora y marchita rápidamente cuanto en nuestra enrarecida atmósfera se perfila con acentuadas formas de fecunda alteza moral... Ese libro fué para mí como una momentánea y fulgente visión de muchas cosas de mi adolescencia que dormian sosegadamente en obscuros limbos de olvido. Ahora mismo, recorriendo sus páginas, por misteriosa asociación de recuerdos, toda una época de mi vida surge con su intenso y peculiar colorido ante mis ojos. Evoco en mi memoria los días revueltos y tormentosos que precedieron al movimiento político que se llamó la *Evolución*. El gobierno que surgió del 25 de Noviembre de 1873 entre las más sinceras y calurosas expansiones de entusiasmo popular, fué lentamente, por obra de sus propios errores, despeñándose en la sima del más espantoso desprestigio. Durante un momento solamente, culminó como símbolo de acercamiento cordial y provechoso de las viejas banderías políticas. Dió con esa situación en tierra la acción incesante y deletérea de intereses bastardos de ambiciones personalistas que pusieron recio y tenaz empeño en abrir la ancha fosa en que iban a sepultarse muchas risueñas esperanzas y muchas ansiadas reivindicaciones.

BIBLIOTECA NACIONAL

En la culta ciudad de Puerto Plata, cuna de la revolución eminentemente justa y necesaria de noviembre, señaláronse los primeros prodromos del conflicto que se avecinaba y que iba a resultar de todo punto inevitable por la evidente carencia de tacto de las autoridades locales y la creciente acometividad de la oposición cada vez más envalentonada... La tentativa de encarcelar al general Luperón llevó aquel conflicto a su punto máximo de gravedad. No obstante ciertos resaltantes y dolorosos errores debidos a su rusticidad primitiva, a la permanente y nociva sugestión del medio y a las azarosas circunstancias en que fué formándose su alto prestigio militar, el general Luperón resultó una figura atrayente y simpática para quien pueda juzgarlo desligado de todo apasionamiento partidista, por su actuación como soldado heróico en la terrible campaña restauradora, por cierto sentimiento de innegable patriotismo siempre vivo en su alma, por la sinceridad de su carácter impetuoso, brusco, sin trastiendas ni dobleces, pleno de ingenua vanidad; por su acendrada devoción, sin intermitencias, al magno ideal de la independencia antillana, y por cierta no vulgar amplitud de ideas históricas y falta en sus frecuentes y largas expulsiones...

El sentimiento popular, en aquellos días, se manifestaba en asociaciones políticas nutridas de elementos en su gran mayoría desafectos a la situación existente. La *Liga de la Paz,* recogía, como centro principal de atracción, cuantos con mal velado disimulo sólo tenían en mientes derribar del poder al general González. Aquella potente sociedad política se reunía en la sala espaciosa, de baja techumbre, en algunas ocasiones insuficientemente alumbrada del colegio *San*

Felipe, y aun me parece contemplar la abigarrada multitud que allí se congregaba, siempre muy numerosa cuando asistía a las sesiones el general Luperón. Cada vez que éste peroraba, y lo hacía con frecuencia, su palabra vibrante, encendida, de vigorosa entonación, a veces incorrecta y premiosa; pero expresión sincera y fuerte de su alma varonil y entusiástica, como que esparcía átomos ígneos que caldeaban el ambiente de la vasta sala, encrespando los ánimos que se desbordaban en un torrente impetuoso de aplausos y aclamaciones. Era la primera vez que mi alma de dieciseis años, se ponía en íntimo contacto, se confundía con el alma inmensa, rugiente y trágica, de la muchedumbre enardecida...

III

En esas reuniones patrióticas se pronunciaba con frecuencia el nombre de Ulises F. Espaillat. Desde entonces aprendí a amarlo y admirarlo. Cuantos hablaban de él lo hacían con alto encarecimiento. Vibraba su nombre con simpática resonancia y aparecía como reluciente iris de esperanza en la espesa negrura del patriotismo decepcionado. Su vida entera se presentaba de contínuo como eficaz y altísimo modelo. Citábase el elocuente ejemplo de sus virtudes personales apacentadas en el amor al trabajo dignificador y fecundo; su actitud virilmente patriótica frente a la anexión española; su labor de organización como Vicepresidente del gobierno provisional instaurado en Santiago en los días tormentosos y trágicos del bienio restaurador; su profunda aversión a toda tiranía probada en su destierro a los Estados Unidos para escapar al despotismo santanista, y años después en su injustificable encarcelamiento por el gobierno de Báez en las

postrimerías de los *seis años*... Ultimamente los sucesos se precipitaron... Descendió ruidosamente del poder el general González, con una historia si algo obscurecida por lamentables errores, limpia por entero de vergonzosas escenas patibularias.

Impetuoso e incontrastable, el oleaje popular sacó a Espaillat de su hogar, y, mal de su grado, en medio de la general esperanza de un porvenir risueño, lo llevó a la presidencia de la República, puesto que no había nunca ambicionado. No sintió él, ni remotamente, vértigo ni engreimientos propios de almas vulgares; ni intentó, como tantos otros colocados en igual situación, rasgar con mano airada la apretada malla de sus permanentes convicciones. En las alturas, como en el hogar, fué siempre él mismo: probo, sencillo, afectuoso, tolerante, edificando con su conducta, rindiendo de contínuo fervoroso culto al bien en el iluminado santuario de su conciencia. Pero intereses mezquinos y bastardos de torpes facciones políticas, sin sombra de motivos justificados se le enfrentaron rápidamente. Rugió, desdichadamente, la guerra civil purpurando campos y ciudades. En Puerto Plata, donde en los primeros días era frecuente el tiroteo, la dirección experta del general Luperón dando vigoroso y diestro impulso a las operaciones militares hizo en poco tiempo recular a larga distancia los cantones que asediaban la plaza. En Santiago también iba de capa caída aquel injustificable movimiento revolucionario. Podía vaticinarse ya su próxima extinción. En ese momento se produjo la traidora asonada que lo derribó del poder. Todavía hubiera podido abrir su diestra y descargar el rayo del castigo sobre sus gratuitos enemigos. Partidarios fieles corrieron a su retiro a ofrecerle, con segu-

BNPHU

ridades de éxito, reaccionar vigorosa e inmediatamente contra aquel movimiento vergonzoso... No lo quiso. Del charco de sangre formado por la lucha civil subía un vaho nauseabundo que asfixiaba. Un ambicioso adocenado, uno de esos dictadorzuelos como todavía se estilan por estas tierras americanas, hubiera dicho, aspirando voluptuosamente el aire pestilente, como Vitelio en Badriaco al contemplar el campo alfombrado de cadáveres enemigos: huele bien... Prefirió retirarse ante que cayeran más víctimas en el surco sangriento, y se envolvió majestuosamente en su laticlavia de austero patricio dejando tras sí fulguraciones de una gloria inmaculada e imperecedera.

Del Consulado en que buscó momentáneo asilo, salió, náufrago de un ideal hundido en el proceloso mar de las pasiones políticas, en ruta hacia el hogar abandonado para tornar a su antigua vida de trabajo honroso, presa su noble espíritu de acerbas inquietudes por la suerte de la patria desgarrada por el choque incesante de facciones que solo tributaban adoración al Moloch del malhadado personalismo...

Recuerdo su llegada, de regreso de la Capital, en un vapor mercante a Puerto Plata, allá por los últimos días de un mes de Noviembre o Diciembre, en una melancólica mañana de comienzos de invierno, de ambiente frío, de nublado cielo, en que la onda moría mansamente en la curva de la playa con un rumor de vago y prolongado sollozo... Lo ví cuando subía por la escalerilla del muelle. Tenía cincuentitrés años y parecía un anciano de setenta, encorvado, prematuramente envejecido, con la cabeza cubierta de blancos hilos, como si en ella se hubiera amontonado la copiosa nevada de los dolores infinitos... Su rostro enflaque-

cido, pálido; sus mejillas exangües, hundidas; sus ojos de amortiguado fulgor como cansados de contemplar en torno suyo bajezas e ignominias, le prestaban cierto pronunciado parecido con uno de esos santos del catolicismo, representados en algunas viejas estampas, que convirtieron su vida en una dolorosa e interminable serie de maceraciones y abstinencias... Cuando pasó cerca de mí me descubrí con religioso respeto como otras personas que se encontraban a mi lado... Aquel vencido, era el símbolo augusto de la virtud republicana hecha carne que pasaba...

IV

El hombre público absorbe en él naturalmente al escritor. Lo era, sin duda, pero no en un sentido de verdadero profesional. Su principal objetivo como escritor era preconizar por medio de la prensa la virtualidad de ciertas ideas de reconstrucción social, ignoradas o mal comprendidas por la inmensa mayoría. En muchos de los trabajos que contiene su libro se advierte en primer término al moralista. Nótase en ellas, a la primera ojeada, la tendencia a corregir inveterados males sociales empleando para ello, con frecuencia, un tono festivo, burlesco, de leve causticidad, que a ratos les presta cierto sabor satírico, muy propio de escritores que, persiguiendo una finalidad ética de trascendencia colectiva, adoptan ese camino con preferencia a otros por estimarlo como más eficaz y oportuno. El estilo, flojo y descuidado en veces, es sencillo, claro, de cierta precisión, sin esa nota de pedantismo o de imposición dogmática, tan común en quienes se arrogan el difícil y delicado magisterio de adoctrinar las almas y señalarles rumbos de salvación o de mejoramiento. En el fondo, sin necesidad de apurar mucho

el análisis, Ulises F. Espaillat pertenece al escaso número de moralistas en que la prédica beneficiosa y elevada se armoniza bellamente con el ejemplo elocuente, *persistente,* edificante de su vida privada y pública.

En ese sentido, y por más que la generalidad los considere de otro modo, aunque a primera vista parezca paradójico, son verdaderos hombres de *acción*. Ya sé que los *prácticos* que abundan en estas y otras latitudes, entienden la acción de muy distinta manera, sugestionados por atavismos éticos de caracter morboso. Hombres de acción son para ellos quienes con más brío y prodigalidad reparten a diestro y siniestro tajos y mandobles, por más que muchos de éstos cercenen cabezas y mutilen instituciones... A mi ver, una vida consagrada al bien, como la de Espaillat, en que nada interrumpe la continuidad de un propósito dignificador y excelente, en que día por día, cada vez más refractario a nocivas sugestiones exteriores, se le contempla como cima aislada en que fulgura intensamente un magnificante ideal, representa para el que sabe ver al través de la superficie de las cosas una potentísima fuerza de acción, ininterrumpida, siempre en *visible movimiento,* de virtualidad superior, incontrastable, de efectos prolíficos, de momento desconocida o menospreciada, pero cuya trascendencia beneficiosa se encarga siempre el tiempo de poner de manifiesto. En esos hombres hay mucho del *héroe,* de los *héroes* en acción, en algo o mucho del concepto amplio, generoso, humano, que en toda su resaltante variedad psíquica tienen para Carlyle.

En la historia nacional aparece Espaillat ante mis ojos como una figura supremamente *representativa.* En la personalidad del insigne repúblico dominicano

se vincula —cristalizada en el pecho, plasmada en la realidad— la tendencia a reaccionar vigorosamente, sin exagerar el alcance del propósito, contra el caudillaje estulto y violento que ha sido en no escasa parte consecuencia natural y no por éso menos dolorosa de la guerra restauradora, en la que ascendió rápidamente a la cumbre buena porción de gente del pueblo, muy audaz y valerosa sin duda; pero de crasa ignorancia e indisciplinada en demasía, y por eso fácilmente sugestionable y dispuesta a toda hora, agrupada en bandos de un personalismo rabioso, a irse a las manos por un quítame allá esas pajas, sin detenerse a calcular las fatales consecuencias... Para intentar con probabilidades de éxito ese empeño dificilísimo de noble reacción —todo gobierno es en realidad un ensayo de experimentación científica social o cosa parecida— se rodeó Espaillat de un grupo de hombres de altura, los más capaces que había en el país, dando comienzo a su labor reconstructiva con una serie de actos de evidente concordancia con las ideas de mejoramiento nacional que constantemente había sustentado en la prensa. En eso estriba uno de sus méritos principales, reconocido aun por sus mismos detractores, ya que aquí como en todas partes, es moneda corriente, verdadero lugar común, vociferar una cosa en todos los tonos en la oposición y entenderla de muy distinta manera después de adueñarse el aspirante del poder supremo y sentirse en él a sus anchas. Circunstancia es ésta que contribuye a producir, de potente modo, esas corrientes de pronunciado y triste escepticismo que tan a menudo cruzan nuestra envenenada atmósfera política.

Muchas de las ideas sobre buen gobierno profesadas por Espaillat —no desvirtuadas ni falseadas por

él en la presidencia— están contenidas en su célebre carta al general González. Fracasó indudablemente, mas su fracaso, si bien se mira, constituye una elocuentísima lección de civismo, ya que en su administración, efímera y todo, puede señalarse el período en que se inició, conscientemente, el propósito —patentizada en ciertos actos de brillante relieve— de salir del régimen de tribu o cosa semejante impuesto por el caudillaje en que por lo general hemos vivido, para entrar, dando naturales tropiezos, por la vía luminosa de necesarias reformas. Que su ejemplo fué fructuoso bien se advierte —como lo hace notar con acierto el docto y sagaz prologuista de sus escritos— en el gobernante que le sucedió, figura política amamantada en la más radical intransigencia partidista y hecha a procedimientos de extremado autoritarismo, y que, sin embargo, en posesión otra vez del mando supremo, modificó visiblemente su vieja manera de entender el modo y las providencias que se requieren para regir con aproximado acierto las colectividades sociales... Como quiera que se le contemple, Espaillat aparecerá siempre en nuestra tormentosa historia como una gran virtud y como un gran ejemplo. En ese sentido no tiene nada que envidiar a los grandes caracteres que ha producido nuestra América. El tiene derecho a figurar en el número de personalidades hispano-americanas de más alto y justificado renombre.

Del folleto "De la Historia" (Páginas Dominicanas) 1920.

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO, - REP. DOMINICANA

LA RELIGION DE LA HUMANIDAD

I

Descontento con algunas apreciaciones sobre el positivismo comtista externadas en mi juicio sobre la obra *Gobernantes y Literatos* del notable escritor chileno B. Vicuña Subercaseaux, me invita en benévola y expresiva carta el conocido sociólogo Juan Enrique Lagarrige a reconsiderar tales conceptos, y, al efecto, honrándome grandemente, me envía una copiosa colección de cartas impresas dirigidas a distinguidas personalidades, folletos y libros de su fecunda y persuasiva pluma en que hace elocuente apología de las doctrinas de Augusto Comte, muy particularmente en lo atañedero a la religión o cosa parecida instituída hace poco más de medio siglo por este pensador insigne... De la detenida lectura de esas producciones, sólo ha quedado en mi espíritu, muy acentuada, la impresión de haber vivido, durante breves horas, en íntimo contacto intelectual con una de esas almas de selección, exquisitas, raras en extremo, que, en medio de la reinante anarquía de opiniones, han tenido la fortuna de descubrir un terreno de aparente solidez en que levantar un edificio de ideas y convicciones en abierta pugna con las corrientes de escepticismo y de propósitos utilitarios que parecen imprimir relieve característico a nuestro tiempo. La fisonomía moral del ilustre escritor chileno resulta por demás curiosa e interesante. Es la de un convencido irreductible, sereno y

fuerte, en una época de pronunciada incoherencia moral en que son tan escasas las verdaderas convicciones. No entiende de términos medios. El positivismo místico es para él la única religión hoy posible, la sola provista de la virtualidad indispensable para desviar la humanidad de la ruta extraviada que sigue actualmente... Las líneas de su personalidad se destacan claras y vigorosas en un ambiente social casi en su totalidad refractario a los árduos empeños de un proselitismo no maculado por preocupaciones de medro o por miras de intereses convencionales. En él vibra con fuerza algo del entusiasmo ardiente que caldeaba las almas en los siglos heróicos del cristianismo. Su espíritu se cierne muy por encima de preocupaciones de carácter nacional más o menos merecedoras de respeto; y por eso, entre el tumulto de las pasiones desapoderadas, alza su voz inspirada, rebosante de acendrado amor a la justicia, más meritoria y digna de encomio por el hecho de resonar aislada, condenando a Chile, su patria, por la retención de Tacna y Arica, y pidiendo su devolución a su legítimo dueño, el Perú vencido y humillado. Refresca el ánimo estar siquiera por corto tiempo en contacto espiritual con almas de ese temple. En su pluma, serena y diáfana, no se advierte el más leve dejo de ironía. En su dialéctica, sencilla y expresiva, no se deslizan nunca conceptos o apreciaciones agresivos e hirientes. Es un alma que está siempre al desnudo, de un candor y un desconocimiento de ciertos aspectos de la realidad circunstante que rayan a ratos en lo increíble. Apóstol fervoroso de una quimera deslumbradora, vaga extraviado por la floresta de su ideal inasequible, superior en mucho a lo que pueden dar de sí las fla-

quezas y miserias humanas, y merecería que una nueva profetisa Manto le dijera como a Fausto: "Yo amo a quien desea lo imposible"...

El comtismo, en su aspecto místico, la Religión de la Humanidad, continúa pareciéndome una concepción que descansa sobre bases necesariamente efímeras y deleznables, y que por su escala jerárquica, por su calendario y por ciertos puntos de su ritualismo se ha prestado y se presta a los tiros de gentes maleantes y a censuras bien encaminadas y discretas. No pretendo negar que hay en esa creación cierta grandeza ética que deslumbra. He admirado y aun admiro en el positivismo comtista, en su primer aspecto, en su faz exclusivamente científica, briosamente defendida en parte por Littré, la trabazón admirable, la ordenación lógica, el engranaje de fenómenos sociales que cohesiona fuertemente esa vasta construcción filosófica, una de las más portentosas que haya fabricado jamás la mente humana. No van sin duda mal encaminados los que conceptúan a Comte como el primer cerebro de Francia después de Descartes. Si no está a su altura, mucho ciertamente se le aproxima. Aun pareciéndome acertadas en muchos puntos las críticas de algunos grandes pensadores ingleses, Huxley y Spencer por ejemplo, sobre el escalonamiento, la clasificación, la sistematización de las ciencias hechas por Comte, vasta escala que parte, como de sustentáculo incontrastable, de las matemáticas para rematar como supremo coronamiento en la sociología, todavía quedan en el positimismo comtista, divergente del positivismo inglés en muchos aspectos importantes, porción voluminosa de datos y de preciosas observaciones y juicios de gran utilidad para el esclarecimiento de muchos puntos

obscuros del desenvolvimiento humano y para el estudio de la solución que reclaman con insistencia algunos graves y complejos problemas sociales. La obra de Comte, no embargante ciertas resaltantes lagunas, ha influído y tal vez sigue influyendo en la orientación filosófica de muchos altos espíritus. El mismo Stuart-Mill, aun negándolo en sus últimos tiempos, reconoce, en parte, en un interesante libro, lo que en su obra subsiste de la influencia de Comte. (1) Littré, Renan, Taine, han sentido en mayor o menor grado la poderosa fuerza de sugestión que emana del comtismo científico...

Con todo de declarar punto menos que cerrado el ciclo de la metafísica, segunda e intermedia etapa que coloca, como para servir de puente, entre el período teológico y el actual necesariamente positivista, no pocos resabios metafísicos se han infiltrado en la creación filosófica de Comte. Sin discutirle cierto mérito, su teoría positiva del alma, a pesar de su aparente solidez científica, resulta, en uno que otro de sus aspectos, conceptos en no pequeña parte metafísico como arrancados de observaciones de carácter hipotético de difícil o imposible comprobación experimental. Según su teoría positiva del alma, para él verdadero postulado,"clave de su gran doctrina", compónese aquella, el alma, de dieciocho funciones: diez afectivas, cinco intelectuales y tres activas que el maestro especifica cumplidamente en su famoso *Cuadro sistemático* de ella. Dichas funciones corresponden a otros tantos órganos que forman el conjunto del cerebro. Las diez funciones afectivas se dividen en siete instintos egoistas y tres altruistas. De las ocho restantes correspon-

(1) Stuart-Mill.—*Mes Memoires.*

den cinco a la inteligencia y tres a la actividad. Sobre ese concepto del alma descansa la religión instituída por Comte. Lo esencial en ésta, es que los tres instintos altruistas, apego, veneración, bondad, predominen sobre los siete egoistas, a saber: nutritivo, sexual, maternal, destructor, constructor, orgullo y vanidad, poniéndolos en fuga o reduciéndolos a la mayor impotencia. No es chico empeño, ciertamente. No se requiere ser muy perspicaz para observar el primer golpe de vista que, en semejante pugna, toda la ventaja está del lado de los instintos egoistas, más numerosos y dotados de mayor arraigo y fuerza que los contrarios. Así lo ve también a veces Lagarrigue, aunque por lo general juzga muy posible "el predominio del altruismo sobre el egoismo". Al hacer el panegírico del primero, entra en un orden de consideraciones que estimo muy juiciosas y discretas sobre "la triste enfermedad moral que reina actualmente". Felizmente, según él, la Religión de la Humanidad, salvadora panacea, "viene a librarnos del peligroso marasmo que nos aqueja despertando nuestro dormido altruismo y transformando nuestros sentimientos"... Deploro sinceramente no compartir tan consolador optimismo que nada justifica en los actuales momentos. El tránsito del egoismo al altruismo no se columbra por ninguna parte. Que triunfe el bien del mal; que los sentimientos puros y nobles se impongan a los egoistas y corruptores, a fin de que surja de ello una Humanidad consciente, materia dúctil al bien, saturado de vivificante altruismo, capaz de alcanzar la mayor suma de felicidad individual y colectiva que puede darse en la Tierra (el Gran Fetiche como la llama Comte en su profunda *Síntesis subjetiva*) ha sido indudablemente la perpetua aspiración de todos los espíritus realmente superiores, de los

BNPHU

grandes moralistas o religionarios, de Buda, de Confucio, de Sócrates, de Jesús... Hasta ahí no noto nada de verdadera originalidad en la religión del positvismo. Ese hermoso ideal del perfeccionamiento humano es casi tan viejo como el mundo...

La originalidad de Comte, en este punto, estriba en su propósito de instituir una religión enteramente demostrable, desligada de toda idea suprasensible y en la que no quepa nada que no pueda ser satisfactoriamente comprobado. Lo sobrenatural ha vivido siempre al amparo de la metafísica. Derrumbada ésta ya no tiene razón de ser. Sobre el hacimiento de escombros de las religiones positivas, que supone enterradas o muy cerca de ello, construye Comte una que satisfaga plenamente las inteligencias de racionalidad superior que aspiran a la verdad *religiosa* sólidamente apoyada en la ciencia moderna. El catolicismo, por su sólida organización, por su potente disciplina interior, por su espíritu de orden, forma para Comte, desde ese y otros puntos de vista, un modelo digno de estudio y de ser parcialmente imitado. En los siglos medioevales supo modelar a su antojo la mentalidad colectiva. Pero ha quedado rezagado; no ha marchado al compás del movimiento científico. Es estático y no dinámico. Carece por completo de fuerza evolutiva. Vanos han sido los esfuerzos de algunos pensadores católicos para desprenderlo de las sirtes del estacionamiento y llevarlo por las vías descampadas del progreso moderno. Sigue aferrado al pasado, a un dogmatismo insostenible, vacío de sentido real, y como el mundo no se detiene en su marcha, en su evolución incesante, el catolicismo se deteriora precipitadamente, pierde influencia de día en día, y va sirviendo menos cada vez para cumplir el

supremo ministerio de conducir y disciplinar las almas. El protestantismo tampoco: por la exageración del libre exámen, corre desbocado a su disolución o a la más espantosa anarquía... El ciclo del monoteismo, tercer aspecto de la evolución religiosa (los dos anteriores son el fetichismo y el politeismo) va a cerrarse o se ha cerrado, y en su lugar se abre el de la religión positiva, única posible en el actual momento científico. Hay que reemplazar prontamente esas religiones caducas para detener la expansión creciente arrolladora del individualismo, gérmen fecundo y fatal de la anarquía intelectual imperante en todas las manifestaciones de la vida social. De la fusión de la aristocracia senil e impotente con la democracia perturbadora y anárquica saldrá la sociocracia, estado necesario, asegura Comte, para el armónico y fecundo funcionar de las actividades sociales acertadamente disciplinadas. La Religión de la Humanidad únicamente puede servir para la cristalización de esa obra colosal y perdurable. Y Comte la instituye y no así como quiera sino prolijamente dotada de formas en parte muy originales y de un ritualismo profusamente impregnado de reminiscencias históricas. El positivismo religioso, sin duda, tiende a la formación de un mundo tirado a cordel, uniforme, restringido, en que la especie absorbe por completo al individuo, en que la vida se desenvuelve monótona, sin contradicciones, sin fuertes rozamientos, cada cual entregado a una tarea cotidiana preestablecida, satisfecho de aportar su concurso a la realización de un ideal de hermoso y vivificador altruismo... Bien pensaba Faguet, en la cita que hace Vicuña Subercaseaux, al aseverar que "Comte ideó una civilización de pura ciencia y de puro amor y creyó que tal cosa podría implantarse entre los hombres"...

BNPHU

II

Como ninguna concepción religiosa podría prosperar vigorosamente en la conciencia colectiva sin presentar como objeto de suprema adoración algún ser de incontestable superioridad al que hay precisamente que revestir de determinados atributos privativos de entidades de tan excelsa categoría, en lugar del Dios teológico, creación histórica del hombre, el propio yo humano llevado al más alto grado de perfección y sublimidad según Feuerbach, pone Comte, como objeto supremo y permanente de su culto, el Gran Ser, la propia Humanidad, aunque no en toda su cabal integridad sino restringida al "conjunto continuo de seres convergentes"... De ese Gran Ser "eliminadas las personas inútiles o perjudiciales forman también parte los animales domésticos, fieles servidores y compañeros del hombre"... Lo incognoscible, el inmenso espacio que deja Spencer para que en él pueda el sentimiento religioso espaciarse a sus anchas, no tiene cabida en el culto comtista. En la creación religiosa de Comte todo es o debe ser demostrado satisfactoriamente. Y realmente: la demostración de lo que ha sido y de lo que es, exceptuando, naturalmente, algunos espíritus clarividentes y altruistas, jalones luminosos que se alzan muy distanciados en el curso de la historia, ese Gran Ser, esa pobre Humanidad así endiosada, no deja ganas de adorarla, "aunque de ella vengamos y ella sea la fuente inagotable de todas nuestras determinaciones"... El espectáculo de ese Gran Ser colectivo, presa continua de vergonzosos apetitos, siervo de la injusticia, hurgado continuamente por torpes mezquindades y convencionalismos absurdos, no puede en modo alguno despertar la fe absoluta que quiere Com-

te y que preconiza con entusiasmo digno de mejor fortuna su ardoroso discípulo el señor Lagarrigue... Además, ¡qué dios nos da tan frágil y perecedero! Víctima permanente de las fuerzas ciegas de una Naturaleza implacable, sorda y muda a sus ruegos, el hombre colectivo, el Gran Ser, de Comte, ve transcurrir su precaria existencia bajo la amenaza de inmensos peligros desconocidos que no está en su mano precaver ni combatir... ¡Ah! los que cayeron entre los escombros de Mesina, en medio de la desolación pavorosa de aquella catástrofe apocalíptica, en los estertores de la agonía, al hundirse para siempre junto con todo lo que les había hecho grata la vida, no volverían los ojos en gesto de suprema imploración a ningún dios Humanidad, sino al viejo Dios teológico, mudo e impotente también, pero por su inmensa fuerza tradicional provisto de la eficacia necesaria para producir en sus almas con la perspectiva halagadora de un más allá conformidad y consuelo para sus horribles dolores!... Por inclinación invencible, el espiritu humano corre siempre tras lo que se le figura capaz de satisfacer sus ansias de algo que se cierne sobre su mísera existencia terrestre. "Los hombres tienen, dice Taine, (1) necesidad de la religión para pensar en lo infinito... En vano trataría de arrancarse de ellos el sentimiento religioso; las manos que trataran de hacerlo sólo alcanzarían su envoltura superficial. El sentimiento religioso crecería nuevamente después de una operación sangrienta; su germen es demasiado profundo para que se le pueda extirpar". Y como, no obstante el actual portentoso progreso científico, siempre quedará un ancho espacio fuera de lo

(1) *Les origens de la France contemporanie. L'ancien regime.* Tomo 2o.

que cae directamente en la esfera de la observación y el experimento, en ese espacio lleno de enigmas inexplicables por su naturaleza, fascinador e inexplorado, extenderá constantemente sus alas el sentimiento religioso.

En el positivismo místico, verdadera Iglesia Universal en el pensamiento de Comte, se llega al más perfecto mejoramiento social subordinando toda la vida privada y pública del individuo a un dogmatismo científico y a una disciplina intolerante y recia, que en el fondo, bien consideradas ambas cosas, sólo contribuyen a mutilar la personalidad humana en lo que ésta tiene de más dignificador y fecundo. Así la idea de libertad, de la libertad de conciencia sobre todo, tal como Comte la entiende y la aplica. Atendiendo su condicionalidad fenomenal, una parte de la izquierda hegeliana considera la libertad como "el estado positivo que acompaña la supremacía de una fuerza sobre de otra u otras", lo que en algún modo no le quita cierto valor intrínseco y permanente. Para Comte, la libertad es sólo un medio, un recurso provisional, un resorte necesario para realizar, en un momento dado, una finalidad preconcebida. Conseguida ésta, ya no sirve para nada más. Hay que arrinconarla como un mueble inútil. Precisa inutilizarla, pues de seguir empleándola llevaría la sociedad a su completo estacionamiento. La vida, en su más amplia concepción, es perpétuo dinamismo, y restringida a su aspecto social, renovación incesante de aspiraciones y de ideas, labor continua que detrás del empeño realizado señala inmediatamente otro por realizar, y sin la libertad, sin el ejercicio, sin coacciones, de ciertas facultades, pararía en una especie de aniquilamiento, suerte de nirvana sombrío

y mortífero... En el positivismo religioso sólo hay deberes. En el fondo del alma humana, tal como sedimentos atávicos e influencias históricas la han constituído, vibra, claro está, con más o menos fuerza el imperativo categórico kantiano... Comte, con acierto, aunque con exageración, no da al derecho realidad interna, fundamento esencial radicado en la conciencia, base sustancial filosófica; sino lo ve como producto evolutivo del desenvolvimiento histórico, que se modifica incesantemente en su marcha al través del tiempo y del espacio, y a lo más como relación social contingente de positiva eficacia en un momento dado. "¿En qué fundamento humano, dice el maestro, podría basarse la idea del *derecho* que supondría razonablemente una eficacia previa? Todo derecho humano es tan absurdo como inmoral"... Con materiales dispersos que Comte enlaza con innegable habilidad y con cierta fuerte aparente cohesión científica, forma un todo colosal, modelo acabado de construcciones sintéticas, del que Comte enlaza con innegable habilidad y con cierta yor escala que el catolicismo, realice el ideal de fundir todas las almas en una armoniosa comunidad de intereses, de aspiraciones y de goces...

¡Sueño de sueños, utopía de utopías! El culto positivista, amplio y curioso, tiene para todos los gustos. Hay culto privado que se divide en personal y doméstico. Para fortalecernos en nuestra constante lucha con el egoismo contamos como auxiliares eficaces con los *ángeles guardianes* y con el rezo que hay que hacer tres veces cada día. El culto doméstico "liga la vida privada a la vida pública", y se compone de estos sacramentos sociales: *la presentación, la iniciación, la admisión, la destinación, el matrimonio, la ma-*

BNPHU

durez, el retiro, la transformación y la reincorporación. Hay en la explicación de estos sacramentos cosas curiosas un si es no es cómicas. El positivismo establece "la indisolubilidad del matrimonio aún después de la muerte de uno de los cónyuges", y agrega ésto que no tiene desperdicio: "La promesa de viudez eterna, que harán los novios positivistas al contraer matrimonio, será acompañada del compromiso de castidad en los tres primeros meses del matrimonio"... El culto público comprende la celebración de ochentiuna fiestas anuales cuya enumeración detallada ocuparía demasiado espacio. Sobre todas estas cosas, como supremo ideal feminista, se cierne, nimbada de celeste luz, la Virgen Madre... La influencia todopoderosa de Clotilde de Vaux se marca hondamente en esa creación de este gran poeta científico. El calendario del positivismo se compone de trece meses de veintiocho días cada uno, que llevan el nombre de algunas personalidades históricas de verdadera resonancia. César posee su mes. Federico II de Prusia tiene también el suyo. A Jesús no le ha tocado ninguno. En su lugar está San Pablo. Para Comte, como para su fiel discípulo el señor Lagarrigue, Jesús es mero reformador local, sin trascendencia fuera del reducido círculo en que transcurrió su vida. San Pablo, el apóstol por antonomasia, es el verdadero fundador del cristianismo. De sus epístolas fluye el verdadero sentido del catolicismo. Este debería llamarse mejor el paulismo. Me parece tal afirmación harto discutible. Ni es nueva tampoco para los que, entre algunas otras, conocíamos las opiniones del crítico alemán Bruno Bauer respecto del contraste entre el cristianismo de San Pedro y el del convertido del camino de Damasco. La religión comtista, disciplinada como un regimiento, presenta

una fuerza de cohesión como no tiene ninguna otra. Lástima que carezca de lo más esencial: de creyentes numerosos.

No pienso que se necesiten tantas prácticas y ceremonias para conducir las almas a una vasta solidaridad social afincada en soportes de racional altruismo, en cuanto tal cosa puede ser posible atendiendo a lo contingente, contradictorio y mudable del ser humano. Substituir creencias seculares que poseen raigambre vigorosa y profunda en la incontrastable y eterna aspiración a lo infinito, a algo que rutila en esferas cerradas al conocimiento del hombre y que por su mismo carácter de misterio lo atraen y lo fascinan, con credos religiosos vacíos de sentido trascendente, restringidos, de valor puramente telúrico, radicados en la deleznable base de una humanidad incoherente y transitoria, se nos figura que es obra colosal, empresa de imposible realización, que excede en mucho a lo que pueden dar de sí las fuerzas humanas de suyo flacas y contradictorias. En ese empeño, propio sólo de cerebros alucinados por quimeras gigantescas, se desconocen de plano partes esenciales del hombre moral que vive perennemente agitado por el anhelo de lo desconocido. Sobre este planeta, bajel misterioso que surca con vertiginosa rapidez los infinitos oceanos estelares sin saber adonde irá a parar con su carga de seres perpetuamente empeñados en luchas mezquinas por intereses efímeros, muchas almas, la inmensa mayoría, se abrevan, como en fuente copiosa y cristalina, en la idea de un más allá, única capaz de fortalecerlas y de ofrecerles resignación y consuelo para sus continuas decepciones y sus hondos infortunios. Dejemos a esas almas que sigan creyendo ya que no podemos darles nada más

consolador en cambio. El hombre colectivo no ha alcanzado aun ¡quién sabe si lo alcanzará jamás! el alto grado de racionalidad y de energía viril necesario para aceptar de lleno un orden de ideas científico del que se excluyan inexorablemente puntos de vistas sobrenaturales. Ese remedio, aplicado inoportunamente, sólo conseguiría, en el estado actual de las sociedades, acentuar sus divisiones y exacerbar más sus profundas dolencias... El pensamiento filosófico, desde el panteismo védico y la especulación griega hasta el monismo de Haeckel y el positivismo dinámico que "considerando la vida como suprema manifestación de la universal energía", culmina en el *superhombre* de Nietszche, no ha dado ¡ni como darla! respuesta definitiva a la eterna y formidable interrogación sobre el origen y la finalidad de las cosas. Somos muy pocos los que para salvar la aterradora dificultad, aceptamos, como concepción general cosmogónica, la materia (la palabra, en cierto sentido no me satisface del todo, pero no encuentro otra mejor para el caso) en evolución y transformación incesantes, sin solución de continuidad, sin principio ni fin... Que las religiones, sin desprenderse de lo esencial privativo de ellas, vayan despojándose de ciertos intereses puramente terrenales, es orientación que juzgo oportuna y necesaria... Pero su dominio radicará siempre en esa zona inmensa y misteriosa en que se apacienta el alma humana en su sed insatisfecha de lo infinito. Edificar un culto o sistema religioso sobre otros cimientos, será siempre levantarlo sobre algo movedizo y pasajero. *Super transeuntes aquas...*

De "La Hora que Pasa" (Notas Críticas) -1910.

JOSE MARTI

I

El recuerdo de nuestro primer y único contacto espiritual persiste con fuerza indeleble en mi memoria. Hay impresiones de tan acentuada repercusión anímica, que la esponja misma del tiempo no alcanza a borrarlas, y en veces ni aún siquiera a amortiguar su prístina vibración. De entonces a acá han pasado muchos años, dejando en mi espíritu huellas profundas de torturantes desencantos. Fué, si mal no recuerdo, allá por 1892, y era la primera vez que posaba él su planta de peregrino en tierra dominicana. En mi imaginación revive la escena de nuestro encuentro, con su original colorido. Eran como las ocho de la noche y me encontraba solo en la sala de mi hogar, embebido en la lectura de un libro de apasionada controversia filosófica. Estaba arrellanado en una mecedora, de espaldas a la calle. De súbito sentí un leve ruido, como si alguien se aproximara. Volví rápidamente la cabeza. En el umbral un hombre blanco, de mediana estatura, de cara expresiva, en que lucía un espeso mostacho y en que la mirada fulguraba, delatando una intensa vida interior, se erguía sonriente ante mis ojos. Me levanté apresuradamente, dirigiéndome hacia el desconocido. En mi mirada se formulaba como una interrogación persistente... ¡José Martí!... Un abrazo muy estrecho nos unió seguida y prolongadamente. Durante algunos instantes parecíame bañarme en no sé qué límpido raudal de misteriosa claridad.

Espontánea, franca, cordial, como si fuéramos viejos conocidos, comenzó a desparramarse la charla. Sin reticencias ni eufemismos me abrió de par en par las puertas de su pecho. Las palabras salían encendidas y vibrantes de sus labios. Mi primera impresión fué que tenía ante mí un visionario desprendido por completo de nexos con abrumadoras realidades, algo así como un soñador de cosas irrealizables o quiméricas. Ante lo que se me antojaba su alucinación se irguió el concepto práctico que yo suponía tener de las cosas. Quise echármelas de conocedor de cierta experiencia y le manifesté francamente mis divergencias. Expúsele que no creía el terreno suficientemente abonado; que débil aún, reponiéndose todavía de dos fracasos sucesivos, no era posible que el pueblo cubano estuviera resuelto a lanzarse a una nueva aventura separatista. Acaso ese pueblo, antes de correr un nuevo riesgo, preferiría avenirse con un amplio régimen autonómico. Objetóme con calor que yo sólo veía el lado exterior de las cosas, lo puramente superficial, lo que brillaba a flor de piel. Detrás de eso que yo creía la realidad, adentro, muy adentro, corría el río de una fructuosa propaganda revolucionaria, engrosando cada vez más el caudal copioso de sus aguas... Traída a colación, no recuerdo ahora por qué, la próxima fiesta del IV Centenario del descubrimiento de América, se mostró duro con Colón. Consideraba al gran navegante únicamente como un mercader animado sólo por ruines y sórdidos apetitos de dinero. Procuré, situándome en un justo medio, combatir un tanto la crudeza de tan radicales afirmaciones...

Avanzaba la noche. Muy de madrugada se proponía continuar su viaje. Quise acompañarle hasta el si-

tio en que tenía su posada. Allí reanudamos la interrumpida *causerie*. Al conjuro de su palabra cálida florecieron nuevamente las esperanzas de próximas reivindicaciones patrióticas. Al oirlo tan ardorosamente convencido, mi pesimismo parecía esfumarse. Empecé a creer en la posibilidad de lo que me aseguraba a pie juntillas. El entusiasmo se desbordaba de su frase lírica, y, emocionado, comenzaba a contagiarme. Nada era, me repetía con calor de arraigada creencia, lo que había hecho, en comparación de lo que le faltaba por hacer. Tenía que multiplicar los centros de propaganda patriótica; aumentar hasta donde fuera posible de manera práctica y metódica los recursos monetarios; vencer las envidias e intrigas que fermentaban en algunos centros de emigración y asegurar la adhesión sincera y estable de algunos jefes que figuraran con honra en las pasadas campañas y que en aquel momento parecían desalentados o reacios. Era necesario suavizar o extinguir peligrosas discrepancias de carácter personal para alcanzar una organización capaz de atender hasta el más nimio e insignificante detalle. Esa organización fundamental debía ser como una máquina en permanente funcionamiento, de bien suavizados y poco complicados rodajes... Antes de separarnos me regaló un librito suyo, *Versos sencillos*, y un ejemplar de la primera edición de *Ramona*, la preciosa novela norteamericana de Hellen Hunt Jackson, por él magistralmente vertida al castellano. En la primera página del tomito de ritmos puso una dedicatoria, que no transcribo aquí para que no lo echen a mala parte los ruines de corazón, que pretenden ver siempre en estas cosas de efusiva sinceridad, engreimiento soberbios de vanidad personal. Acerca de *Ramona*, ya en su tercera edición castellana, escribí

poco después un comentario, que se publicó en uno de mis primeros libros.

Nos despedimos con un fuerte y prolongado abrazo. Era la última vez que nos veíamos en esta sucesión de horas risueñas o sombrías que apellidamos vida. Cada cual iba a seguir su ignorado destino. El se fué a la labor ardua y penosa de redimir un pueblo, a la lucha resonante, rumbo a una muerte prematura y gloriosa... Los recuerdos de esa noche memorable se han adherido a mi alma con la fuerza de esas plantas trepadoras que crecen en perdurable apegamiento a viejos paredones de ruinosos edificios. Hay horas de la vida que superan en intensidad de emoción a lo que podemos experimentar en días, en meses, en años... Los momentos que pasé con Martí tienen para mí no sé que frescura inolvidable de recuerdos primaverales, de épocas en que la existencia tiende irremisiblemente a dilatarse por cármenes rientes de fe y de esperanza. Al regresar a mi casa rumiaba mentalmente los incidentes de mi entrevista con el gallardo paladín de las libertades cubanas. Con ritmo tenaz resonaba en mis oidos la vibración intensa de su palabra, plena de luz y de adivinaciones geniales. Su verbo armonioso había sugestionado poderosamente mi inteligencia y caldeado mi fantasía. La superioridad de ciertos espíritus se siente prontamente. Su nobleza anímica y la proyección lumínica que irradia continuamente de las profundidades de su sér nos cautivan irresistiblemente. En las redes de su personal atracción se había deslizado mi alma, abierta siempre a la seducción de nobles y hermosos idealismos... La noche, de cielo entoldado, no dejaba columbrar el resplandor de ninguna estrella. Hacía rato que se habían apagado los faroles

BNPHJ

del alumbrado urbano. Obscuridad, obscuridad pavorosa por todos los lados. La vieja ciudad provinciana yacía en solemne reposo. Nadie deambulaba por sus calles, negras y silenciosas. A tientas, puede decirse, proseguía mi camino, titubeando, desorientado, rompiendo por en medio de las densas tinieblas que se espesaban más y más en torno mio... Casi sin darme exacta cuenta encontréme de improviso en una esquina del viejo Mercado, en el mismo sitio en que cerca de medio siglo antes, conforme aseguraba la tradición, un grupo de empingorotados conspiradores, por temor a que revelase el secreto de su trama revolucionaria, había supliciado a Rufinito. Sentí un momentáneo escalofrío... Pero como deshaciendo esa obscuridad, como perforando el negror que me circundaba, parecíame que se encontraba ante mí, como que guiaba mis pasos, iluminándome el pavoroso camino, el eximio tribuno, de verbo fulgurante y magnífico, que antes de tres años iba a sellar con su sangre generosa la primera página de la última epopeya de la independencia de América.

II

El propósito de libertar a Cuba del vasallaje hispano parecía definitivamente abandonado después de dos largas sangrientas e infructuosas guerras. Pero una idea no muere, por más que aparentemente lo parezca, sin haber cumplido su ciclo de necesaria evolución. Así la de la emancipación política de Cuba. Oculta o visible, en la superficie o dilatándose por el subsuelo, plegándose a circunstancias de ambiente o de hora, adaptándose a realidades resaltantes de vida social, la idea de virtualidad modificadora, vinculadora de empeños de renovación, de transformación, conclu-

BNPHJ

ye siempre su proceso dinámico, incoercible y arrollador, prorrumpiendo en un himno de triunfante y perdurable resonancia. Todavía, justificado en gran parte, extiende el desaliento su acción glacial sobre una inmensa mayoría; sobre casi todos los componentes sociales quedarán siempre en pie, sacerdotes de un culto que ya parece no tener fieles, algunos contados irreducibles, que no dudan, que no vacilan, que confían en lo porvenir, y que desde su trípode solitario continúan esparciendo regueros deslumbrantes de consoladoras esperanzas. Al principio, aparentemente aislados, logran al fin esos removedores de almas que la proyección ardorosa de su creencia intangible, a prueba de desencantos, vaya despertando energías dormidas, recogiendo adhesiones, uniendo voluntades, ensanchando su radio de acción hasta romper el hielo de dolorosos y disolventes escepticismos. El pueblo cubano seguía apegado al ideal de su emancipación política; pero sucesivos fracasos le habían hecho perder de momento toda creencia en la posibilidad de realizarlo. La obra de Martí fué reaccionar por todos los medios a su alcance contra ese peligroso estado de alma, formando núcleos afines, bien preparados, capaces en un todo de presentar sólidas bases para una propaganda bien definida que pusiese los ánimos en condiciones de llegar a la protesta armada con muy importantes probabilidades de éxito. En esa hora de indecisiones, de verdadera crisis psicológica de urdimbre colectiva, fué Martí el apóstol, el hombre necesario, la figura central del separatismo cubano. No tuvo jamás ese ideal encarnación personal más clarividente y prolífica. Vivió en perenne persecución de esa idea, sin arredrarse ante los obstáculos hacinados en la vía tortuosa y poblada de sombras, despreciando los tiros

aleves de calumniadores envidiosos a quienes ofuscaba el resplandor de su austera grandeza, hasta caer en lo ignoto, con las sienes ceñidas con la relumbrante corona del más heroico sacrificio patriótico. Pero cuando se desplomó en *Dos Ríos*, estremeciendo la tierra como los paladines homéricos, su obra de organización revolucionaria, como árbol de vigorosa raigambre, producía sin necesidad de más preparación ni cuidado sus naturales y anhelados frutos.

La preocupación permanente de redimir la Gran Antilla absorbe lo más amplio y señalado de su existencia inquieta y tormentosa. Por sus ideas atrevidas y fustigadoras se le persigue y aprisiona en el alba misma de su juventud, prematuramente en recia lucha contra las instituciones coloniales. Ciertas audacias de pensamiento estampadas en *El Diablo Cojuelo*, publicación que redactaba, y en una especie de tragedia, *Abdalá*, hacen que se fije la atención recelosa de las autoridades en aquel imberbe y audaz jovenzuelo. Un año más tarde publicó en Madrid un opúsculo, *El presidio político en Cuba*, donde relata con vigorosa expresión torpezas y horrores de la Administración colonial. A propósito de su permanencia en Madrid cuenta el notable periodista español Julio Burell, en su vibrante y pintoresco estilo, lo que seguidamente transcribo íntegro, como dato curioso y como expresión sintética de la actuación política de Martí desde el punto de vista de un escritor perteneciente a las filas contrarias: "¡Cuántos años ha!... Conocíle en la ahumada biblioteca del viejo Ateneo. Era un endeble muchacho, callado, obscuro; no discutía con nadie ni de nada; acababa de estudiar la carrera de Derecho en Sevilla y Zaragoza, e indemnizábase de la mala prosa

académica leyendo horas y horas a Santa Teresa, a Rivadeneyra, a Cervantes, a Calderón, a Quevedo...

"—¿Usted es cubano?— le pregunté una noche.

"—Cubano, si, señor.

"Y hablamos de la guerra, en aquellos días terminada por la paz del Zanjón. Enredadas las palabras, fueron saliendo los pensamientos. Su expresión era pausada; sus ojos de mirar tranquilo y profundo. Sin levantar la voz, pero muy brillantes los ojos, díjome con firmeza:

"—Si, soy separatista...

"Y me habló de su alma española, de su nombre español, de sus gustos españoles, de su amor por aquellos libros, que en la destartalada biblioteca infundían en su espíritu el espíritu de España. Pero España está aquí y España no está en Cuba. Allí, yo, que entre ustedes soy un igual, un compañero, un amigo, no seré sino un extranjero; viviré en tutela, sometido, sospechado: con todas las puertas cerradas a mi derecho, si pido justicia; a mi ambición, si legítimamente quiero ser ambicioso... Quien así me hablaba era José Martí, y pasó por el Ateneo sin dejar recuerdo ni huella.

"Muchos años después, yo preguntaba por él a los jóvenes diputados autonomistas de Cuba, a Montoro, a Figueroa, a Giberga... Sonreían con indulgencia. ¡Bah! Marchó de Cuba... No tenía fuerza... Quiso ser diputado... No le hicieron caso... Y allá en Nueva York publica una hoja separatista... Pero el separatismo es una extravagancia... El pobre Martí es hombre muerto...

"Transcurrieron más años... El *pobre* Martí funda clubs insurrectos en todo el territorio de la Unión americana; escribe una Constitución para Cuba; organiza las cajas de la revolución; envía las primeras expediciones a la manigua, y cuando desembarca y muere en *Dos Ríos,* ¡qué de cosas van a ser enterradas con su cadáver!... Aquel muchacho endeble y obscuro que, hablando en voz baja y con la mirada intensa y brillante, exclama en los pasillos del Ateneo: "Soy separatista", representaba para España un ejército de 200,000 hombres destrozados, dos escuadras destruídas, dos mil millones echados a los cuatro vientos, la pérdida de un imperio colonial, el cruento calvario de París; todo lo que hoy nos llega al alma; todo lo que unos y otros, ya lloramos como catástrofe, ya lloramos como vergüenza..."

III

Si por su consagración al ideal de redención política que nimba hermosamente su personalidad histórica, pertenece a Cuba por legítimo derecho, por su producción literaria, original y copiosa, aparece en primera línea como una de las figuras más representativas del movimiento de renovación intelectual en Hispano-América. El hecho de haber pasado la mayor parte de su existencia fuera del suelo nativo, explica y justifica que hasta hace poco sólo se le haya visto en Cuba revestido de los arreos del luchador revolucionario, como el político que persigue titánicamente un empeño de liberación, sin fijarse en que detrás de esos aspectos muy llamativos de su personalidad se erguía robusto y gallardo el escritor de frase centelleante, el intelectual de saber enciclopédico, el orador de palabra de fuego, el poeta de suave y expresiva vibración rítmi-

BNPHC

ca. Aún no se ha estudiado concienzudamente en Cuba cuanto de tendencia innovadora aquilata y reviste de peculiares matices su personalidad atractiva y simpática. Su existencia nómade, trashumante, de eterno peregrino de un ideal grandioso, lo llevó a errar por distintas regiones, de pueblo en pueblo, desde el Norte frío hasta los más apartados puntos de la porción meridional del Continente americano. Por todas partes adonde lo llevaban los hados esparcía a manos llenas efluvios luminosos de su sér espiritual. La compenetración intelectual del excelso tributo con su tierra nativa nunca fué ni puede ser efectiva. Se oponían a ello la distancia, la ausencia, que, naturalmente, achicaba o falseaba ciertos efectos de visión, unido a la circunstancia principalísima de no ser el ambiente de la colonia propicio, ni con mucho, a tales compenetraciones espirituales. En el terruño, sumido en la somnolencia de una vida vegetativa en que no podían levantar la cabeza sin gravísimo riesgo iniciativas de cierto género, era casi materialmente imposible darse ni aun aproximada cuenta de lo que vinculaba en el mundo de las letras hispano-americanas el empeño de renovación que daba entonces sus primeros frutos. En aquella hora doliente de la historia de Cuba no había espacio para cosas que no tuvieran conexiones con puntos de vista exclusivamente de carácter político. Y aun en la misma América sólo una *élite* bien puede afirmarse acogía con placer y se entusiasmaba con el propósito claramente definido de renovación parcial o completa de viejos y gastados moldes de un convencionalismo retórico que ya sólo podía dar de sí flores entecas y prematuramente enmustiecidas. Martí viajaba por América y no daba paz a la pluma ni a la palabra. Un gran diario porteño, *La Nación*, contóle du-

rante años en el número de sus principales y más asiduos colaboradores. Según frase de Rubén Darío, con sólo esos artículos de colaboración había para formar varios tomos. En Venezuela fungió de maestro y redactó periódicos. Su monumental juicio del admirable sabio venezolano Cecilio Acosta data de ese tiempo. En Nueva York fué fecunda su producción literaria. No sigo precisando detalles, ya bastante generalizados, porque no estoy escribiendo una biografía, sino un estudio crítico, de relativa obligada brevedad, acerca de ciertos aspectos de la fisonomía literaria del gran revolucionario cubano.

El modernismo, en la hora actual en vías de extinción, o extinguido del todo, hacía en aquellos momentos su triunfal irrupción en el casi esterilizado campo de las letras hispano-americanas. Entiendo el modernismo en un sentido de conjunto, de amplia flexibilidad, en que se mezclan en proporciones desiguales muchas y muy sutiles derivaciones del movimiento romántico. En el llamado modernismo, como partes convergentes, englobo todos los *ismos* que tanto ruido levantaron en estos últimos tiempos, y que hoy podemos ya considerar como curiosos datos históricos de la evolución literaria. Acaso lo más visible y durable del movimiento modernista, lo que en cierto sentido le imprime carácter, se reduzca a una aleación de elementos de abolengo clásico y de ciertos lirismos y exuberancias de expresión, de procedencia netamente romántica. En toda concepción *nueva*, o aparentemente nueva, se filtran necesariamente formas de vida anteriores, de cierta afinidad, que en la flamante concepción aparecen bajo otros aspectos muy depuradas y quintaesenciadas. Esa aleación se opera siempre por

modos de ver y entender la vida acentuadamente personales. A la imitación pueril de determinados modelos, al incondicional acatamiento a fórmulas y cánones de escuelas, a una retórica que parecía señalar límites infranqueables al libre vuelo de la creación estética, sucedía, tímida y titubeante al principio, de vagos e imprecisos contornos, la aspiración a revisar ciertos valores artísticos y a crear técnicas y procedimientos capaces de utilizarse más fructuosamente en la producción literaria. En lo que toca a la poesía, mejor que de creación de nuevas formas rítmicas fué obra de oportuno y más o menos radical *remozamiento* la que se llevó a cabo entre el aplauso de algunos y la acerba censura de los más. Formas antiguas de metrificación y de rima aparecieron con relumbrantes disfraces de atractiva novedad. La lengua misma, manejada por los iniciadores de la nueva orientación, perdía su tiesura académica, su rigidez, cierta penuria léxica que rechazaba orgullosa, como hidalgo soberbio que no quiere confesar su pobreza, cualquier palabra que apareciese como novedosa. El modernismo ha contribuído a prestar mayor elasticidad, más intensidad, más ambiente pictórico, al castellano anquilosado y sin flexibilidad para interpretar fielmente sutiles y muy complejos aspectos de la existencia moderna.

En su fundamental concepto de revelador artístico de modalidades del pensamiento y la sensibilidad contemporáneas, el modernismo debe mucho a escritores y poetas hispano-americanos, por más que en América se le haya entendido por la inmensa mayoría en el mero sentido de un refinamiento emotivo y léxico que ha dado lugar a engendros literarios pueriles y anodinos, cuando no ridículos o estrafalarios. Para mí Rubén

Darío en el verso, y José Martí en la prosa, son los más conspícuos iniciadores de ese movimiento en América. Fué esa labor revolucionaria en todas sus manifestaciones y no podía ser de otra manera. La renovación, la revisión de valores literarios, tenía que venir y vino a tiempo, en sazón, como todas las cosas del dinamismo social. Los intereses creados, es decir, los representados por profesionales que habían convertido el Arte en una especie de clase o asignatura de carácter exclusivamente docente, pusieron el grito en el cielo, se alzaron intolerantes e iracundos. Nadie ignora en la hora presente la obra de innovación, de remozamiento de formas métricas, de acentuado prestigio secular, realizada por Rubén Darío con el propósito de hacerlas capaces de producir nuevas y hermosas sonoridades y cadencias. Esa innovación, como todo propósito de modificación o de reforma, no se contuvo dentro de un marco de prudentes limitaciones. Se salió de él con frecuencia. De ahí errores y caídas. El tiempo es el solo agente capaz de limitar, de una saludable empresa de depuración. El se encarga siempre de eliminar lo accidental, lo postizo, para que quede en pie lo que reviste valor permanentemente humano. Revolucionario y rebelde toda su vida en lo político,Martí lo es también en lo literario, en su prosa principalmente. Su intenso subjetivismo, su desbordante espontaneidad, el lirismo peculiar de su sensibilidad, su permanente gesto de rebeldía ante cualesquiera convencionalismos coercitivos, hacen de él un refractario de la frase hecha, de clisés muy usados, de giros vulgares, de lo rutinario y vulgarmente monótono. Su estilo, una que otra vez sutilmente obscuro, ambiguo, desaliñado, especie de desgreñado caballero, de poeta romántico, ha dado margen a comparaciones inconsistentes. Su comercio inte-

lectual con los grandes escritores españoles del mejor tiempo es evidente en ciertos giros, locuciones y flexibilidades sintáxicas. Se conoce que ha estudiado con reflexiva atención a Saavedra Fajardo, a Cervantes, a Quevedo, a casi todos. A los místicos también. Al referirse a cierta parte del estilo de Martí, se han sacado a relucir sin ton ni son, barajados caprichosamente, culteranismos, conceptismos, gongorismos... ¡Cuántos *ismos*, dioses inmortales! Meras analogías de rebelión literaria se toman equivocadamente como concluyentes parecidos.

Accidentales descoyuntamientos sintáxicos; vocablos empleados en acepción algo distinta de la propia; simbolizaciones extrañas o desconcertantes; construcciones enrevesadas y otras cosas de parecido jaez, hacen en ocasiones, las menos, algo difícil y penosa su lectura. Pero esto, repito, puede considerarse como excepcional. En su frase generalmente clara y expresiva hay concisión, energía, movimiento apropiado y rítmo armonioso. Cierta obscuridad susceptible de interpretaciones diversas se debe en primer término a lo profundo del concepto o del pensamiento. Aparentemente inexplicables, esas obscuridades de su prosa esconden un alto y transcendente sentido. No hay en él, no obstante tales cosas, genuino gongorismo. En Góngora hay que observar, en primer término, el posible desenvolvimiento "en ansia de perfección", de una acentuada personalidad líricamente estructurada que por cosas de privativa psicología se encamina a la realización artística de lo que se le figura como acabado y perfecto, desviándose para ello de toda clase de caminos muy frecuentados. El gongorismo, es para mí como una muy evidente sutilización del lenguaje, en-

derezada a dar a la expresión rarísimos matices de novedad y acentuado artificio. Es distinto del conceptismo por no ser éste forma enrevesada y obscura que radica en artificios y enmarañamientos del lenguaje, sino interpretación espiritual que se dilata precisamente en un ambiente de peregrinas y quintesenciadas sutilezas metafísicas. En el estilo de Martí, por su espontaneidad y su visible alejamiento de toda *pose*, no existe esa "ansia de perfección" que se ha señalado ya como característica del autor de *El polifemo* y *Las soledades*. Los procedimientos del escritor cubano se inspiran mejor en un "ansia consciente y reflexiva de originalidad" que, aún llevándole a ciertos extremos de rebelión contra principios y procedimientos imperantes, le permite conservar sin menoscabo lo esencial y propio de su pensamiento y de su sensibilidad y le impide caer en la obscura sima de deplorables excesos y extravagancias...

En sus escritos se revela una cultura prodigiosa, casi enciclopédica. Se han publicado varios tomos; se está ya en el décimocuarto, que contienen cuanto habló y escribió el insigne intelectual cubano. Se han restado al olvido muchas producciones esparcidas al azar en multitud de revistas y periódicos. Pertenece la gloria de esta recopilación minuciosa, acaso demasiado minuciosa, a su fiel discípulo político, el malogrado Gonzalo de Quesada. Por varios tomos que conozco puede afirmarse rotundamente que falta espíritu de selección crítica en el orden de los materiales escogidos. Así y todo, quien desee conocer por completo a Martí tiene y tendrá que recurrir a esos volúmenes, que no sé si tendrán muchos y fervorosos lectores. A Martí no le es desconocido nada que se refiera al pro-

ceso de la actividad mental humana desde sus primeros balbuceos en la vía de la adquisición de conocimientos indispensables para lograr un determinado estado de cultura hasta la conquista de las formas actuales de investigación científica, que permiten al espíritu columbrar próximos y más prolíficos desenvolvimientos en lo personal y en lo colectivo. Atisbaba y aprisionaba el detalle, sin que se le obscureciese y falsease la visión del conjunto. Era muy capaz del análisis que fragmenta, que descohesiona, y de la síntesis que resume y totaliza aspectos aparentemente dispares o antagónicos. No era ni pudo ser nunca superficial a manos de esos escritores que creen tienen asido lo íntimo de las cosas cuando sólo tienen meras y engañosas exterioridades de ellas. Su potencia crítica, su mirada espiritual ahondaba, ahondaba en ellas hasta desentrañar su significación real y su más recóndito sentido. Sabiendo que todas las cosas, aún las más aparentemente insignificantes, tienen su carácter intrínseco, su *personalidad*, su alma, él no descansaba hasta el momento en que esa alma, como seducida por atracción magnética, se dejaba aprisionar en su visión íntima luminosa y blandamente. En sus páginas no se siente cierto tono dogmático y campanudo propio de escritores de cierta laya capaces de creer, en su pueril vanidad, que son capaces de adoctrinar y dirigir el mundo a su antojo. Sus ideas surgían casi siempre espontáneas, de improviso, sin aparentes procesos de previa elaboración mental. Las ideas generales, reuniéndose en una concatenación lógica, para dar de sí una más o menos fundamental concepción filosófica, no se advierten en ninguna parte de la obra de Martí. No quita eso que esa obra no contenga multitud de profundos aforismos, de sugestiones mentales deslumbrantes y

rápidas del misterio insondable en que se dilata y exterioriza la vida. Sus conceptos sobre tales cosas son siempre incidentales, fragmentarios. Su idea de la vida, en todos sus aspectos, es esencialmente dinámica. La existencia, y buena prueba es la suya, se resuelve de continuo, para él, en movimiento. Es hombre de pensamiento que no se aquieta y de acción que vibra y se intensifica a cada paso. El dinamismo vital aparece, para él, siempre exteriorizado en miríficos aspectos de libertad, de nobleza, de equidad, de excelsitudes de sano y bienhechor idealismo. No vió o no quiso ver muchas repugnantes fealdades sociales. Con mirada compasiva, no exenta de desorden, contempló las envidias y los egoismos que pretendieron detenerlo y desalentarlo. La mediocridad triunfante sólo le impresionó pasajeramente. Sin desanimarse ante el rencor o el odio de sus enemigos, no se detuvo nunca, aun defendiéndose, a hacer obra de escarnio o de venganza. Siguió su camino, como el dulce Redentor galileo, fija la mirada en lejanos y radiosos horizontes...

¡Cuánta bella página, cuánta página de emoción y de arte aparece con perdurable esmalte en el riquísimo acervo de su copiosa creación literaria! Quién no lee con emoción esa página de hermosísimo colorido consagrada a los *Héroes del Polo,* a los que fueron allá arriba, muy arriba, a buscar lo desconocido y sólo encontraron una muerte gloriosa en lechos inmensos de nívea blancura... De Maceo, el titán cubano, acaso la más alta figura épica de estos tiempos, escribe expresivamente: "De la madre, más que del padre, viene el hijo, y es gran desdicha deber el cuerpo a gente floja o nula, a quien no se puede deber el alma; pero Maceo fué feliz, porque vino de león y de leona. Ya están yén-

dosele la madre, cayéndosele está ya la viejecita gloriosa en el indiferente rincón extranjero, y todavía tiene manos de niña para acariciar a quien le habla de patria"... Con motivo de la muerte de Cecilio Acosta, el sabio y austero venezolano, dice cosas magníficas, que merecerían transcribirse íntegras... Principia así un artículo titulado *El general Gómez:* "A caballo por el camino, con el maizal a un lado y las cañas a otro, apeándose en un recodo para componer con sus manos la cerca, entrándose por un casucho a dar de su pobreza a un infelíz, montando de un salto y arrancando veloz, como quien lleva clavado al alma un par de espuelas, como quien no ve en el mundo vacío más que el combate y la redención, como quien no le conoce a la vida pasajera gusto mayor que el de echar los hombres del envilecimiento a la dignidad, va por la tierra de Santo Domingo, del lado de Montecristi, un jinete pensativo, caído en su bruto como en su silla natural, obedientes los músculos bajo la ropa holgada, el pañuelo al cuello, de corbata campesina, y de sombra del rostro trigueño el fieltro veterano"...

No es verdad que hay resplandecientes condiciones de sencillez y sobriedad en esta descripción de su ya próxima llegada a la casa de la mayor y más fuerte columna de la independencia cubana?... Y en el mismo artículo este otro párrafo, que más de una vez se ha reproducido, y que tiene para nosotros los dominicanos un verdadero y singular encanto: "Iba la noche cayendo del cielo argentino, de aquel cielo de Santo Domingo, que parece más alto que otro alguno, acaso porque los hombres han cumplido bajo él el juramento de ser gusanos o libres, cuando un cubano caminante, sin más compañía que su corazón y el mozo

que le contaba amores y guerras, descalzaba el portillo del cercado de trenza de una finca hermosa, y con el caballo del cabestro, como quien no tiene derecho a andar montado en tierra mayor, se entró lentamente, con nueva dignidad en el épico goce, por la vereda que seguía hasta la vivienda obscura: da el misterio del campo y de la noche toda su luz y fuerza natural a las grandezas que achica o desluce, en el dentelleo de la vida populosa, la complicidad o tentación del hombre"... Del inmaculado Estrada Palma, del maestro, dice lo siguiente: "Aquel hombre, a quien aman tiernamente los alumnos que le ven de cerca la virtud; aquel compañero que en la conversación de todos los instantes moldea y acendra y fortalece para la verdad de la vida el espíritu de sus educandos; aquel vigía que a toda hora sabe dónde está y lo que hace cada alumno suyo, y les mata los vicios, con la mano suave o enérgica que sea menester, en las mismas raíces; aquel maestro que de todos los detalles de la vida saca ocasión para ir extirpando los defectos de la soberbia y desorden que suelen afear la niñez de nuestros pueblos, y creando el amor al trabajo y el placer constante de él en los gustos moderados de la vida; aquel educador que sólo tiene la memoria como abanico del entendimiento, y no pone aquélla, como tanto pasante, en vez del entendimiento, sino que enseña en conjunto, relacionando unas cosas con otras y sacando de cada voz todos los orígenes, empleos y derivaciones, y de cada tema su lección humana"... Para qué seguir copiando? Los escritos de Martí son como minas inagotables de metales preciosos. En cualquiera de ellos se ofrece margen para el aforismo o la observación elocuente y precisa. Es, por encima de todo, escritor en que se siente de continuo el relanpagueo

de las ideas. Su coruscante frase alberga siempre un pensamiento de cierta médula o una idea de prolífica transcendencia. Siempre tiene algo que decir. Otros suplen con la palabrería su impotencia mental para seguir hasta el fín el hilo de una idea; él coge, como quien dice, esa idea y nos la hace ver en toda su amplitud y con todas sus peculiares facetas. Es de la prosapia de los grandes escritores. Miguel Eduardo Pardo "califica la prosa de Martí como de una *regeneración*"; Rubén Darío la pone en todos momentos por las nubes; Bartolomé Mitre lo llama "escritor original y pensador americano"... ¡Cuántos, cuántos otros no lo han merecidamente ensalzado en todos los tonos! Vicuña Makenna, el gran escritor chileno, dice, hablando de él: "¡Estoy asombrado de Martí! ¡Qué modo de concebir y de expresar sus ideas! Maneja la pluma como Gustavo Doré jugaba con su lápiz"...

IV

¡Orador! Lo es en toda la plenitud del concepto. Su oratoria es cálida, conmovedora, cargada de ideas, poblada de imágenes, bien distinta de esa otra de corte académico, amanerada y fría, en que, previo un trabajo de penosa elaboración mental, refractario a sugestiones de la imaginación o de la fantasía, se ordenan y disciplinan los argumentos y se les coloca sucesivamente en posiciones adecuadas, como batallones en marcha. Es casi materialmente imposible precisar y juzgar las excelencias de un orador de desbordante palabra, solamente por la lectura de sus discursos. El juicio resultará necesariamente incompleto. En el hombre de palabra fácil, de avasalladora elocuencia, se combinan, se compenetran con la excelsitud del pensamiento y la vibración emotiva, el ademán peculiar, el

gesto flexible, presto y vivo, que en cierto sentido tangibiliza la idea, subraya con mayor o menor colorido los pasajes más salientes e intencionados. Ambos aspectos, el íntimo, el puramente mental, y lo que podemos calificar de externo, es decir, el timbre de voz la pronunciación adecuada, el tono, el movimiento de la fisonomía, el de los brazos, necesitan confundirse para dar a un orador personalidad propia e inconfundible. Todo eso así amalgamado, tiene que surgir ante nuestros ojos para apreciar al que habla en su justa medida. Este es, en cierto sentido, un acto que interpreta ante el público cosas íntimas de su propia existencia. Pero sin necesidad de haberlo visto pronunciando un discurso es posible aquilatar con relativa certeza su personalidad de orador. Su sensibilidad exquisita, su hervor emotivo, su agilidad mental, su efusión comunicativa, se transparentan de continuo en sus discursos, en que la frase intencionada, el rasgo de fulmínea elocuencia, el dato de comprobación histórica, vienen siempre con oportunidad a robustecer lo que brillantemente sostiene. Es siempre su alma que habla, que se pone en íntimo contacto con su auditorio, asombrado y conmovido. Aunque aparentemente se relegue la idea a segundo término, o se haga menos visible, el orador, para conquistar el aplauso, para conseguir la adhesión de sus oyentes a lo que se propone, tiene que tomar la vía directa del sentimiento. Conmover, conmover, he ahí el secreto. Y no se conmueve con abstracciones, con sutilezas mentales, con juegos ideológicos, sino con el acento apasionado y vibrante que brota de lo más recóndito de nuestra facultad sensitiva. Las ideas han transformado y seguirán transformando el mundo; pero no han llegado nunca ni llegarán jamás al corazón de los hombres sino impregnadas del

calor de vivificantes sentimientos. Martí sabe siempre colorear de vida sentimental sus más abstractos pensamientos. Sus períodos oratorios se suceden gallardos, rítmicos, saturados de emotividad, sin nada de flojedades ni caidas. Las palabras brotan de sus labios y se esparcen por el ambiente caldeado de entusiasmo, como si fueran enjambres de mariposas que llevasen en sus alitos polícromas efluvios de su alma noble y generosa....

Le son suficientes el arranque inicial, las primeras palabras, para predisponer favorablemente al auditorio. "Yo no soy un hombre que habla, yo soy un pueblo que se queja", dijo en no recuerdo qué acto, al principiar un discurso, y eso fué bastante para llegar hasta el alma de sus oyentes. Los períodos fulgurantes se suceden sin interrupción hasta dejar al público que le escucha, avasallado y rendido a sus pies... Cuando dice, comenzando su magnífica oración en homenaje a Bolívar: "Con la frente contrita de los americanos que no han podido entrar en América", esa sola frase identifica en un sentimiento a los que en el exilio viven soñando con la posesión de una patria en que morar como dueños, libres de toda humillante dominación extranjera... Es hermoso, muy hermoso, su vibrante apóstrofe a la Muerte en el bello discurso a la memoria del poeta Alfredo Torroella.... En la celebración del 10 de Octubre, aniversario de la insurrección de Jara, exclamó expresivamente: "Cuando no se puede hablar con rayos de sol, con los transportes del entusiasmo, con el júbilo santo de los ejércitos de la libertad, el único lenguaje digno es el silencio... Los misterios más puros del alma se cumplieron en aquella mañana de La Domajagua, cuando los ricos,

desembarazándose de su fortuna, salieron a pelear sin odio a nadie, por el decoro, que vale más que ella; cuando los dueños de hombres, al ir naciendo el día, dijeron a sus esclavos: "¡Ya sois libres!"

"No sentís, como estoy yo sintiendo, el frío de aquella sublime madrugada?... ¡Para ellos, para todos ellos esos vítores que os arranca este recuerdo glorioso!"'.... De Heredia, el excelso cantor del Niágara, dice: "¿Qué tiene su poesía, que sólo cuando piensa en Cuba da sus sones reales y cuando ensaya otro tema que el de su dolor, o el del mar que lo lleva a sus orillas, o el del huracán con cuyo ímpetu quiere arremeter contra los tiranos, le sale como poesía de juez, difícil y perezosa, con florones caídos y doseles a medio color, y no, como cuando piensa en Cuba, coronada de rayos?... ¡Pídele!, ¡oh Niágara!, al que da y quita, que sean libres y justos todos los pueblos de la tierra; que no emplee pueblo alguno el poder obtenido por la libertad en arrebatarla a los que se han mostrado dignos de ella; que si un pueblo osa poner la mano sobre otro, no lo ayuden al robo, sin que te salgas, ¡oh Niágara!, de los bordes, los hermanos del pueblo desamparado!" Su fantasía se desborda a menudo en un lirismo evocador y fulgurante. En otro discurso su visión del pasado se enciende y magnifica: "Libres se declaran los pueblos todos de América a la vez. Surge Bolívar, con su cohorte de astros. Los volcanes, sacudiendo los flancos con estruendo, lo aclaman y publican. ¡A caballo, la América entera!, y resuenan en la noche, con todas las estrellas encendidas, por llanos y por montes, los cascos redentores. Hablándoles a sus indios va el clérigo de Méjico. Con la lanza en la boca pasan la corriente desnuda los indios vene-

zolanos. Los rotos de Chile marchan juntos, brazo en brazo, con los indios del Perú. Con el gorro frigio del liberto van los negros detrás del estandarte azul. De poncho y bota de potro, ondeando las bolas, van, a escape de triunfo, los escuadrones de gauchos. Cabalgan, suelto el cabello, los pehuenches resucitados, volcando sobre la cabeza la chuza emplumada, y al alba, cuando la luz virgen se derrama por los despeñaderos, se ve a San Martín, allá sobre la nieve, cresta del monte y corona de la revolución, que va, envuelto en su capa de batalla, cruzando los Andes"...

V

¡Poeta! Lo es indudablemente, pero de relativo mérito y significación en el sentido de lo que generalmente se ve, o cree ver, en esta palabra, esto es, un intérprete inspirado de visiones introspectivas y externas, en hermoso y artístico lenguaje rítmico. Hay más vibrante sentimiento poético, más reverberación lírica en algunas de sus producciones en prosa, en su prosa plena de color y de imágenes, que en muchos de sus versos. En éstos vislúmbranse desmayos en la entonación, en la energía creadora, y un si es no es de prosaísmo. En Martí hay, ¡quién lo duda!, emoción, lirismo sentimental, potencia imaginífera, personal musicalidad, cosas determinantes de una robusta personalidad poética; pero en lo tocante a la exteriorización, su expresión rítmica está muy pocas veces a la altura de esas relevantes cualidades íntimas. El sentido de limitación técnica que entrañan la metrificación y la rima exige impresiones, e ineludiblemente la acumulación del sentimiento o de lo que da margen a la creación poética en un estrecho espacio de fronteras infranqueables. No todos pueden adecuarse a

moldes tan restrictos. Ese poder de acumulación intensa y honda de algo muy peculiar e íntimo es lo que da las verdaderas proporciones de un poeta de acentuada vibración rítmica. Lo que en su más amplia comprensión caracteriza la poesía lírica es su ingente e inmediato poder de efusiva comunicación con almas dispuestas a sentir idénticamente a la que produjo en ellas tales estremecimientos de admiración o de entusiasmo. En la obra poética de Martí hay muchos versos suaves, armoniosos, impregnados de acariciante y melancólica nostalgia. Los hay también de valor muy mediocre. Versificaba con cierta facilidad. Escribía a Gonzalo de Quesada: "De versos podría hacer otro volumen, *Ismaelillo, Versos sencillos,* y lo más cuidado y significativo de unos *Versos libres*.... no me los mezcle a otras formas borrosas o menos características"....

En materia de versos tiene propia y personal estética. Dice al mismo Gonzálo de Quesada refiriéndose a *Versos libres:* "A los veinticinco años de mi vida escribí estos versos; hoy tengo cuarenta; se ha de escribir viviendo, con la expresión sincera del pensamiento libre, para revonar la forma poética". En el prólogo de *Versos libres* se expresa así: "La poesía tiene su honradez, y yo he querido siempre ser honrado. Así como cada hombre trae su fisonomía, cada inspiración trae su lenguaje. Amo las sonoridades difíciles, el verso escultórico, vibrante como la porcelana, volador como un ave, ardiente y arrollador como una lengua de lava. El verso ha de ser como una espada reluciente, que deja a los espectadores la memoria de un guerrero que va camino al cielo y al envainarla en el sol se rompe en alas. Ninguno me ha salido reca-

lentado, artificioso, sino como las lágrimas salen de los ojos y la sangre sale a borbotones de la herida. No zurcí de este o aquel, sino sajé en mí mismo. Van escritos no en tinta de academia, sino en mi propia sangre"... De *Versos sencillos* copio esta bella y sencilla poesía:

Yo visitaré anhelante
los rincones donde a solas
estuvimos yo y mi amante
retozando con las olas.

Solos los dos estuvimos,
solos, con la compañía
de dos pájaros que vimos
meterse en la gruta umbría.

Y ella, clavando los ojos
en la pareja ligera,
deshizo los lirios rojos
que le dió la jardinera.

La madreselva olorosa
cogió con sus manos ella,
y una madama graciosa
y un jazmín como una estrella.

Yo quise, diestro y galán,
abrirle su quitasol,
y ella me dijo: "¡Qué afán!
¡Si hoy me gusta ver el sol!

"Nunca más altos he visto
estos nobles robledales;
aquí debe estar el Cristo,
porque están las catedrales:

Yo sé dónde ha de venir
mi niña a la Comunión;
de blanco la he de vestir,
con un gran sombrero alón.

Después, del calor al peso,
entramos por el camino,
y nos dábamos un beso
en cuanto sonaba un trino.

Volveré, cual quien no existe,
al lago mudo y helado:
clavaré la quilla triste,
posaré el remo callado!

VI

Martí no se aviene el enclaustramiento del terruño nativo, de la patria chica, como concreción completa de sus anhelos y de sus ansias de patriota, sino que extiende su mirada espiritual, para en una perspectiva de conjunto abarcar la inmensa extensión del Continente donde moran diseminados millones de seres humanos que hablan la misma sonora lengua y tienen la misma resonante y dramática historia. Ya no es posible la confederación política soñada, por oponerse a ello dificultades de momento insuperables, o poco menos; no es posible negar que existe, con precisos lineamientos, una confederación espiritual que tiende cada vez más a unificar sus esfuerzos, para identificarse en los más llamativos y fecundos aspectos de su existencia colectiva. Sobre más o menos arbitrarias demarcaciones fronterizas, sobre los linderos establecidos por la suspicacia, o por egoísmos malsanos, pone siempre Martí una idea de bien caracterizado hispano-americanismo, en que se vincula el pro-

pósito de conservar intangible cuanto alienta y vive en nosotros de miríficas excelsitudes de la gloriosa civilización latina. De las Antillas, centro principal de sus aspiraciones patrióticas, nada se diga. El las vió siempre inseparablemente unidas en su pensamiento y en su corazón. "Juntas han de sostenerse, o juntas han de desaparecer," dijo, elocuentemente, una vez... Encerrarse en un ancho o chico espacio limitado por fronteras caprichosamente señaladas, sin procurar alargar las manos por encima de ellas para estrechar otras de afinidad muy visible, pensando que nada vale la comunidad de ideas indispensables para consecución de altas finalidades humanas, es cosa propia de la más crasa ignorancia o de colectividades que sitúan por encima de esos grandes idealismos de la vida, mezquinos o pasajeros intereses regionales. En el espíritu superiormente estructurado de Martí, nunca abrieron hondo surco pesimismos casi siempre fundamentales en una visión muy incompleta y deficiente de las cosas. En él no faltó nunca la impulsión anímica necesaria para dilataciones prolíficas de su pensamiento y su sensibilidad. En Méjico, en Caracas, en Buenos Aires, en todas partes donde centelleó su pluma y resonó su palabra, esparció a manos llenas efluvios de su devoción a la patria grande, a la patria que se extiende, inmensa, pletórica de prodigios, desde el Río Grande hasta las remotas extremidades patagónicas. Sus permanentes propósitos de redención antillana son como el último eslabón de la cadena de esfuerzos de supremo heroísmo, realizados desde los agitadores comienzos de la pasada centuria para alcanzar la libertad política de América. En algunas de sus producciones se refleja su creencia en la posibilidad de la adquisición de una cultura americana lo más autóno-

ma posible, integrada por resaltantes modalidades de la vida intelectual de estas repúblicas. Su concepto de esas cosas es siempre amplio, sereno, sin exclusivismos regionales, como de quien contempla el conjunto desde alturas donde no es posible ver los raquíticos arbustos de la lejana llanura. Sin ofuscarse con los detalles, busca de continuo una visión integral. Si compadece con palabras de aliento a los pueblos de América que vegetan tristemente a la sombra de ominosas y sombrías dictaduras, su confianza no se aminora en la irreducible creencia de que tales cosas, productos de accidentales circunstancias, son necesariamente de carácter pasajero, que han de desaparecer precisamente mediante el desenvolvimiento de elementos culturales que conforme al dinamismo social aparecerán con decisiva eficacia en el instante oportuno.

Martí se dió perfectamente cuenta que en ese magno empeño de formación de un ideal continental que correspondiese en un todo a finalidades de cierto orden de ideas renovadoras, los hombres de letras, los intelectuales, eran, y no podían ser otra cosa, que una especie de vanguardia lírica que se abría paso al través de las densas sombras de convencionalismos arcaicos y torpes preocupaciones, iluminando la vía tortuosa con las fulguraciones de la prosa y del ritmo. Tropezó más de una vez en su carrera con el escollo de menguados utilitarismos de gente que alardeaba de práctica, para no saber a ciencia fija que las sociedades, hoy más que nunca, no viven de lirismos. Los intereses materiales de la hora, sórdidos y potentes, absorben, o parecen absorberlo, todo. Por más que el ejemplo de Martí parezca, en parte, desmentirlo, es lo cierto que hoy no puede concebirse un Pedro el Er-

mitaño que, con su palabra encendida, con su verbo fulgurante, sugestione y mueva las almas, conduciéndolas a la conquista de un ideal de desinterés supremo, de un nuevo sepulcro de Jesús. Es cosa innegable que los Jasones modernos no corren ya en persecución del mítico vellocino de oro, sino de cosas cotizables que puedan fácilmente reducirse a valores contantes y sonantes. La gloria militar no se exterioriza en ningún laurel alcanzado combatiendo por un alto ideal, sino enseñoreándose brutalmente de nuevos centros de producción y consumo. Los ejércitos son, bien miradas las cosas, los agentes, los factores principales en la definitiva decisión de pugilatos de competencia mercantil. De tonto pecaría quien, impresionado por tales aspectos de la vida moderna, se pusiese a lamentarlos fungiendo como un flamante Jeremías. Siempre es signo de virilidad aceptar de lleno las cosas, sin lloriqueos ni lamentaciones ociosas. A nada serio y provechoso nos llevaría insurreccionarnos contra ellas. El masazo formidable de la realidad nos aplastaría inexorablemente....

Como ya se ha dicho, y conviene repetirlo en todos los tonos, la fórmula de una unión estrecha y durable de la colectividad hispano-americana se compendia en estas palabras: "Conozcámonos y complementémonos los unos a los otros". La amenaza del yanqui, audaz y groseramente agresiva, gravita sobre nosotros. Ha creado para su particular y provechoso uso una doctrina de humanitarismo y curatela de pueblos que es vistoso disfraz con que encubre voraces apetitos... *Words, words, words*, que dijo el gran trágico inglés... Palabras... Pero eso no implica un sentimiento de abierta hostilidad contra la gran democracia norte-

americana. Lo esencial es quitarle todo pretexto de agresión, por la irreprochabilidad de nuestra conducta. Martí, como todo observador consciente de inequívoca imparcialidad, no escatimaba su admiración a lo mucho que hay digno de ello en la gran república, sin por eso desconocer lo que tiene de deficiente y aun de nocivo. El edificante y prolífico consorcio que allí se advierte de la mayor suma de libertades individuales posibles con un orden jurídico de completa estabilidad será siempre motivo de sincero encomio por parte de cuantos ven fincado en tal armonía el más efectivo desarrollo de cultura a que puede aspirar una agrupación social. En la democracia del Norte encontraba el gran tribuno cubano formas institucionales merecedoras de imitación; pero creía que las separa y separará de nosotros su olímpico orgullo étnico, que mira en estos países gentes de razas inferiores, y además su espíritu de grosero mercantilismo, que riñe abiertamente con muchas modalidades espirituales de la civilización latina.Martí vislumbra en ocasiones el porvenir con la clarividencia de un estadísta acostumbrado a ver lo que se esconde a la generalidad en las evoluciones del organismo social. Se expresa respecto de los Estados Unidos, donde los cubanos exilados encontraban apoyo y simpatías, de manera plausible y discreta, y que aún debe servirnos de norma de conducta: "No hay más modo seguro y digno de obtener la amistad del pueblo norteamericano, que sobresalir ante sus ojos en sus propias capacidades y virtudes. Los hombres que tienen fe en sí, desdeñan a los que no tienen fe; y el desdén de un pueblo poderoso es mal vecino para un pueblo menor. A fuerza de igualdad en el mérito hay que hacer desaparecer la desigualdad en el tamaño. Adular el fuerte y empequeñecérsele es

el modo certero de merecer la punta de su pie más que la palma de su mano. La amistad indispensable de Cuba y los Estados Unidos requiere la demostración continua por los cubanos de su capacidad de crear, de organizar, de combinarse, de entender la libertad y defenderla, de entrar en la lengua y hábitos del Norte con más facilidad y rapidez que los del Norte en las civilizaciones ajenas. Los cubanos viriles y constructores son los únicos que verdaderamente sirven a la amistad durable y deseable de los Estados Unidos y de Cuba".

El anexionismo a que parecía y aún parece ladearse cierta porción de la clase conservadora de Cuba, más atenta a la seguridad de sus bienes materiales que a la posesión de una independencia que juzga vacilante y precaria, encuentra a toda hora en Martí un adversario formidable e irreducible. Su larga permanencia en los Estados Unidos, su diario contacto con el pueblo americano, su conocimiento profundo de lo característico de la psicología de ese pueblo, dan a su hostilidad acentuada a todo propósito anexionista la consistencia de un empeño que reposa de continuo en una argumentación robusta y casi del todo irrefutable. El quiere para su país una personalidad política autónoma, capaz de responder en un todo a exigencias ineludibles de la vida moderna. Relaciones íntimas de amistad con todos los pueblos, pero sin el más mínimo desgaste de cuanto integra la soberanía nacional. Con no sé qué matíz de melancolía se lee la carta de Martí, la última escrita por él, dirigida a Manuel Mercado, horas antes de caer gloriosamente en *Dos Ríos,* envuelto en la púrpura de su sangre generosa. "Yo estoy en peligro todos los días de dar mi vida por mi país, por mi

deber —puesto que le entiendo y tengo ánimos con que realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos, y caigan con esa fuerza más sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy y haré es para eso. Las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos —como ese de usted y mío— más vitalmente interesadas en impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas de allá, y los españoles, el camino, que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América al Norte brutal y revuelto que los desprecia, les habrían impedido la adhesión ostensible y ayuda potente a este sacrificio que se hace en bien inmediato de ellos. Ahora mismo, pocos días hace, al pie de la victoria con que los cubanos saludaron nuestra salida libre de las sierras en que anduvimos los seis hombres de la expedición catorce días, el corresponsal del *Herald*, que me sacó de la hamaca en un rancho, me habla de la actividad anexionista, menos temible por la poca realidad de los aspirantes, de la especie curial, que por disfraz cómodo de su complacencia o sumisión a España le pide sin fe la autonomía de Cuba, contenta sólo de que haya un amo, yanqui o español, que les mantega o les cree, en premio de su oficio de celestinos, la posición de prohombres, desdeñosos de la masa pujante —la masa mestiza, hábil y conmovedora del país—, la masa inteligente y creadora de blancos y de negros"...

En Martí culminan una suprema bondad y la tolerancia amplia y generosa de los espíritus de superior mentalidad que contemplan la vida desde una cúspide eminente, muy por encima del tumulto de poqueñeces

y de miserias que produce contiuamente la colmena humana. La roja flor del odio no esparce su perfume envenenado en su alma serena y castamente luminosa. Y eso, ni aún en los momentos más encrespados de su carrera revolucionaria. Ese atributo de magnanimidad ecuánime, de generosidad a prueba de vicisitudes, no se compadece con cierto radicalismo a ultranza propia de quienes, por su virtualidad transformadora, necesitan abrirse paso, hacha en mano, sin ciertos escrúpulos de un alto eticismo, cueste lo que costare, al través de las filas compactas de adversarios resueltamente dispuestos a cerrarles el camino, y a ejercer sangrientas represalias. En ciertas crisis de la Historia el odio tiene potente influjo, es factor de impulsión extremadamente necesario. Las guerras de independencia de América, incluso las de Cuba, no fueron en el fondo sino verdaderas guerras civiles. Y a medida que en ellas, en sus etapas sangrientas, se sucedían los hechos de barbarie y salvajismo, crecía, crecía, arroyuelo purpúreo primero, raudal caudaloso después, una corriente hirviente y arrolladora de odio, que mantenía los ánimos en perenne tensión y los llevaba a extremos deplorables, aunque dolorosamente indispensables. Tal estado de alma, en que la excitación de la lucha se había convertido en hábito, puede decirse, explica bien muchos actos de crueldad en que incurrieron ambos contendientes en las guerras de emancipación americana. Se trataba de tirar una línea divisoria que definiese radicalmente las tendencias respectivas, excluyendo toda clase de desmayos posibles y convirtiendo en inmutable el propósito que ardientemente se perseguía: la independencia en el bando criollo, y en el otro la sumisión completa de éste a los dominadores peninsulares. Sólo así se alcan-

BNPE

za a explicar el decreto de guerra a muerte de Trujillo, que tanto y tan superficialmente se ha censurado a Bolívar, enristrándole el calificativo de cruel, cuando no lo fué nunca fría y deliberadamente. Pasada la excitación, y bien deslindados los campos, el célebre decreto cayó en desuso. Serenados los ánimos, corren vientos diferentes. Esos odios circunstanciales han desaparecido por completo, y sólo sirven hoy como datos históricos para estudiar un período de merecida y transcendente resonancia. Entre España y las repúblicas hispano-americanas los vínculos de solidaridad son cada vez más estrechos. Martí quiso la unión entre españoles y cubanos, como indispensable fuerza de cohesión para la república de sus sueños. Acaso continúe siendo hoy mismo para Cuba lo más conveniente y oportuno una unión íntima y cordial de elementos de indestructible afinidad, como son españoles y cubanos...

La vida de Martí, en todos sus aspectos, representa y representará perpetuamente un modelo incomparable de austera probidad y de serena y cívica grandeza. Para todo hispano-americano es deber sacratísimo rendir tributo de amor y de reconocimiento a su personalidad egregia. Y de imitarle también en lo que esto pueda sernos posible; en el viril cumplimiento de un deber cuando la ocasión así lo requiera, como lo cumplió él sin reparar en los obstáculos y con el desinterés sublime de desprenderse de amores y de goces para alcanzar la cumbre iluminada del más noble y fructuoso sacrificio. "La memoria de los héroes, si no sirve de lección objetiva para la posteridad, no sirve para nada", ha escrito Carlyle. En Martí parece haber dos naturalezas: la del apóstol que ve continuamente

ante sí la columna de fuego de un ingente idealismo de hondas excelsitudes, y la del hombre de acción que concibe los medios prácticos necesarios para cristalizar su ensueño, y sabe aplicarlos en el instante señalado por las circunstancias. Para ambas cosas estaba admirablemente dotado. Acaso un sentimiento de exquisita delicadeza personal lo llevó en frágil barquichuelo a las playas nativas para tomar parte en la pugna fragorosa, cuando por su carencia de dotes militares era más provechosa su presencia en el extranjero. No quiso que se dijera, como se dijo, que él se quedaba tranquilo y seguro, mientras lanzaba los otros a la muerte. Y tras el peligro, del inminente peligro que se cernía sobre la mar embravecida en la noche tormentosa, sobre las sierras por las que vaga fatigado y ansioso, buscando el camino que le permita reunirse con los suyos, se va desolado sin escuchar ni un solo instante las exhortaciones de amigos que pretenden disuadirle del temerario propósito. Y en la tierra intensamente amada, en el suelo patrio que viene a redimir para incorporarlo a la América libre, cae prematuramente como herido por el rayo, paladín inmortal del derecho, sin haber tenido tiempo de gustar en él, siquiera brevemente, el fruto anhelado de su peregrinar incesante... El gran cubano es una figura que en muchos sentidos simboliza elocuente y bellamente el conjunto de aspiraciones enderezadas a la conquista de un ideal de hermoso y soberano americanismo, que lo mismo en lo político, que en lo económico, que en lo industrial, que en lo literario, que en toda manifestación de actividad mental, revele una existencia autónoma capaz de asimilar y convertir en propia substancia los más abstrusos y fulgurantes aspectos de la civilización moderna. En Martí ese americanismo fué

canción, fué amor, fué discurso, fué lección patriótica, fué artículo periodístico, fué heroismo, fué cuanto puede dar de sí un hombre tan vigorosamente estructurado para las más grandiosas y meritorias luchas del desenvolvimiento humano. Y por ese ideal magnificente, de insuperable grandiosidad, nuevo redentor galileo, cayó para siempre en las sombras de lo desconocido, palpitante de amor y de fe, con una plegaria de encendido patriotismo aún en los labios convulsos, y nimbada la frente soñadora con un resplandor de gloriosa inmortalidad.

Del libro "Americanismo Literario".

BNPHU

JOSE ENRIQUE RODO

I

Hallábame, bajo el palio luminoso de una serena tarde primaveral, recorriendo distraídamente las páginas de un diario cuando de improviso llamó poderosamente mi atención, escrito con letras grandes, este anonador epígrafe: *"MUERTE DE RODO"*. Me detuve, no quise leer más, hondamente conmovido. Repuesto algo de la primera fulminante emoción continué la impresionante lectura. ¡Qué dolor, qué gran dolor! Pero era posible! Por más que estemos acostumbrados a estos inesperados golpes de la Muerte sombría i traicionera, hai momentos en que nos hieren tan súbitamente que siempre, siempre ponemos en duda su realidad inflexible y torturadora. Así en este triste caso. La muerte de Rodó, en toda su fuerza, en edad todavía temprana, en plena i desbordante actividad mental, se me figuraba, aún se me figura imposible. Su definitiva desaparición ha abierto hondos surcos de dolor en mi alma llena de lacinantes congojas en estas tristes horas de opresión universal....

He releído con no sé qué acentuada impresión de indefinible melancolía las cartas en que siempre tuvo para mí frases de aliento i de encendido cariño. En ellas vibra intensamente su espíritu, su alto y generoso espíritu. En Rodó se realiza la magnífica unidad de una vida en que nada desentona ni rompe el ritmo armonioso de una aspiración constante i fúlgida de po-

sitiva i trascendente influencia social. Su existencia se dilata en un ambiente pleno de intensas i bienhechoras luminosidades. En él la acción cotidiana no se reveló jamás en discordancia con los dictados de su conciencia austera impregnada de viril i sano estoicismo. En el correr de sus días no se vislumbran mezquindades ni claudicaciones. En ellos no se advierte una sombra, no se distingue ni una mácula. Procuró conciliar en una síntesis de carácter personal, mui personal, antítesis mui visibles de cosas de predominante valor en la existencia individual i en el permanente dinamismo social. No afeó la vida, ya tan triste de suyo en ciertos de sus aspectos, con cargos intempestivos productos de concepciones erróneas o de disquisiciones mentales en extremo superficiales. La vió siempre como debe verla el verdadero sabio: como una vinculación de sentimiento, de razón i de deber capaz de imprimir a nuestra actuación personal rumbos de verdadera i permanente grandeza ética, tal acaso como pareció estructurarla Marco Aurelio, el gran emperador filósofo.....

II

Lo más característico i esencial de la personalidad de Rodó es a mi juicio su sano i prolífico optimismo. Un ideal óptimo de raíz netamente idealista fluye continuamente de sus libros. El sabe positivamente que nada puede edificarse en la vida con la solidez para ello necesaria sin un sentido netamente afirmativo de ciertas cosas de vitalidad permanente i bienhechora. El pesimismo tiende incesantemente a socavar i a destruir los gérmenes de cierto idealismo sin los cuales no hai ni puede haber florecimientos de redentora eficacia colectiva. Pero dentro de ese concepto noble-

mente afirmativo de ciertas cosas de la vida, el pensador uruguayo no extrema, ni lo pretende nunca, el análisis, convencido de que éste tiene un límite en que nuestra proyección mental tiende irresistiblemente a atomizarse dejándonos sólo una sensación de espantable vacío. Tenemos que contentarnos forzosamente con los aspectos más o menos sugerentes de esas cosas de probada virtualidad humana sin intentar alcanzar por deficiencias de estructura mental lo que se esconde o puede esconderse en el fondo vertiginoso de ellas. Después de todo, tal imposible investigación última no es felizmente imprescindible. Aceptemos esas cosas tal como pragmáticamente operan con determinado ritmo ya que no puede negarse su singular eficacia dentro del desenvolvimiento humano.

Todo el optimismo de Rodó, bien vista su obra, se condensa en fórmulas de acción para la vida, en indicaciones de salvador eticismo. Eticismo fecundado por una continua proyección de claros i mirífícos anhelos de perfección de relativo valor humano. Bien velado por su sentido en cierto modo pagano de la belleza, Rodó resulta un moralista de cepa mui moderno, un doctrinario del bien sin garrulerías de resaltante efemeridad, exento de *pose*, libre por entero de gestos desabridos de maestro huraño, gruñón, de dómine de palmeta que pretende imponer su criterio en forma más o menos coercitiva. Merced a una vinculación espiritual insuperablemente ecuánime, en el autor de *ARIEL* se compenetran de modo intimamente personal el sentido claro i definido de lo exterior, de la realidad circunstante, i una visión de médula bellamente idealista que reviste de hermoso i singular colorido las exterioridades de las cosas sin llegar jamás

a desfigurarlas o falsearlas. Su personalidad espiritual, siempre serena y rebosante de luminosidad, parece sufrir escasamente el necesario desgaste producido por nuestro contacto diario con nauseabundas e inevitables proyecciones del tráfago de la existencia colectiva.

I es caso digno de observación que no obstante conservar sin menoscabo o deterioro visibles lo que caracteriza singularmente su psicología, lo que integra e intensifica su yo, existe en él, siempre en proceso de actuación, la rara i emocionante facultad de adaptarse a estados de alma diferentes i complejos, a menudo antagónicos a su manera íntima de ver las cosas del diario desenvolvimiento humano, juzgándolas de continuo con un criterio de efusiva simpatía, de tolerancia amplia, de atractiva benevolencia, sin lesionar por eso los fueros de lo que ante su opinión aparece revestido de los caracteres de lo que considera como bello, verdadero i justo. En él se nota de continuo una inteligencia llameante, plena de inquietudes, de estremecimientos, noblemente atisbadora de cuanto contribuye a impregnar la existencia de efluvios de nobleza psíquica i de finalidades altruistas. Observa perspícuamente la realidad llamativa del *devenir* humano, i nos devuelve sus sensaciones, sus impresiones, sus emociones, cuanto con mayor o menos fuerza hiere su sensibilidad, su ser estético, convertidas en ideas de positivo jugo mental, en proyecciones intelectuales de indiscutible importancia en las evoluciones del organismo colectivo.

No puedo menos de repetir aquí lo que acerca de la obra de Rodó expuse en reciente estudio. Hice constar entonces que el más alto empeño de saneamiento espiritual, de vigorización mental, de direcciones sal-

vadoras, que se ha llevado a cabo en nuestra América corresponde por todos conceptos al insigne escritor uruguayo. La figura de Rodó se erguía, se irgue aún, ¡qué importa su muerte! como en un permanente gesto de serena i prolífica *cura* de almas. Proclamó i exultó ideales sanos, vigorosos i fuertes, tales como a grito herido lo piden en estas horas angustiosas muchas de estas extraviadas e incoherentes sociedades hispanoamericanas. I cumplió esa especie de evangelización, de apostolado, sin descender nunca a extremos viciosos, sencilla i expresivamente, en visión serena i permanente de verdad i de belleza, desligado por completo de utilitarismos menguados, de banderías efímeras, de sectas o de mal llamadas escuelas, puesta la mirada de su espíritu de rara selección en cosas de alto relieve intelectual o de permanente valor humano.

III

No puede considerarse a Rodó como un filósofo, entendida esta palabra como aplicada a una inteligencia enderezada a esclarecer racional i sistemáticamente el pavoroso problema del origen i la finalidad de las cosas. No discurrió jamás por los vericuetos de una dialéctica plena de sutiles disquisiciones acerca de cosas que parecen ser inaccesibles a los esfuerzos seculares del pensamiento humano. Por su manera peculiar, *protéica*, de seguir la marcha ondulante de la vida, en perpetuo estremecimiento dinámico, no pudo, ni lo pretendió nunca, encerrar su pensamiento discursivo en el cuadro más o menos restringido de una interpretación de la vida universal. En Rodó hai que contemplar ante todo i sobre todo el pensador. Pensador en toda la genuina i prolífica extensión del concepto. Su mirada crítica, perspicaz i segura, no se

complace, morbosamente, con la voluptuosidad ingénita de los observadores superficiales, en hacer pié más o menos detenidamente en la certeza de los hechos, en las rugosidades de aspectos llamativos de ciertas cosas, sino que tiende constantemente a poner de manifiesto, en lo que es o puede ser esto posible, lo que se esconde detras de ese conjunto de apariencias i puede serle de verdadera utilidad para su alto empeño de mejoramiento social. Aún predominando en él, en muchas ocasiones, lo intelectual, lo conceptual, sobre lo afectivo i más sensible de su personalidad, la idea, lo que es más o menos privativo de las facultades de la inteligencia, solo le satisface plenamente cuando, mediante un proceso de depuración lógica, la exhibe desprovista de convencionalismos momentáneos hasta llegar a contemplarla en toda su desnudez olímpica.

Lo intelectual nunca aprisiona su sensibilidad exquisita al extremo, como en tantos otros pensadores aquejados de intelectuación excesiva, de descubrir solo en la vida una mera sucesión de conceptos o de abstracciones mentales. A la lógica conceptual, de aplicación imprescindible en infinitos casos, une íntima i armoniosamente la lógica personal, inconfundible, la lógica de las realidades sensibles que se suceden indefinidamente en nosotros. De ese modo, por esa vía, enlazando ambos extremos, sin aparente esfuerzo, alcanza siempre una visión de médula idealista i de mui acentuado valor educativo. Su eticismo, educador i confortante, resulta siempre, por obra exclusiva de su irradiación personal, amable i mui humano. El conoce íntimamente lo estéril de nuestra pretención de suprimir totalmente dolorosos aspectos del sufrimiento humano, pero sabe también que en cierta ma-

nera podemos prestar un eficaz concurso en el empeño de atenuar i aun ennoblecer esos torturantes sufrimientos. Sobre estas sociedades incipientes, en vías de formación, en que cierto impresionismo mui propio de la edad juvenil tiende a desdeñar el examen crítico de fundamentales valores humanos, hace descender Rodó, pleno de serena luminosidad, su encendido verbo de apóstol constriñendo a las almas a conocerse a sí propias, ya que desde cualquier punto que se considere el problema fundamental del conocimiento, resulta fácil afirmar que la única realidad posible es la que pensamos i sentimos en nosotros, la que podemos alcanzar con los medios i recursos de nuestro mundo interior...

El pensamiento fundamental de Rodó, lo he afirmado en otra ocasión i lo repito ahora, puede condensarse en estas palabras de *Motivos de Proteo:* "Renovarse, transformarse, *rehacerse,* he ahí toda la filosofía de la acción i de la vida"... "Nuestro yo, dice Guyau, (La Educación i la Herencia) con gran profundidad, no es más que una aproximación, una especie de sugestión permanente; no existe, se hace i no estará jamás terminado"... Es obvio o lo parece, afirmar que la vida *rehaciéndose,* siguiendo una onda de eterna impulsión, *crea, crea* sin cesar. No hai, no debe haber en el desarrollo de la vida universal, ningún círculo, ningún espacio cerrado en que moverse; la vida, en nuestro proceso sin término de creación, tiene ante sí un océano sin orillas, horizontes ilimitados... No he creido nunca en la intuición enteramente pura que preconiza el bergsonismo... Pero en Bergson, caracterizando su pensamiento, frente al concepto intelectualista de estabilidad, de unidad estática predomi-

nante en casi toda la *filosofía*, el *devenir real*, según su frase, determina una creación incesante. Para Bergson "lo que aparece como nuevo en las cosas es de una novedad auténtica".... El notable crítico dominicano Pedro Henríquez Ureña en un jugoso ensayo acerca de Rodó establece con razón a mi juicio las conexiones que cree descubrir entre el bergsonismo i el dinamismo psicológico de Rodó. La originalidad de éste consiste principalmente para él en haber convertido en norma de acción para la vida la doctrina cosmológica de la filosofía bergsoniana dándole trascendencia individual i social con la enseñanza de la necesidad de cultivar perenne e intensamente nuestro yo...

Efluvios más o menos ténues, más o menos acentuados, nunca exclusivamente determinantes, de distintas procedencias, se han infiltrado en el ambiente mental de Rodó, en la producción de su primera época principalmente, acaso únicamente. En sus últimos tiempos es difícil discernir nada que a eso se parezca. Tal vez Renan, en uno que otro aspecto de su amable i sugerente personalidad intelectual, pero nunca en lo tocante a su escepticismo sutil i expresivamente atrayente por su suave i mórbida ironía; acaso el trascendentalismo de Emerson, en esta o aquella de sus fundamentales direcciones, hayan puesto no sé que matices suavemente atenuados en la obra intelectual del gran escritor uruguayo. En reciente notable artículo de Ventura García Calderón publicado en el *Bulletin de l'Amerique Latine*, de París, se hace resaltar en una especie de *diálogo apasionado* semejanzas mui estrechas entre el pensamiento de Rodó y el pensamiento emersoniano.

IV

Precedido por la publicación de La Vida Nueva i de su magnífico e insuperable estudio acerca del insigne Rubén Darío, como flor de exquisito i penetrante perfume, aparece ARIEL entre deslumbramientos de férvidas apoteósis. Desde el primer instante se reveló ese bello i jugoso librito como una especie de poema evangélico destinado a imprimir duradero i apropiado ritmo a la juventud apartándola de las sirtes engañosas de exterioridades vácuas i de malsanas orientaciones utilitaristas. Resonó por toda la extensión de nuestra América como un toque de clarín convocando a la juventud al culto de las cosas grandes i edificantes del espíritu. Por eso la juventud de esa América, la juventud apartada de vanas frivolidades, la juventud que piensa i siente, que estudia con ahinco, vió desde el principio en Rodó un maestro de excelsitudes prolíficas i trascendentes. Se ha abusado, se sigue abusando mucho del nombre de maestro. Hai pocos a quienes se les discierne que lo merezcan cumplidamente a no ser en un sentido estrechamente pedagógico. Para ser maestro, maestro de verdad, en la más noble i alta acepción de la palabra, se requiere ser un iluminador, un conductor de almas, un forjador de conciencias, pleno de ciencia, de intuición artística, de saber bien depurado, todo ello condensado en obras de vigoroso y perdurable relieve. Tal Rodó. En ARIEL, en todas sus páginas, esplende, llamea con inapagable fulgor, como una elocuente exhortación a la fé, el amor i la esperanza. Leopoldo Alas, el notable crítico español, irascible i desdeñoso, puso ese incomparable librito por las nubes.

En un sentido de ámplia comprensión, MOTIVOS

DE PROTEO, su otro libro fundamental, quizás en el que más vigorosamente se refleja su personalidad, es por su estructura íntima i por la tendencia noble i desinteresada que vincula como la continuación natural i lógica de ARIEL. Este libro ya contenía aquel en potencia. En ambos se advierte, lo he dicho ya i lo repito ahora, la exteriorización cada vez más viva i luminosa de un espíritu de superioridad incontestable que tiende a poner al descubierto, aclarándolo convenientemente, mucho de lo oscuro i caótico que impide el armónico i prolífico desenvolvimiento de nuestra vida instrospectiva. El pensamiento ondulante, de múltiples facetas, de Rodó, arranca de la entraña de una convicción de penetrante raigambre, cuya íntima sinceridad no es posible poner en tela de juicio. En él, en estas páginas principalmente, fluye a cada paso la tolerancia privativa de quien ha conquistado un elevado punto de vista que lo sitúa muy por encima de cierto vulgarismo intelectual que casi siempre se exhibe en sucesivas i efímeras posturas. En MOTIVOS DE PROTEO el pensamiento de su autor se desenvuelve gallardamente, con sereno ritmo, en progresión de sugestiva belleza, esparciendo emanaciones de bien i de amor, que tal vez contribuirán a vivificar i elevar muchas almas que yacen sumidas en deplorable aletargamiento.

Sucede de ahí que Rodó, en su dialéctica, en su pensamiento protéico, que parece errar al capricho, fijándose, como al azar, en subjetivismos de diversa índole, señale, como resultado preciso de un propósito de conocimiento interior, orientaciones luminosas que con ojo *vidente,* el ojo de que habla Carlyle, ha visto en sus exploraciones por ciertas honduras del espíritu

desconocidas o generalmente menospreciadas. De la lectura detenida i reflexiva de este libro, que la juventud intelectual debería leer i releer preferentemente, se desprende la necesidad de escudriñar continuamente el conjunto de actividades que cohesionan más o menos pasajeramente nuestro yo, introducir el pensamiento en sus más escondidos repliegues, *conocerse* con la mayor amplitud posible, para poder cada cual por ese camino reformarse constantemente, acomodarse, sin menoscabo de la propia personalidad, a las nuevas formas i exigencias que presenta la vida en su perpétuo i complejo dinamismo...

Conocerse bien, i, conociéndose, ordenar sabiamente nuestra vida para que su reflejo exterior pueda plasmarse en cosas prácticas de resaltante beneficio personal i general: he ahí la médula de MOTIVOS DE PROTEO, libro encantador i supremamente instructivo, pleno de seductores paisajes espirituales, rebosante de selecta i bien depurada erudición, sin garrulidades pedantescas, en el que, con frecuencia, se traen a colación, con discreta oportunidad, ejemplos antiguos i modernos comprobatorios de las ideas u observaciones contenidas en sus capítulos de singular i duradero hechizo. Soberbiamente magistral es la parte de esta obra consagrada al estudio detenido de cuanto integra la vocación, en que analiza con agradable e instructiva minuciosidad los factores que en el orden interno la determinan en no escasa parte i las condiciones exteriores de medio i de ambiente que la confirman, anulan, extravían o desnaturalizan con relativa frecuencia. Al considerarla como "la conciencia de una aptitud determinada", entra Rodó en una serie de apreciaciones de rico jugo mental sobre sus diversos e intere-

BNPHU

santes modos de manifestarse i actuar, todo ello robustecido sólidamente con anécdotas i referencias históricas mui amenas i expresivas, desde la aptitud varia que abarca diversos aspectos de la actividad intelectual, cosa cada vez más rara en nuestro mundo moderno tan complicado, de tan creciente complejidad, hasta la aptitud concreta, mui restringida, única propia de nuestra época, que culmina en especialidades más o menos característicamente acentuadas...

Esas vocaciones, en el transcurso del tiempo, surjen conforme las va necesitando el engranaje social, sin que nunca dejen de florecer en instantes i sazón oportunos. Hai siempre una gran fuerza de reserva, la infancia, en que jerminarán copiosamente en el momento necesario. ¡Qué hermosamente expresa Rodó estas cosas!.... "A nuestro lado, dice, i al mismo tiempo *lejos* de nosotros, juegan i ríen los niños, solo a medias sumergidos en la realidad; almas leves, suspendidas por una hebra de luz, a un mundo de ilusión i de sueño. I en esas frentes serenas, en esos inmaculados corazones, en esos débiles brazos duerme i espera el porvenir; el desconocido porvenir que ha de trocarse, año tras año, en realidad, ensombreciendo esas frentes, afanando esos brazos, exprimiendo esos corazones. La vida necesitará hacer el sacrificio de tanta dicha, de candor tanto, para propiciarse los hados del porvenir. I el porvenir significará la transformación, en utilidad i fuerza, de la belleza de aquellos seres frágiles, cuya sola i noble utilidad actual consiste en mantener vivas en nosotros las más benéficas fuentes del sentimiento, obligándonos, por la contemplación de su debilidad, a una contínua efusión de benevolencia".

Bien puede asegurarse que de toda la labor inte-

lectual, desdichadamente no mui vasta de Rodó, se exhala, aquí i allá, un penetrante perfume de misticismo *láico*, estado natural i sintético de un alma de exquisita sensibilidad que, no obstante la determinante proyección de lo intelectual, aspira a vivir en íntima i perpetua comunión con la Verdad y la Belleza, diosas ante cuya soberana refulgencia vivió siempre prosternado como verdadero i perdurable creyente. En la palabra serena i suavemente coloreada de Rodó, en *su alma escrita*, me ha parecido advertir siempre cierta unción evangelizadora, cierto no se qué de apostólico, rayito de sol *místico*, que, insensiblemente, se filtra, iluminándolas, en las tinieblas de nuestra conciencia. En su optimismo me ha parecido ver, en ocasiones, cierto parecido con la plácida resignación filosófica de Renan, forma en este último bien precisada de una inteligencia de superior estructura, noblemente curiosa i ávida de ciertos goces intelectuales, que, con potente vuelo, se ha posado sucesivamente en las más altas cumbres del pensamiento, i, desde ellas, atalayando un ideal de verdad definitiva, solo ha columbrado, detrás de mirajes engañosos, los pavorosos abismos en que se oculta, inaccesible e indescifrable, la esencia misteriosa de las cosas. Pero lo que se podría llamar el renanismo de Rodó reviste sólo, aparte de ciertas escuetas analogías, formales por entero, con aquel maestro del escepticismo amable i sutil, i en cuanto a permanente dilatación de una alta i profícua consistencia por su perenne inclinación a cristalizarse en actos de probado beneficio social, descendiendo repetidas veces desde las cumbres de la abstracción muelle i enervante al ambiente ensombrecido i escéptico en que se mueve desordenadamente la mentalidad contemporánea.

MOTIVOS DE PROTEO, en resumidas cuentas, resulta la obligación de un espíritu selecto a cierto optimismo vital, prolífico, de fundamento noblemente humano, que estriba, principalmente, de manera especial en apreciar la vida interior y la fragilidad irremediable de las cosas. En actual crisis de transformación las ideas religiosas que fueron pasto de mística consolación para generaciones innumerables, no es dado ya a ningún espíritu viril tornar la vista al pasado en demanda de orientaciones salvadoras. Si se modifican o transforman, en el correr del tiempo, determinadas formas religiosas que durante largos períodos históricos condensaron nuestra aspiración a lo infinito, quedan todavía en pie, para muchas almas, erguidas sobre sus graníticos pedestales, con la soberana majestad de las cosas perdurables, esas sublimes concreciones del espíritu que se llaman Verdad, Belleza, Justicia.

V

Como estilista no encuentro en la América Latina quien lo supere, ni aún quien lo iguale. En su estilo, la visión de las cosas aparece siempre diáfana, precisa, discretamente matizada, sin pinceladas chillonas, ni tonos difusos. Su prosa finamente cincelada, dúctil, de delicados esmaltes, se exhibe de continuo bien ordenada, bien dispuesta, siempre atractiva, siempre artística. Acaso en su estilo no haya siempre esa espontaneidad, ese fluir suave, sin dificultades, sin luchas con la expresión que se le supone. Acaso, como Flaubert, luchó a brazo partido, en ciertos momentos, con la frase, para dar a su pensamiento la expresión suave, coloreada, de exquisitas refulgencias, que le sugería su amor intenso a lo artístico i perfecto. Resulta constantemente, acabo de decirlo en artículo consagrado a

su memoria, un artista helénico, *apolíneo*, por la nobleza de sus actitudes, por su euritmia arquitectural, por su serenidad de líneas, por la precisión con que destaca en un ambiente tranquilamente luminoso aspectos más o menos salientes de la realidad íntima u objetiva. En su estilo pálpase siempre una suavidad encantadora de hechizante i hermoso colorido. En él no hai nunca languideces enervantes ni encrespamientos de oleaje rugiente. Todo en él resulta mesurado, discreto, firme, reposado, pleno de suave luz i de mui seductora i embriagante armonía....

Rodó se expresa bellamente al tratar de la lucha por el estilo. "¡Qué prodigiosa transformación, dice expresivamente, la de las palabras, mansas e inertes en el desfile del estilo vulgar, cuando las concita i las manda el alma del artista! Desde el momento en que queréis hacer arte, arte corpóreo i musical, de la expresión, hundís en ella un acicate que subleva todos sus ímpetus rebeldes. La palabra, ser vivo i voluntarioso, os mira entónces desde los puntos de la pluma, que la muerde para sujetarla; os discute; os obliga a que la afrontéis; tiene un alma i una fisnomía. Descubriéndonos en su rebelión todo su contenido íntimo, os impone a menudo que le devolvais la libertad que queréis arrebatarle, para que evoquéis a otra que llega, huraña i esquiva, al yugo de acero. I la pelea contra esos pequeños monstruos os exalta i fatiga como una desesperada contienda por la fortuna i el honor. Todas las voluptuosidades heróicas caben en esa lucha ignorada. Sentis alternativamente la embriaguez del vencedor, las ansias del miedoso, la exaltación iracunda del herido".

En no se qué región deliciosamente idílica, de pe-

renne embeleso primaveral, entre musgos de eterno verdor i flores de inextinguible aroma, brota de las entrañas de la tierra manantial cristalino de que se forma pintoresco río de sosegada corriente, de apacibles remansos, sin saltos ni remolinos.. En su linfa transparente i rumorosa reflejará los girones de nubes multiformes, esquifes de ensueños, que navegan en el azul del firmamento; retratará el ramaje que sobre él extienden los árboles frondosos de sus orillas, i en que a toda hora, desgranan sus trinos avecillas policromas, melifluos cantores de la selva; hará resonar, noche i día, con modulaciones nuevas, la canción arrulladora de su eterno i acompasado murmullo; i así seguirá fertilizando la vasta i amena campiña, sin experimentar jamás, bajo la égida de un cielo de serenidad inalterable, el latigazo de huracanes que enturbien su corriente cristalina encrespándola i trocándola en torrente impetuoso... Así el estilo de Rodó, sereno, arrullante, de májico hechizo, sin reverberaciones de incendios pasionales, expresión fidelísima de un espíritu ecuánime i armoniosamente equilibrado...

VI

I el político? Juzgando a la distancia, sin conocer ni poco ni mucho el politiqueo uruguayo, pero pensando que por ciertas circunstancias de afinidad étnica e histórica debía tener puntos mui pronunciados de semejanza con el torpe, corruptor i disolvente nuestro, experimenté acerbo desencanto al ver entrar a Rodó con toda la nobleza i jenerosidad de su carácter en terreno tan propicio a las mayores mezquindades i vilezas.

¡Ah! Quien como yo, mal de su grado, constreñido

por las circunstancias, tuvo que figurar durante un tiempo en tan envenenado campo i pudo conocer lo que en él hai de envilecedor i torpe, no podía menos de lamentar que tan excelso adalid de los más altos idealismos que aroman i ennoblecen la existencia descendiese con el pecho descubierto, guiado por un patriótico deseo, al palenque ardido en que, por lo jeneral, solo vencen i se imponen los mediocres, los aventureros, los gárrulos i desalmados del montón...

Su injerencia en la política se marcó siempre con iniciativas fecundas i bienhechoras. El partido liberal uruguayo lo llevó a ocupar una curul lejislativa. Fué Diputado por Montevideo. Sobresalió como orador experto, dueño de todos los secretos de la elocuencia parlamentaria. Pero parece que solo cosechó amarguras. En su jenerosa inexperiencia no vió con la necesaria claridad los escollos en que tenía que chocar necesariamente en el desenvolvimiento de sus ideas de mejoramiento social. Los obstáculos se alzaron amenazantes en su camino. Cometió el noble error, fatal para los políticos de estos países, de proclamar en voz mui alta la superioridad de los ideales, eternos, i salvadores, sobre los intereses de partido, efímeros i mezquinos. Se cuenta que un día —no recuerdo ahora donde lo he leído, creo que en un diario de por allá— en pleno Congreso, con motivo, creo, de unas elecciones perdidas por el partido a que pertenecía, se levantó para decir, en medio del asombro de todos i mui particularmente de sus correlijionarios, que si su partido había quedado en minoría, lo digno i honrado era ceder inmediatamente el poder a sus contrarios políticos...

Figúrense ustedes ahora el efecto glacial de tan estupenda insinuación en momentos de encrespadas

pasiones partidaristas todavía vibrantes por los incidentes tempestuosos de la reciente lucha. Hablar de abandonar, de ceder el poder en estas democracias personalistas, de aluvión, donde la oligarquía imperante tiene por principal i más caracterizado objetivo agarrarse con dientes i uñas a ese poder que le parece disfrutar por juro de heredad, como cosa absolutamente propia, es algo que se sale por completo de la concepción eminentemente utilitarista que impulsa i cohesiona lo que llamamos enfáticamente política en algunos de esos países donde las funciones de gobierno han estado casi siempre en manos de minorías estultas propensas de contínuo a un nauseabundo hartazgo de arbitrariedades, de persecuciones i de sangre!

Rodó, por impulsión de su alma jenerosa, quiso llevar a esa política estremecimientos de cordialidad, de acercamiento, de ideales de reforma capaces de producir resultados de ventajosa trascendencia para el organismo social. Defendió con ardoroso verbo causas nobles y justas. Tal su labor respecto de una lei propuesta por el gobierno uruguayo acerca del trabajo obrero en aquel país. Aunque el socialismo uruguayo no haya llegado aún ni acaso llegue en mucho tiempo a la fase de exacerbación que revela en algunos países europeos, ningún espíritu culto puede desconocer la conveniencia, como creía el pensador uruguayo, de ir preparando, con oportunidad, previsoramente, una serie de medidas lejislativas encaminadas a regularizar, por su virtualidad legal, el funcionamiento ordenado i científico del conjunto de relaciones de orden económico en que se asienta toda forma de organización jurídica que tenga el propósito de eliminar conflictos armonizando las tendencias absorbentes del capital

con las justas reivindicaciones de la clase obrera. En ese trabajo serio i circunspecto hace Rodó gala de un ámplio conocimiento de la materia i sujiere indicaciones que se me figuran mui juiciosas, oportunas i convenientes... "Arte i utilidad, dice, al terminar ese trabajo loable i bien intencionado, pueden ir bien de compañeros entre nosotros por cuanto tienen intereses converjentes i enemigos comunes. Una actividad gloriosa los identifica dentro de una capacidad única: el Trabajo, o llamándole con nombre más grande aún i más sagrado: la Vida en cuyos altares hemos de inmolar todos los odios, todas las preocupaciones del pasado, todas las influencias de esterilidad, de estancamiento i de muerte"...

VII

Considerado en todos sus aspectos, Rodó resulta un gran i excelso escritor. Pocos realizan como él, en su pensamiento *escrito*, esa suprema compenetración de la forma con el fondo, de la idea con la expresión, que es lo que, en último análisis, da la medida adecuada i las proporciones exactas de una verdadera i eximia personalidad intelectual. Quizás, apurando el concepto, falte únicamente en Rodó para alcanzar un grado insuperable de perfección literaria un grano de sutil i penetrante ironía, algo de ese sano i sobrio humorismo propio de todos los conductores espirituales de muchedumbres que suelen ver las cosas desde alturas en que aparecen con deficiencias i contrastes que no se vislumbran fácilmente a determinada distancia. Parece, en ocasiones, ver la belleza, según la frase de encendido platonismo, en el resplandor de lo verdadero. Verdad y Belleza se unen en su pensamiento en estrecho i amable consorcio. Aunque todos sus sentidos pare-

cen vibrar con el estrechamiento de una fuerza íntima de honda raigambre estética, con todo eso no vé en el Arte una fuente exclusiva de producción de belleza desligada de toda clase de nexos con palpitantes manifestaciones sociales. Respetando profundamente su preponderante finalidad estética armoniza lo noblemente artístico con lo noblemente provechoso para fines de vida personal y colectiva.

Refiriéndose a mi nacionalismo, a ese concepto de vida nacional honrosa i digna que aquí he preconizado desde hace largos años con resultados deplorablemente estériles, decía en la expresiva carta que me dirije publicada en su último hermoso libro "El Mirador de Próspero", "Despliega Ud. a los vientos todo un programa literario, en el que, como idea fundamental, aparece la idea de nacionalidad, entendida de alta manera, i en el que se difunde su convicción de la necesidad de orientar el movimiento intelectual hispanoamericano en un sentido concordante con los caracteres i oportunidades del desenvolvimiento político e intelectual de estos pueblos, de modo que la obra del escritor concurra, como una fuerza positiva, al gobierno de las ideas i las pasiones. Ninguna aspiración más generosa ni más justa. Yo he participado siempre de ella; yo he pensado siempre que, aunque la soberana independencia del arte i el valor substancial de la creación de belleza son dogmas inmutables de la religión artística, nada se opone a que el artista que, además, es ciudadano, es pensador, es hombre, infunda en su arte el espíritu de vida que fluye de las realidades del pensamiento i de la acción, no para que su arte haga de esclavo de otros fines, ni obre como instrumento de ellos, sino para que viva con ellos en autonómica her-

mandad i con voluntaria i señoril contribución se asocie a la obra humana de la verdad i del bien. Aún consideradas estas cosas de un punto de vista puramente estético, nadie podría negar que el arte se privaría de cierta *especie* de belleza si renunciara a las inspiraciones i virtualidades que puede recojer en el campo de la agitación civil i de la controversia de ideas; como se privaría la propaganda ideal o cívica, de un medio insustituíble para lograr ciertos efectos, si nunca el arte trajese en su auxilio el maravilloso poder i la única eficacia con que llega a lo hondo de los corazones i los enlaza en comunión de simpatía".

En este gran escritor no hubo nunca fermentos de pueriles vanidades ni alardes de exhibicionismos soberbios. Se placía en el sereno aislamiento de su cuarto de estudio, en el ambiente grato de sus libros. Pero en él, lo que es en gran parte producto o reflejo de éstos, lo puramente *libresco*, no se vé nunca o casi nunca en la urdimbre fundamental de su obra. En sus producciones se descubre siempre un límpido i sereno raudal de bien aquilatada erudición jamás enturbiada por modos fragmentarios o incompletos de apreciar determinadas manifestaciones de lo que fué en el tiempo. Le gustaba el silencio, el noble silencio propio de las grandes almas temerosas siempre de la brega con tormentosas o repugnantes realidades del tráfago humano. Por eso huía de llamar la atención de un modo ostensible sobre su persona, lo contrario de lo que hacen muchas mediocridades torpemente henchidas de torpe e injustificada vanidad. Fué siempre discreto, equilibrado, modesto, sin que la gloria ininterrumpida que le sonrió desde sus primeros tiempos de escritor, lo deslumbrase jamás perturbando su indestructible

concepto de una vida de austeridad i de edificante grandeza cívica.

VIII

La juventud dominicana, el grupo selecto de esa juventud que piensa, que estudia, que sigue con mayor o menor asiduidad las palpitaciones culturales de la vida mundial, sintió siempre apasionada admiración por Rodó viendo en él la figura más alta i representativa de las letras hispano-americanas. I no sólo en el terreno más o menos restringido de la producción literaria sino en algo de más alcance i efectiva trascendencia: en la obra de vincular los esfuerzos de todos estos pueblos para la realización de ideales enderezados a una necesaria unidad de finalidades de organización jurídica i económica. Porque Rodó, i así lo proclamaba él, sobre la patria chica, sobre las demarcaciones fronterizas de estas repúblicas de civilización latina, puso siempre la patria grande, inmensa, esa América que soñó Bolívar intensamente unida para constituir en lo posible un todo orgánico fuertemente estructurado para el cumplimiento gradual i efectivo de altos propósitos de regeneración interior i de perdurable influencia civilizadora.

Estudio escrito por encargo de la "Asociación de Estudiantes de Santo Domingo". 1917. (Inédito).

BNPHU

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO, - REP. DOMINICANA

DE OTROS TIEMPOS

No existe ya la casita blanca, de persianas verdes, embalsamada de continuo por el aroma de las flores que, en el jardinito contiguo, exhibían su pompa policroma, alegrando la vista con el lujo desbordante de sus variados colores y matices. ¡Oh la poesía melancólica de los recuerdos! Experimento cierto goce, salpicado de vaga tristeza, cada vez que con el pensamiento trato de reconstruir algo de lo pasado, algo de lo que aún vive, con fuerza inextinguible, en no sé qué ocultos rincones de mi alma. Esos recuerdos, en veces, se acumulan en ella de tal modo, que es fuerza despojarles, siquiera por un instante, del sudario que los cubre, para que, en alado tropel, levanten otra vez el vuelo trayendo a mi espíritu los acariciadores efluvios de músicas lejanas, de anhelos extinguidos, de amores muertos para siempre...

Sobre la vieja tapia, ya principiada a agrietarse, que cerraba el jardinito por el lado de la calle, tendían las parietarias su manto de verdura, y frente a ella estaba mi sitio predilecto, el lugar desde donde, todas las tardes, podía a mis anchas contemplar a Luisa cada vez que aparecía en la ventana, entre tiestos de rosas, fascinándome con la arrobadora perfección de las líneas de su rostro ovalado, en el cual, a manera de soles, dos ojos de negrura intensa despedían vivas claridades. Aquel amor, mi primero y más hondo afecto, nacido en noche primaveral, en el bullicio de un baile, fué, en sus comienzos, a modo de hilo de agua que

serpentea recibiendo el beso de las frondas, idilio suave y apacible, pleno de miradas, de misivas sentimentales, de dulces y prolongados coloquios, en el que dos almas se confundían castamente, sin sentir todavía el poderoso aguijón de las tentaciones de la carne...

Imborrable, en toda la plenitud de su armoniosa belleza, digna del cincel helénico, impera su imagen en mi memoria, objeto de perenne devoción, como una de esas vírgenes que en ciertas capillas medioevales, a despecho del excepticismo contemporáneo, continúan recibiendo la pura oblación de muchos corazones heridos por el infortunio. En aquel entonces, ninguno de los dos podía pensar en unir definitivamente nuestros destinos. Era menester que antes atravesase yo briosamente la selva inexplorada de la vida, en persecución constante de la fortuna esquiva y voluble; y así, tras crueles peripecias, aquella pasión tuvo el obligado y doloroso desenlace que tantas otras... Por el ancho campo de la existencia cada cual siguió distinto rumbo, cual hojas caídas de una misma rama que toman opuestas direcciones. Obrero cansado de la labor cotidiana, gastado por el roce permanente de la lucha diaria, prematuramente envejecido más aún de alma que de cuerpo, permanezco todavía en pié ante el horizonte entenebrecido donde no irradia luminar alguno, fija solamente la mirada en el albo penacho, emblema del deber, que me marca el verdadero camino, como aquella columna de fuego de que habla la leyenda bíblica.

Con el hombre con quien se había casado se fué Luisa a remotas tierras del helado septentrión, y sobre su hogar, nido de virtudes, la dicha, hada bienhechora, vació con mano generosa cuantos dones se ambicionan ardientemente en este mísero planeta. Muy joven aún,

cuando más risueña se le mostraba la vida, contrajo mortal dolencia, y en una tarde triste de invierno, en que los copos de nieve caían copiosamente sobre la tierra amortecida a manera de lágrimas, encerraron en negro ataud el tesoro de su belleza y la depositaron en la obscura fosa de un cementerio de una gran ciudad norte-americana... Allí duerme para siempre, bajo aquel cielo inclemente, a la sombra de árboles de espeso follaje, que, en aquella tarde invernal, a la luz de un sombrío crepúsculo, desprovistos de hojas, escuetos, semejaban, vistos a distancia, legión espantable de gigantescos esqueletos.

No hace mucho he vuelto a ver el lugar donde se alzaba, riente y atractiva, la casita blanca, formando curioso contraste con los edificios vecinos, de aspecto vetusto, con aire de épocas lejanas, que les daba carácter como de cosas históricas, y que, vistos de noche, al escaso fulgor de viejos faroles, hacían brotar en ciertas almas toda una confusa florescencia de antiguas leyendas, de narraciones románticas leídas en libros olvidados, las cuales, por recóndita asociación de ideas y como evocadas por misterioso conjuro, tomaban de nuevo, por obra de la imaginación, formas corpóreas, indecisas, de raro aspecto, imitando vagamente caballeros ceñidos de férreas armaduras, damas arrebujadas en negros mantos, monges de faz demacrada, todo un mundo de seres que vivieron en edades ha tiempo extinguidas... De aquel hogar donde Luisa aparecía ante mi admiración apasionada, casi siempre vestida de blanco, semejando pura vestal encargada de mantener el fuego sacro del culto a la belleza serena y eterna, no queda nada, absolutamente nada... Un día la piqueta aventó todo aquello: casita, flores bien

olientes, tapia agrietada, y en el mismo lugar ocupado por todo eso se mira hoy amplia y sólida casa de comercio, repleta de todo género de cosas de venta, donde, mañana y tarde, en divertida mescolanza, entra y sale la gente.

Una sola vez he entrado en aquella tienda, y mientras los numerosos compradores se agolpaban ante el largo mostrador, mi mirada abarcaba todo el recinto, y mentalmente reconstruía la casita donde conocí a Luisa, y parecíame vivir de nuevo en aquellos días luminosos, henchidos de ilusiones y esperanzas... No quiero detenerme a filosofar sobre estas cosas. Sé bien que obedeciendo al eterno proceso dinámico de la vida, todo cambia y se transforma dentro y fuera de nosotros. La vida es movimiento perenne, vibración perpetua, y de ahí una transformación incesante, que presta a las cosas, en la sucesión del tiempo, aspectos y formas diferentes. No me asombra, por eso, lo mudable de las cosas humanas, pero, a pesar de ello, de nada me sirve mi resignación filosófica cada vez que en lo más hondo de mi espíritu levantan su vuelo los recuerdos. Sangra entonces mi corazón, y se me figura, como en este instante, que torno a ver a Luisa, en la ventana, que adornaban tiestos de rosas, de la casita blanca, de persianas verdes, embalsamada a toda hora por el aroma de las flores del jardinito contiguo.

De "Perfiles y Relieves". 1907.

BNPHU

GENESIS NACIONAL

La Vega, República Dominicana, Julio 19 de 1909.
Sr. Don Pedro Henríquez Ureña.

México.

Distinguido compatriota:

Con el detenimiento que se merece he leído la por varios conceptos interesante carta publicada en esta misma prestigiosa revista, y en que V. al hacer referencia a *Rufinito*, tiene a bien honrarme ofreciendo a mi consideración su manera de pensar respecto del proceso evolutivo de la idea de nuestra independencia nacional; punto importantísimo de carácter histórico que se me figura trata V. con verdadero acierto y precisión, y sobre el cual, en primer término por complacerlo, voy a exponer algunas consideraciones que juzgo pertinentes al caso y que seguramente contribuirán a confirmar el concepto que V. sustenta inspirado en una exacta y serena apreciación de los hechos en que el ideal de la independencia tomó forma visible siguiendo las sucesivas etapas de su necesario desenvolvimiento.

Como todo pensamiento o propósito enderezado a producir una radical transformación en la vida de un pueblo, la idea de emancipación pasa, entre nosotros, por fases de aspectos aparentemente distintos, cum-

BNPHU

pliendo su lógica evolución, en serie de oportunas gradaciones, conforme lo imponían circunstancias privativas del medio y del momento. Que el medio, en el instante de la aparición del trascendental propósito ni años después, no estaba, ni con mucho, convenientemente preparado para prestarle siquiera algunas condiciones de viabilidad, cosa es que nadie que haya parado mientes en estas cosas se propondría, ni por un instante, revocar a duda ni mucho menos discutir seriamente. Estudiando con la debida atención los documentos de la época en que por primera vez radió la aspiración a constituir un estado independiente, resalta, a primera vista, el hecho de que tal aspiración sólo vive y medra en el espíritu abierto y culto de un cortísimo número de individuos; mientras que en manera alguna trasciende a ciertos núcleos sociales ni muchísimo menos a la masa, enteramente satisfecha con su existencia tranquila y vegetativa en que se advierte, como nota característica, el apegamiento a muchas prácticas rutinarias y el amor á cierto tradicionalismo que ningún rudo golpe, ni aun el de la cesión á Francia, alcanza á amortiguar ó extinguir... Tal fenómeno, de explicación facilísima, se evidencia, con mayor o menor acentuación, en todas ó en casi todas las demás colonias de abolengo ibérico, donde en solo una escasa parte de los elementos dirigentes prospera la radical idea, necesitando, en los primeros años, de tenacidad á toda prueba de parte de sus más conspícuos iniciadores y recorrer después larga serie de dolorísimas vicisitudes para penetrar y cristalizar en el alma popular... Las guerras de independencia americana, bien vistas, solo fueron al principio verdaderas guerras civiles. En su primera época, salvo contadísimas excepciones, solo combatían, con porfiado encar-

nizamiento, criollos de una parte y de la otra. Sólo al mediar la lucha tuvo España núcleos de ejército peninsular en los países sublevados. Y al terminarse la gran epopeya, en el Perú, por ejemplo, era aun crecidísimo el número de americanos que militaba en las filas realistas. Un notable escritor militar afirma que, en Ayacucho, había en el ejército de La Serna un número de hijos del país superior ó igual por lo menos al efectivo total de las huestes que comandaba Sucre.

Leyendo el *Diario* de Sánchez Ramírez y la curiosa *Vindicación* del Doctor Correa y Cidrón en que hace éste calurosa defensa de su conducta con motivo del tilde de *afrancesado* que se le echa en cara como feísimo borrón, lo que más se nota es el acendrado sentimiento de españolismo de la sociedad dominicana en aquel ya lejano período histórico. En sus interesantes *Noticias,* un contemporáneo, el Doctor Morilla, refiriéndose a la revolución separatista llevada a cabo por Núñez de Cáceres afirma "que entre los propietarios y personas de influencia no contaba Núñez sino con pocos partidarios", y agrega más adelante que aquel movimiento "hubiera podido evitarse porque la generalidad del país no estaba por él por su afecto a España".... Sólo en este mismo Núñez de Cáceres, inteligencia bien cultivada, de relevantes dotes de carácter, idóneo para regir colectividades sociales, y en un cortísimo número de los que hicieron con él causa común, asume un aspecto bien definido la idea de independencia. El caudillo de la primera revolución separatista, resulta un hombre muy superior al medio en que figuró siempre en primera línea. Su españolismo es puramente externo, de mera forma. Lo prueban sus atrevidos consejos a Sánchez Ramírez apenas

terminada la campaña reconquistadora; la libertad de opiniones que reinaba en su tertulia de íntimos, y su canto, flojo y desaliñado hasta más no poder, a los vencedores de Palo Hincado, en que no hay un sólo verso en que se haga alusión a la vieja Metrópoli. Cuando en ese canto suena la palabra patria, entiéndese bien que, en su pensamiento, se refiere al terruño nativo... Pero está sólo o poco menos. De ahí, de esa evidente falta de compenetración de su idea con el medio, despréndese una de las causas determinantes de la fragilidad de su empresa emancipadora. En ella, sin embargo, comienza el *avatar* glorioso de la idea de independencia. Para que esa idea produjese en las clases populares un estado de alma capaz de comprenderla y de llegar por ellas hasta el sacrificio, era menester antes recorrer un camino de medio siglo sembrado de formidables dificultades. Ocho o nueve años más tarde, un estremecimiento de esperanza, la de incorporarse de nuevo a España, hace vibrar fuertemente la sociedad dominicana a la noticia de las gestiones a ese respecto practicadas en Port-au-Prince por F. Fernández de Castro comisionado de Fernando VII.... La obra del ilustre Auditor no cuajó, principalmente, por inoportunidad, por no haberse efectuado en sazón conveniente. Resultó prematura. En los planes de Bolívar entraba, sin duda, como supremo coronamiento de su labor gigantesca, la independencia de las Antillas españolas. Pero en los momentos en que Núñez de Cáceres realizaba su intento, el titán venezolano se dirigía hacia el Sur, salvando cordilleras formidables, trepando por los flancos de volcanes humeantes, aureolado por la gloria, para añadir nuevas naciones a las ya creadas por su genio portentoso... Consumada la jornada decisiva de Ayacucho, de regre-

so en Bogotá, no hubiera tardado Bolívar a cuya genial penetración no se escapaba la conveniencia política de desalojar a España de sus últimos reductos de América, en prestar vigorosa ayuda a Núñez de Cáceres. Tres años más tarde la obra de éste hubiera tenido muchas probabilidades de éxito. La semilla arrojada por Núñez de Cáceres no podía perderse no obstante haberse echado al surco fuera de tiempo oportuno. Cerca de dos décadas después, favorecida por las circunstancias, iba a germinar espléndidamente...

La dominicación haitiana, repulsiva y ominosa, poniendo de frente, en perpétuo rozamiento, intereses étnicos, morales y económicos, que por virtud de ciertas leyes sociológicas no podían fundirse, hace entrar, siempre siguiendo su proceso evolutivo, en una nueva fase la idea de independencia. De la separación de España para formar un nuevo Estado de la gran Colombia, se pasa, por natural gradación, al pensamiento de constituir una entidad nacional, bien precisada, con propia bandera, enteramente dueña de darse el gobierno que juzgue más conveniente para el cumplimiento de elevados fines de vida colectiva. Y ya, teóricamente, alcanza su aspecto definitivo. De las cumbres de la abstracción vá a descender a los dominios de la realidad. El 16 de Julio de 1838, día en que Duarte instala "La Trinitaria", señala su entrada en la conciencia colectiva por medio de la propaganda seria y metódica que requiere la realización del magno ideal que tiene por objetivo. Pero, obedeciendo al principio de contradicción que impera en el espíritu y constituye factor principalísimo en la historia del desenvolvimiento humano, va a efectuarse una profunda excisión entre los elementos que, por su influencia reconocida,

BNPHU

encauzan el rumbo de la sociedad dominicana. Dos tendencias bien determinadas comienzan a dibujarse con claridad y precisión. Son dos corrientes de opinión que, durante cerca de treinta años, van a orientarse paralelamente, hasta que, al llegar a cierto punto, una de ellas, mermado su caudal, se extingue lentamente hasta desaparecer por completo, mientras la otra prosigue majestuosamente su carrera... La primera de esas corrientes de opinión tiene su natural antecedente en el 1o. de Diciembre del 1821, pero parte visiblemente del establecimiento de "La Trinitaria", y alcanza su punto más amplio y luminoso el 27 de Febrero de 1844 con la instauración de la República. La segunda de esas corrientes data del año 1843, arranca del plan Levasseur, y, en su desarrollo, metamorfoseándose curiosamente, por virtud de una serie de trabajos antipatrióticos parará en la extinción de la nacionalidad el 18 de Marzo de 1861 y en la vuelta al *status* colonial bajo la monarquía española.

Esa extinción del sentimiento nacional, por fortuna, es solo aparente. La primera de esas corrientes tiene vitalidad indestructible. Parece como que se agota del todo después de la protesta ahogada en la sangre vertida en los patíbulos de Moca y San Juan. Pero, a la manera de ciertos ríos que se hunden en la tierra, y, después de correr subterráneamente, reaparecen a cierta distancia más fuertes e impetuosos, la idea de independencia surgirá de nuevo, revestida de bélica majestad, en la cumbre llameante de Capotillo, y, conmoviendo y electrizando las almas, iniciará el bienio épico que termina con la gloriosa restauración de la República. A pesar de lección tan dura y cruenta, la otra, la segunda corriente, parece no haber perdido to-

davía toda su fuerza. Fundamentada en la impenitente aspiración a conseguir un protectorado o la anexión a alguna potencia por suponer erróneamente que el país carece de elementos propios para afianzar con solidez su categoría de entidad nacional, esa aspiración, bien depurada, salvo una que otra excepción, no es en realidad de verdad sino la obra de ciertos elementos o bandos políticos que, merced a ella, explotándola a su provecho, quieren entronizar un continuismo que les permita seguir disfrutando con tranquilidad del poder y sus prebendas o por lo menos de librarse de las persecuciones y venganzas del bando contrario siempre en vías de adueñarse nuevamente de la dirección de la cosa pública. Si al referirse a la anexión a España hay en ésto sus más y sus menos, no sucede así ciertamente con el propósito de incorporación a los Estados Unidos iniciado y sustentado con tenacidad a toda prueba por el penúltimo gobierno de Báez y que estuvo en un trís de convertirse en dolorosa realidad. Preciso fué que aquella administración se contentase, como único gaje de su perseverante empeño, con el convenio de arrendamiento de la bahía de Samaná... La reacción definitiva contra todo éso, como V. muy bien dice, tomó cuerpo en el movimiento revolucionario del 25 de Noviembre de 1873, el cual, una vez triunfante, se apresuró patrióticamente a rescindir aquel contrato de arrendamiento, cerrando para siempre el período de tentativas y propósitos antinacionales comenzado en el año 1843. En lo adelante, si quedan restos vergonzantes de esas tendencias proditorias, se recatan o se esconden sin atreverse a asomar la faz. El sentimiento de la nacionalidad, consagrado en los campos de batalla de dos guerras gloriosas, transcurrido medio siglo, adquiere ya su relieve definitivo. Su fuerte rai-

gambre penetra todo el organismo nacional. La gran masa social, a veces con patente injusticia, se vuelve recelosa y en extremo desconfiada en cuanto se trata de algo que directa o indirectamente pueda lesionar la integridad del territorio o menoscabar la soberanía nacional. Después del 25 de Noviembre, como afirma V. con alto y sereno sentido de la realidad, nada antinacional puede señalarse que repose sobre un hecho o un documento dignos de tomarse en cuenta. El pueblo se mantiene con ojo avizor presto a atajar prontamente el paso a cualquier intento de ese género, hoy punto menos que imposible. Aun la misma Convención con los Estados Unidos, instrumento de alcance puramente económico y en mucha parte justificado por una herencia acumulada de errores, motivó en todas las clases sociales alarmas y azoramientos, y estoy en la creencia de que si para su aceptación se hubiera recurrido a la forma plebiscitaria sin influencias ni coacciones de lo alto, una gran mayoría, resulte lo que resultare, se hubiera pronunciado por la más rotunda negativa.

Ha juzgado V., pues, a mi entender, con verdadero acierto estas interesantes cuestiones, y pláceme en extremo que mi manera de ver coincida enteramente o poco menos con la suya en la apreciación de los hechos de tanta importancia como son, indudablemente, cuantos se refieren al desenvolvimiento histórico de la idea fundamental de la sociedad dominicana. Y respecto de la interesante labor que V. me pide que acometa, la historia sintética de la cultura dominicana en sus diversos aspectos, no vacilaría en intentarla siempre que, como V. insinúa, fuera trabajo colectivo en que tomaran parte activa todos los intelectuales idó-

neos para el caso con que cuenta el país, y en cuyo número y en preferente lugar figura V. a mi juicio.
De "La hora que pasa" (Notas críticas) 1910.

(De la obra de F. García Godoy *Guanuma,* Novela histórica).

CALLE DE AMARGURA

Tres meses después, en uso de una licencia de un mes penosamente conseguida, regresaba Fonso Ortiz a Santiago. Aún no había acabado de desmontarse cuando sintió una mano que se posaba familiarmente sobre sus hombros. Rodolfo!... Los dos viejos camaradas, compañeros de travesuras de la infancia y de calaveradas juveniles, se abrazaron con viva efusión de sincero afecto... Y la charla, cordial y animada, comenzó a desparramarse en palabras sueltas, en exclamaciones aisladas, en frases rápidas y concretas... Fonso Ortiz, quejándose aún del estropeo del larguísimo camino, le daba pormenores de los últimos sucesos ocurridos en la campaña del Sur... Si, era verdad que el fanfarrón de Gándara acababa de encargarse de la Capitanía General... Vociferaba hasta desgañitarse, que ahora si se iba a acabar la revolución, parece que sin acordarse de lo que hacía pocos meses le había ocurrido en San Cristóbal... Tomó el pueblo metiendo mucho ruido con tal efímera victoria para pocos días después tener que salir de él, casi huido, en las sombras de una madrugada, procurando esquivar todo encuentro... Fracasaría indudablemente como Rivero y como Vargas... El Sur estaba casi compacto. No se podía ocultar, sin embargo, que las barbaridades de Florentino habían perjudicado mucho a la causa...

Y por aquí nada nuevo?

Desde hace días tenemos a Duarte en Santiago...

A Duarte! Recuerdo ahora que entre la correspondencia recibida en el campamento había una comunicación en que se decía algo de esa venida.

En una carta muy hermosa anunció desde Guayubín su llegada al gobierno. Pero se va muy pronto. Dizque a solicitar armas y municiones del gobierno de Venezuela. Parece que tiene allí muy buenas relaciones. Pero en el fondo, ese es un pretexto para que se largue cuanto antes... Ya algunos intrigantes empezaban a hacer uso de su nombre despertando recelos y envidias en algunos tutumpotes... Triste destino!

Fonso Ortiz se había quedado un momento silencioso como rumiando las palabras que acababa de oir. Duarte!... Lejanos, muy lejanos recuerdos, rompiendo la espesa capa de olvido que los amortajaba, se alzaban en su mente para como aves que han permanecido largo tiempo en duro cautiverio, sacudir sus alas entumecidas y errar libremente por los espacios de su imaginación. Duarte! Cuántos, cuantos años hacía de eso, Dios mío!... Fonso tenía en aquel entonces ocho; pero con esa prodigiosa facultad de memoria en él característica reconstruía mentalmente hasta en sus más nimios detalles la inolvidable escena. La chiquillería, regocijada, tumultuosa, se agolpaba frente a la vieja casa, ahora en ruinas, en que se había hospedado Duarte a su llegada a Santiago... Hacía pocos meses de la proclamación de la independencia, de la obra magna en que había puesto todas sus energías espirituales, todos los contados bienes de fortuna de su mermado patrimonio. Se le acababa de nombrar, por medio de un pronunciamiento, presidente de la República, y con ese motivo la heróica urbe cibaeña ardía en explosiones de férvido entusiasmo patriótico. Mella,

con la completa aquiescencia de todos los más distinguidos ciudadanos previamente convocados, había expuesto con la sabia elocuencia de los hechos la necesidad de elevar a Duarte a la primera magistratura no sólo como merecido galardón por sus inmensos servicios a la patria, sino como un eficaz llamamiento a la concordia, como una invitación, como un medio de lograr que ante aquel ciudadano integérrimo, de excelsa virtud republicana, que no nutría odios, que no alimentaba venganzas, que era por entero incapaz de mal, depusiesen sus rencores los ambiciosos vulgares y la paz definitiva fuera un hecho para que bajo su salvadora egida pudiera encaminarse el país por vías amplias y descampadas de necesario adelanto... Sueños, sueños... Todo aquello se desvaneció rápidamente en la tétrica noche del más acerbo infortunio. Fué como la visión, rápida y deslumbrante, de algo de momentánea y edificante grandeza cívica.

Fonso ardía en deseos de conocer personalmente al insigne patricio. Tan pronto se cambió el enlodado traje del camino, después de pasar un largo rato en casa de Rosario, su primera visita fué a casa de Espaillat donde Rodolfo le había asegurado que iba Duarte todas las tardes. Allí estaba efectivamente... Arrellanado en una cómoda mecedora púsose de pié al serle presentado el visitante. Fonso tuvo entonces la ocasión de contemplarlo a sus anchas. Contaba en aquel momento solamente cincuentiun años escasos; pero una vejez prematura había convertido sus negros cabellos en escasos mechones grises en que asomaban algunos hilos argenteos e impreso en el conjunto de sus nobles facciones el sello de una acentuada decadencia física. Parecía encorvado como si se viese cons-

treñido a vivir soportando un mundo de desencantos y dolores. Amortiguado el brillo de sus ojos de rara expresión; pálidas y hundidas las mejillas; lacios y caídos los mostachos, todo en su rostro denunciaba como una inmensa expresión de cansancio, de intenso desaliento... Hablaba con lentitud, como si las palabras se desprendieran lentamente de sus labios, fijándose poco en su interlocutor, como si su pensamiento vagase por mundos lejanos conversando con seres invisibles o buscando en un punto del espacio cosas ajenas al momento presente... Parecía como un alma amenazada de inminente extinción que, por un momento, se rejuvenecía, cobraba vida y calor al contacto de las cosas exteriores... Fonso no apartaba de él la vista, contemplándole con no se qué dejos de acentuada devoción, cual si se encontrara ante uno de esos santos de mística y resplandeciente aureola, que, en las viejas iglesias, en el fondo de silenciosas capillas, a la mortecina luz filtrada por los vidrios de colores, reciben de continuo las encendidas oblaciones espirituales de férvidos creyentes...

Para qué viniste, pensaba Fonso, sombra doliente, sombra escapada de las agrestes soledades del Río Negro, en la hora triste en que, aún no terminada la lucha cruenta, aún dueño el enemigo de gran parte del territorio nacional, empezaban a perfilarse en el horizonte iluminado por el resplandor del incendio, las fisonomías siniestras, los gestos simiescos, las groseras concupiscencias, de los ambiciosos vulgares, de los macheteros estultos que iban a malograr la aún no restaurada república convirtiéndola en palenque de torpes y mezquinas banderías personalistas? Disimulada bajo las apariencias de una comisión honrosa y pa-

triótica, una nueva decepción, un cruelísimo desencanto, iba a obligarte a empuñar otra vez el báculo del peregrino para continuar errando por tu interminable calle de amargura. Eras demasiado grande para vivir en una patria en la que sólo parece pueden vivir y prosperar los pigmeos, los ambiciosos del montón. Cumplidos veinte años de ininterrumpido destierro, de nuevo —para prestarle tu ayuda— en el seno de la patria que forcejeaba por romper las cadenas del coloniaje, el hado adverso que parece guiar perennemente tus pasos, te echa otra vez del amado terruño para llevarte por playas lejanas, a la orilla de extranjero río, huérfano de tu última esperanza, del supremo consuelo de cerrar para siempre tus ojos en medio de los tuyos, en la distante tierra de tus amores y tus glorias... Hay mucho de doloroso y de sombrío en todo lo que se refiere a tu noble existencia. Tu infortunio excede en mucho a las comunes desdichas de la vida. El dolor, el desencanto, la desesperación fueron tu sino perdurable. De siervos inclinados sobre la gleba y desesperanzados de ser hombres un día, hiciste ciudadanos, formaste un pueblo libre, y eso fué para tu mal, para que te vejaran los mismos que habías sacado de la ergástula, para que cubrieran de espinas tu camino, para que la ingratitud más odiosa clavase en tu alma noble y sencilla su diente envenenado. Ríen tus veintiún años cuando, de regreso de Europa, la indignación hierve en tu pecho al contemplar la patria aherrojada, envilecida, convertida en vergonzoso latifundio de extranjeros señores. A despertarla de su pesadísimo sueño, de su esclavitud de algunos lustros, se encaminan sin desviarse ni un solo instante de la ruta erizada de peligros todas las impulsiones de tu voluntad; todas las fulguraciones de tu inteligencia,

todas las ardorosas manifestaciones del fuego sacro que, como en recóndito santuario, arde inextinguible en el fondo de tu alma generosa... Y cuando el sueño de toda tu vida se trueca en deslumbrante realidad, en la hora ansiada de las supremas satisfacciones, la copa que ponen en tus manos no contiene el filtro suave y dulce del reconocimiento popular, de la recompensa merecida, sino el tósigo del dolor que enfermará para siempre tu espíritu. El golpe del más horrible e inesperado desencanto te hiere alevosamente en mitad del pecho... La prisión en infecto calabozo, el horrible, el interminable exilio, una sentencia de muerte gravitando sobre tu cabeza, he ahí lo que recojes como recompensa de tus salvadoras actividades patrióticas! Y ésto aún no transcurrido seis meses de libertada la patria principalmente por obra de tu inteligente y tesonero esfuerzo!....

En la inmensa desolación de tu vida fueron contadísimos los minutos de desbordantes satisfacciones... Recordaste, acaso, al emprender por obra de desapoderada violencia la ruta de tu interminable ostracismo, aquel 15 de Marzo, aquel día grande, glorioso, magnífico, el único para tí de completo e inefable alborozo, en que, acabada de redimir la patria, al regresar de Curazao, encontraste un pueblo inmenso, agrupado en las orillas de tu río que, entusiasmado, delirante, te saludaba con exclamaciones triunfales llamándote Padre de la Patria?... Tronaba el cañón; a tu paso las tropas te presentaban armas, y de los balcones, desbordantes de damas, caía sobre tí lluvia de flores... Por las calles asoleadas, en gran profusión, las banderas nacionales, agitadas por la brisa, esparcían la pompa de sus tres simbólicos colores... Qué inmensa

BIBLIOTECA NACIONAL

satisfacción no inundaría tu grande alma cuando, gallardo, triunfante, hondamente emocionado, al cruzar el dintel del viejo hogar paterno, caiste en brazos de la noble viejecita, de la madre amantísima que te esperaba inquieta, desolada, contando las horas!... Tales alardes del entusiasmo popular son precisa y desgraciadamente pasajeros. Son como exhibiciones pirotécnicas que sólo por un instante nos deslumbran con sus vistosas irradiaciones polícromas. Todo eso pasa presto, como la onda arrullante, como la ligera y copiosa nubecilla, como las flores, como tantas cosas bellas y efímeras de la vida. Sobre el mar continuamente estremecido de la existencia individual escasas son las cosas que dejan luminosa y duradera huella. Después de disfrutar de muchas cosas que pródiga nos brindó la naturaleza terminamos por desvanecernos como ellas para por obra de misteriosa alquimia crear nuevas formas, nuevos aspectos de la realidad exterior en virtud del eterno dinamismo que caracteriza la vida. En nuestro pueril orgullo humano creemos que esas cosas tienen por obligado destino, por suprema finalidad, alumbrar y amenizar la ruta de nuestra árida peregrinación al través del tiempo y del espacio. Pero somos tan fugaces como ellas. Apenas nuestro pensamiento se objetiva, toma forma precisa, concreta, cuando ya vemos que eso que suponemos durable se dilue en la instabilidad necesaria que forma, bajo apariencias más o menos estables, el ritmo de toda existencia. En ese ritmo, cuando se le observa sin prejuicios, palpita un continuo proceso de acción y de reacción, de flujo y de reflujo, de incesante movilidad que, muchas veces, en la vida social, no alcanza a descubrir nuestra percepción por más que lo desee tenazmente. En medio de ese vaivén, de es ainestabilidad que caracteriza el

permanente devenir del ser, hay espíritus que parecen como la excepción, que, por no se qué fuerza arcana muy íntima que predomina en ellos, atesoran un caudal de resistencia psíquica que imprime a ciertas modalidades de su pensamiento como algo de permanente o de inmutable. Duarte parece contarse en ese número. Nada absolutamente de lo que deslumbra o seduce a la generalidad de los hombres, logró ni por un segundo borrar de su espíritu la visión de la patria más querida cuanto más infortunada y más ingrata.

Acababa de saborear las voluptuosidades del triunfo cuando el destino se le torna hosco y sombrío. Para él ya no habrá más verdaderas alegrías. Parecerá en lo adelante como el juguete de implacables hados encarnizados en amargarle la existencia. Su pensamiento y su sensibilidad no vibrarán ya de acuerdo con las placenteras realidades de la vida exterior. Mustio, entristecido, se le antojará el mundo. Lo verá todo al través de la melancolía que nubla su espíritu, de la decepción continua, implacable, que lo mantiene insomne mordiéndole las sienes, atenaceándole el alma. En medio de la calma augusta de las cosas, en el seno de la noche silente, bajo la claridad deslumbrante del sol o bajo el encanto del plenilunio, sólo él no experimentará un momento de sosiego, imposibilitado por la obsesión que tiraniza su espíritu de compenetrarse con la serenidad divina que lo circunda. El mar, el bosque, el valle, el río, la ciudad, todo lo que bulle, todo lo que fulgura, resbalará sobre su alma dolorida sin poder depositar en ella el almo goce que se desprende de ura completa compenetración de nuestro espíritu con ciertas hermosas formas de la vida exterior. En él únicamente vivirá su pensamiento, dilatándose, derra-

mando sobre la realidad circunstante efluvios del incurable desencanto que sin rival se enseñorea de su espíritu y que le será fiel hasta la muerte. Es cierto que casi siempre sentimos la influencia de aspectos muy acentuados y constantes de la realidad objetiva; pero cuando, en cierto modo, podemos resistir esa influencia, cuando bajo el dominio torturante de una idea llegamos a adquirir una visión unilateral de la vida, esa visión, resumiendo todo nuestro pensamiento, sintetizando toda nuestra potencia visual, hace muchísimas veces que veamos las cosas no como son realmente, no como están positivamente estructuradas, sino como las determina y colorea nuestro mundo instrospectivo. En éso quizás, en esa manera peculiarísima que poseen algunos de ver y asimilarse las cosas, radica probablemente lo que caracteriza la austera grandeza de algunos de ellos como Duarte; su desprecio continuo de lo que juzgan accesorio o supérfluo aunque para muchos sea lo mejor de la existencia, para encerrados en el reducto de una idea luchar sin descanso por ella aún a riesgo de ser considerados por la mayoría como visionarios o como locos...

Duarte se ausentaba de momento de Santiago... Cuándo y cómo volvería?... se preguntaba afanoso Fonso Ortíz... Cuando como un gladiador rendido por el pertinaz esfuerzo reposase en la lobreguez infinita de la muerte... Ya sólo volverían a la tierra dominicana sus yertos despojos... Otra vez surcará las azules ondas del Caribe, pero ya será encerrado en una urna, sobre las crugientes tablas de un barco, arrullado por el viento y por la quejumbrosa sinfonía del oleaje... Y otra vez, como hacía cuarenta años, cuando envuelto en un resplandor de apoteosis pisaba el suelo de su

BNPHU

ciudad natal orgullosa de ovacionarle como al más grande de sus hijos, otra vez la muchedumbre saldrá a recibirlo, pero ya no será a él, vivo, con la arrogancia de sus treintiún años, sino a sus restos gloriosos que cubre amorosamente el pabellón nacional para llevarlos presa de sublime emoción, en procesión solemne, a la histórica Catedral, a la capilla de los Próceres, para que en ella, por fin, pueda para siempre dormir en la tierra de su amor, ungido por el cariño de su pueblo, libre ya de las mezquindades e infamias que le hicieran cruzar por la vida con una corona de espinas en la frente y con una pesada cruz de dolores sobre sus hombros.

BIBLIOGRAFIA

BALAGUER, JOAQUIN: *Federico García Godoy*, "Juegos Florales de La Vega Real" de 1924. Santiago de los Caballeros, 1926. Págs. 106-123.

CESTERO, MANUEL T.: Artículo sobre *"Páginas Efímeras"* en "La Cuna de América", 8 de junio de 1913.

COESTER, ALFREDO: *Historia literaria de la América española*. Págs. 496-497.

COLECCION TRUJILLO: *Antología de la Literatura Dominicana*, Vol. II. Págs. 329-341.

CONTIN AYBAR, PEDRO RENE: *Notas acerca de la Poesía Dominicana*. 1947. Pág. 15.

DEAMBROSIS MARTINS, CARLOS: *Armando Godoy*. Santiago de Chile, 1935.

HENRIQUEZ Y CARVAJAL, FEDERICO: Artículos sobre *Rufinito y Alma Dominicana*, reproducidos en "Etica y Estética", II, 1929.

HENRIQUEZ UREÑA, PEDRO: Artículo sobre *Rufinito*, en "La Cuna de América". 6 de junio de 1909.

HENRIQUEZ UREÑA, PEDRO: Capítulo sobre literatura histórica en *Horas de Estudio*, París, 1910.

HENRIQEZ UREÑA, PEDRO: Carta sobre *Alma Dominicana*, en "Ateneo", Abril, 1912.

HENRIQUEZ UREÑA, PEDRO: Artículo sobre Icaza y García Godoy, en la revista "Nosotros", de Buenos Aires. 1925.

HENRIQUEZ UREÑA, MAX: Artículos en "La Cuna de América", mayo 30 de 1909.

HENRIQUEZ UREÑA, MAX: Artículo en "Patria", Noviembre 21 de 1925.

HENRIQUEZ UREÑA, MAX: *Panorama Histórico de la Literatura Dominicana*, Río de Janeiro, 1945. Págs. 232-233, 285, 309, 312.

JIMENEZ HERRERA, G.: Artículo en "La Pluma", de Valverde, Junio 27 de 1913.

LA OPINION: (Revista) (Número dedicado a F. García Godoy, con artículos de Tulio M. Cestero, Osvaldo Bazil, Alejandro Fuenmayor, J. Díaz Valdepares, Federico Henríquez y Carvajal, Féliz María Pérez y Arquímedes Martínez). Febrero 23 de 1924.

LETRAS (Revista): *"Notas Autobiográficas"*. Septiembre 16 de 1917.

LISTIN DIARIO: "Nota Necrológica". Febrero 13 de 1924.

BNPHU

LUGO, AMERICO: Carta de Víctor M. de Castro en "La Cuna de América". Marzo 23 de 1909.

MARTINEZ, RUFINO: *Estudio de la labor literaria de Federico García Godoy*, Puerto Plata, 1925, 30 págs.

MEJIA, ABIGAIL: *"Historia de la Literatura Dominicana"*. Págs. 160-161. Santo Domingo de Guzmán, 1929.

MORALES, GABINO ALFREDO: *"Labor Literaria de Don Federico García Godoy"*. "Juegos Florales de La Vega Real de 1924". Santiago de los Caballeros, 1926. Págs. 124-147.

PICHARDO, J. FURCY: Sobre *Rufinito*, en "Blanco y Negro". Santo Domingo de Guzmán. Junio 27 de 1909.

RODO, JOSE ENRIQUE: Sobre *Alma Dominicana*, en su libro "El Mirador de Próspero". Montevideo, 1913.

SOTO, RENATO: Sobre *Rufinito*, en "La Cuna de América", Junio 20 de 1909.

Terminó de imprimir este
libro la imprenta de la
Librería Dominicana, el
29 de Agosto de 1951 en
Ciudad Trujillo República
Dominicana